

CAPÍTULO 3



DE LA PATRIA GRANDE A LAS PATRIAS CHICAS: LA CONSOLIDACIÓN DE LOS ESTADOS OLIGÁRQUICOS (1880-1910)



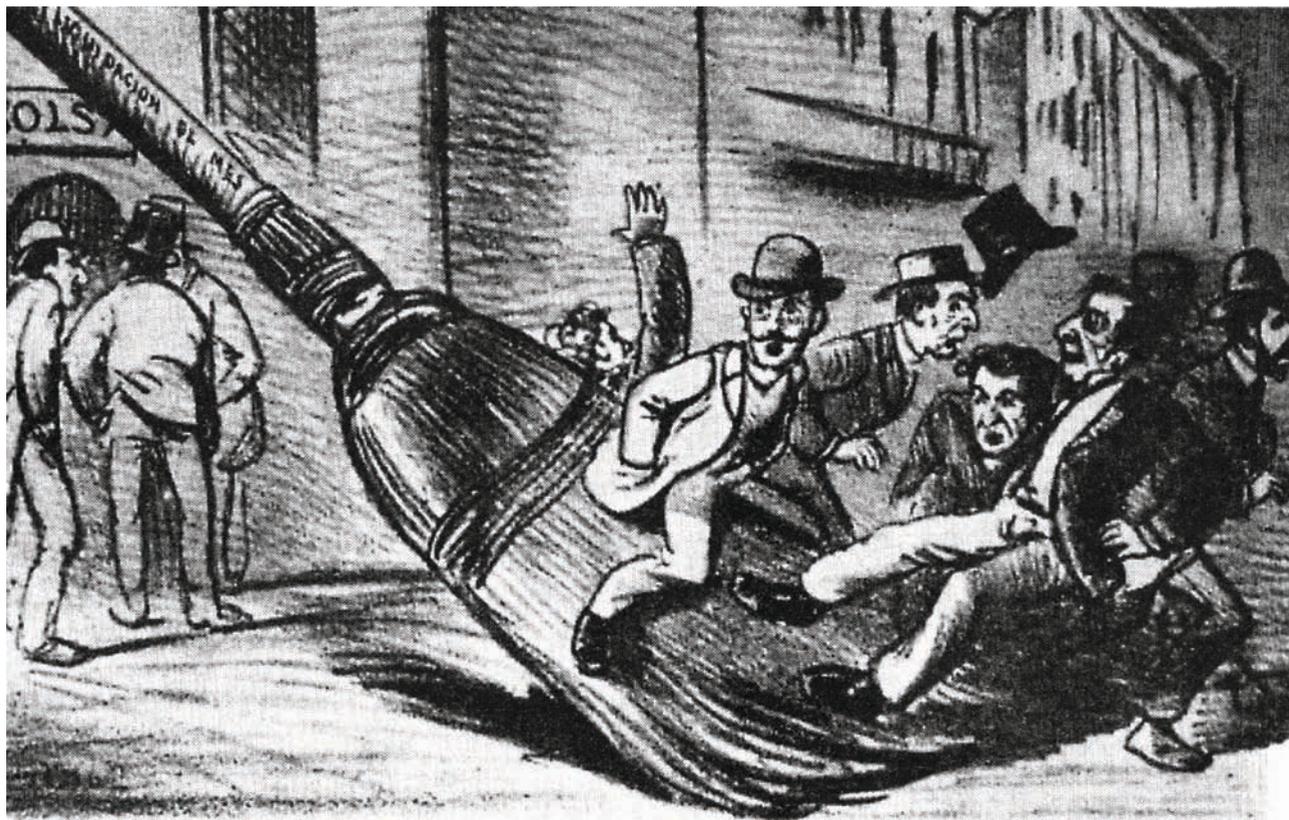
EL TRIUNFO DEL ORDEN OLIGÁRQUICO

La formación de los Estados nación en América Latina fue producto de la frustración del plan de unidad continental para la América del Sur pergeñado por los revolucionarios y libertadores durante las luchas por la Independencia (1808-1824). La derrota dentro del campo revolucionario de los liberales más radicalizados como José de San Martín, Simón Bolívar, José Artigas, Antonio Sucre, Andrés de Santa Cruz y Francisco Morazán —entre otros— frente a los partidarios del liberalismo moderado y conservador fue determinante para que el objetivo político de constituir una «Patria Grande», una sola unidad político-administrativa con objetivos y acciones comunes, entre los territorios recién independizados de España, dejara paso a un proceso de rivalidad y fragmentación territorial. Fragmentación política también, causada por los grupos de poder regional que buscaron imponer a las nuevas sociedades un proyecto político que privilegiara y conservara sus intereses, adaptándose a los requerimientos del mercado internacional de entonces. La imposición en el conflicto interno revolucionario de los liberales moderados o conservadores (expresión política de la élite de base social reducida y privilegiada) surgió de la alianza entre los terratenientes latifundistas (hacendados, plantadores cafetaleros y azucareros, mineros) y la burguesía comercial urbana que dominaban el comercio interregional, las finanzas y el intercambio portuario de las grandes ciudades ligadas al tráfico ultramarino. Esta alianza de clases, facciones o grupos conformó una nueva categoría de dominación denominada «oligarquía», que propició el establecimiento de un orden institucional conveniente a sus intereses económicos y políticos, subordinados a las necesidades del mercado mundial liderado por el imperialismo británico y por el expansionismo norteamericano. En tal sentido, estos sectores fueron los fundadores de los Estados nación latinoamericanos, construcciones políticas de confusos límites y alcances, separadas y rivales, empobrecidas y dependientes, sujetas a los intereses de grupos y a los requerimientos de las naciones más desarrolladas, entidades políticas opuestas a las ideas de los libertadores, a quienes esa oligarquía convirtió por obra de su producción historiográfica en «padres» de patrias «chicas» a una generación de hombres que había luchado por construir una sola Patria Grande, libre de toda dominación extranjera.

En la segunda mitad del siglo XIX y a partir del modelo de Estado liberal surgido en Europa en el siglo anterior, los grupos oligárquicos triunfantes de la contienda civil consideraron que su proyecto político debía ser la construcción de un Estado laico que garantizara el orden social imperante y la defensa de los valores liberales clásicos, como la protección de la propiedad privada y el libre comercio, el derecho a la libertad individual, de expresión, de asociación y de culto, a través de sus instituciones públicas. No obstante, y más allá del idealismo liberal, profundamente identificados con los postulados filosóficos del positivismo decimonónico, leyeron peyorativamente la conformación social latinoamericana en tanto que sobrevaloraron la autopercepción que tenían de sí mismos, juzgando su situación como condición natural de elegidos para ejercer el gobierno de los hombres y de la sociedad. En tal sentido, la oligarquía latinoamericana, al relativizar varios de los postulados enunciados, fundó un régimen de gobierno —el régimen oligárquico— caracterizado por un republicanismo liberal en sus formas institucionales. En los hechos impuso el

Udo Keppler, *Another explosion at hand*, 1900. Ilustración que representa el expansionismo norteamericano, publicada en la revista de historietas Puck, fundada en Estados Unidos en 1871.





conservadurismo de sus privilegios y la concentración de poder en sí misma, basándose en el fraude electoral, pero ejerciendo el gobierno a través de una élite de notables que se condujo basándose en criterios de linaje, apellido, tradición, parentesco, dinero, habilidad política, méritos militares o alianzas matrimoniales. Así mismo, para garantizar esta forma de dominación excluyente ejerció la coerción y la violencia física sobre los sectores sociales que juzgó «no aptos» para el ordenamiento económico y político que procuraban imponer. En consecuencia, los criollos mestizos, la población afroamericana y el campesinado indígena, como así también los inmigrantes disidentes, los anarquistas y sindicalistas, fueron considerados peligrosos para el orden instituido y en tal sentido fueron perseguidos y sometidos, y en muchos casos eliminados.

Las oligarquías criollas levantaron naciones poscoloniales construidas sobre rígidos principios racistas que excluyeron a las mayorías de la vida republicana y la participación política pero, al mismo tiempo, los forzaron a ingresar en las economías nacionales como trabajadores subalternos sin derechos, excluidos de la educación, la salud, la vivienda y la recreación.

El proceso que concluyó tras instaurar el régimen oligárquico fue el resultado del pasaje de una situación de dominios provinciales, estatales o regionales enfrentados entre sí, a una situación de confluencia en una única estructura de dominio en todo un país, atenuando la lucha interoligárquica o convirtiéndola en lucha intraoligárquica. Si bien este pasaje no fue lineal en todas las naciones, su desarrollo muchas veces fue un proceso violento (militar) estructurado a partir de la rivalidad de dos partidos o fuerzas políticas contrapuestas que, en términos generales, se

Caricatura sobre la política expansionista inglesa en el mundo publicada en la revista *El Mosquito*, editada en Buenos Aires, Argentina, ca. 1870.



Principios del siglo XX: un viajero a la moda europea y su «ayudante» indígena. Archivo Cordero. La memoria gráfica de La Paz, Bolivia.



Roca y su Estado Mayor al emprender la Campaña del Desierto, 1879.



Porfirio Díaz, fotografía tomada entre 1850-1880.

denominaron «conservadores» y «liberales». No obstante, esta diferenciación no resultó tan clara en los hechos, ya que cuando conservadores y liberales ocuparon respectivamente los gobiernos, se manifestó en sus acciones una fusión de intereses y principios ideológicos liberales, con prácticas políticas conservadoras. En efecto, si bien la llegada de los liberales al poder en las naciones inauguró un ciclo de reformas y programas de modernización económica, social e institucional, al mismo tiempo significó la transición hacia un capitalismo dependiente y la consolidación de un régimen político de exclusión y explotación, de latifundio y concentración de la riqueza, que no respetó los postulados ideológicos del liberalismo clásico que, en muchos casos, terminó por provocar un efecto distinto del esperado.

El dominio oligárquico no se ejerció en todos los países del mismo modo. En algunos de ellos, el personalismo y el autoritarismo constituyeron «estilos de liderazgo» típicos de esta época, en la que los partidos políticos fueron meras organizaciones formales (México, Argentina); en otros, se expresó en ciertos tipos de relaciones interregionales con delicados mecanismos de equilibrio interoligárquico (Brasil), o también mediante la subordinación de varias regiones a una más dinámica (valle central de Chile o el puerto de Buenos Aires) que se constituye en espacio articulador de un bloque histórico de alcance nacional; en otros casos, el sistema oligárquico no encontró mecanismos para reducir los espacios de conflictividad (Colombia, Ecuador y Perú).

Colombia, Ecuador y Perú fueron casos de «repúblicas aristocráticas» con gran descentralización política y fuerte peso de los poderes regionales de los gamonales

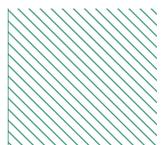
azucareros y algodoneros de la costa, opuestos al control del poder político ejercido por los militares hasta entonces. Brasil fue reforzando gradualmente el poder oligárquico desde 1889, cuando un golpe puso fin a la monarquía y dio comienzo a la «República Velha» (república vieja). El pacto oligárquico brasileño se basó en un equilibrio entre el poder central y los poderes estatales que, por acción recíproca se fortalecían mutuamente a través de la institución del coronelismo y de la política dos gobernadores que operó mediante el acuerdo de las oligarquías estatales de São Paulo (productores de café) y de Minas Gerais (productores ganaderos) que imponían la alternancia sucesiva en el gobierno de un coronel de cada Estado. En Chile, la temprana y excepcional organización institucional del Estado portaliano (el gobierno de Diego Portales) consolidó una élite gobernante conservadora y autoritaria que expandió sus haciendas merced al despojo de tierras del pueblo mapuche en la llamada Conquista de la Araucanía. Hacia 1880, en ocasión de producirse la guerra del Pacífico (contra Bolivia y Perú), Chile anexó tierras ricas en salitre, cobre y plata, pero además, una nueva dirigencia política liberal rompió con el centralismo conservador. No obstante, la supremacía del poder oligárquico se concentró en el Parlamento, lo que obstaculizaba cualquier intento personalista de cambio.

Bolivia constituyó un caso especial donde dos oligarquías se enfrentaron por el poder. La Revolución Federal, conducida por el Partido Liberal, en 1899, significó el desplazamiento de la capital del país de Sucre a La Paz y, al mismo tiempo, el desplazamiento del poder de la oligarquía minera de la plata a la oligarquía del estaño, articulada en un nuevo núcleo de poder denominado La Rosca Minera, circunscripta a un reducido grupo de propietarios absentistas conocidos como barones del estaño: Simón I. Patiño, Carlos Aramayo y Mauricio Hachschild. Argentina y México constituyen casos similares de centralización política y sometimiento de los poderes regionales, con fuerte liderazgo personalista y gravitación ideológico-política de un colectivo intelectual. El dominio oligárquico en México se consolidó con el surgimiento y la permanencia en el poder por más de treinta años (de 1876 a 1910) del general Porfirio Díaz, acompañado por una generación de intelectuales de origen liberal, positivistas y librecambistas conocidos como «Los Científicos», que fueron los ideólogos de la modernización de México llevada adelante por el régimen de Porfirio Díaz denominado porfiriato.

En Argentina, el régimen oligárquico se constituyó a partir de los ganaderos de la pampa húmeda, que sometieron militar y económicamente a los poderes regionales del interior y subordinaron el puerto de Buenos Aires al Estado nacional. La figura del general Julio A. Roca fue su principal garante, por eso la Sociedad Rural Argentina le financió la llamada Conquista del Desierto mediante la cual construyó su candidatura y garantizó la expansión territorial de los ganaderos pampeanos a expensas del genocidio a los pueblos indígenas de la pampa y la Patagonia. El régimen también se sustentó en un programa de reformas impulsadas por la generación del Ochenta, intelectuales, políticos y pensadores de la élite imbuidos de la misma corriente de pensamiento positivista que los «Científicos» mexicanos. En Uruguay, el conflicto interno se libró entre blancos (estancieros tradicionales) y colorados (partido urbano liberal), y estuvo imbricado en las luchas civiles argentinas, la geopolítica brasileña y la injerencia británica, desde el inicio de la vida republicana hasta la guerra del Paraguay, a partir de la cual se consolidó la hegemonía colorada. Las disputas armadas entre ambos partidos recrudescieron hasta que en 1897, el acuerdo de partidos (Pacto de la Cruz) garantizó la estabilidad del Estado y el



Diego Portales, ca. 1870.



orden oligárquico en Uruguay, hasta que la presidencia de José Batlle y Ordóñez garantizó las medidas políticas de tinte liberal modernas. Paraguay constituye un caso controvertido, ya que la ausencia de una estructura de hacienda latifundista en manos de redes familiares impide colocar al país en la nómina de Estados típicamente oligárquicos. Sin embargo, el proceso de este tipo de dominación fue un producto de importación impuesto por el desenlace de la traumática guerra Guazú o Guerra de la Triple Alianza, en la que Brasil, Argentina y Uruguay, financiados por Gran Bretaña, destrozaron su estructura económica y social. En torno al despojo y la ocupación militar extranjera, se abrió desde entonces un proceso de lucha de partidos o facciones, entre el Partido Colorado y el Partido Liberal, que propiciaron la expansión de la propiedad privada, el latifundio y la libre empresa, en manos de capitales anglo-argentinos, creando así una economía de enclave con escasa competencia en el mercado internacional y generando en el largo plazo una clase dominante dependiente y débil.

Centroamérica se despedazó en pequeñas repúblicas oligárquicas producto de la rivalidad de los pequeños políticos regionales divididos en conservadores católicos (aristocracia latifundista) y liberales (positivistas, librecambistas), alimentada y exacerbada por la codicia imperialista tanto británica —que propició las intrigas separatistas—, cuanto norteamericana con su intervencionismo armado y sus enclaves económicos. El triunfo de los liberales posibilitó desplazar y someter a la Iglesia y a los conservadores, que centralizaron la autoridad de los Estados oligárquicos a través de dictaduras republicanas con el apoyo del imperialismo extranjero beneficiario de importantes concesiones económicas de la explotación del café, del azúcar o del banano, según cada caso. En Guatemala y El Salvador, por sus desarrollos económicos y sociales, se conformaron sistemas típicos de dominación oligárquica, en tanto que Costa Rica fue un caso excepcional debido a la ausencia de oligarquía y a la construcción temprana de una democracia relativamente estable. En Panamá, Honduras, Nicaragua, Haití y República Dominicana, en cambio, el orden dominante se consolidó a través de dictaduras autocráticas clásicas ya avanzado el siglo XX.

Las características naturales de América Latina —por su extensión territorial, biodiversidad geográfica y climática— y las condiciones impuestas por la dominación oligárquica a sus sociedades estructuralmente agrarias, fuertemente estratificadas, dominadas por prácticas paternalistas y jerárquicamente clientelares, posibilitaron la producción de materias primas a bajos costos en relación con el promedio de producción mundial. Con estas condiciones, y aunque los desarrollos tecnológicos fueran menores, quedaba margen para comercializar la producción primaria a precios más bajos que los que ofrecían otros mercados, lo que posibilitaba a los productores americanos la obtención de rentas agrarias y mineras extraordinarias (rentas diferenciales o superutilidades). Las condiciones del comercio internacional facilitaron el intercambio entre Europa y América, por la reducción de los costos del transporte debido a las innovaciones técnicas del tráfico marítimo y ferroviario. En estas condiciones, durante la segunda mitad del siglo XIX, las exportaciones de materias primas de los países de América Latina se expandieron notablemente, consolidando la alianza entre las oligarquías locales y los capitales extranjeros.

De este modo, los Estados oligárquicos configurados como semicolonias adaptadas a las necesidades del mercado externo generaron una nueva relación



Colectivo Político Ricardo Carpani, *Mural América Latina ahora o nunca*, 2014.

de dependencia con los países industrializados. En esta relación de «colonialismo económico», la Europa occidental y los Estados Unidos encontraron en América Latina un mercado propicio para abastecerse de materias primas, volcar sus excedentes, realizar inversiones financieras (debido al endeudamiento endémico de las naciones oligárquicas), inversiones de infraestructura (puertos, ferrocarriles, servicios de agua y tendido eléctrico, comunicaciones y telégrafos) y, además, para instalar industrias ligadas a la producción primaria exportadora de cada región. Así, los capitales extranjeros complementaron el proyecto político de desunión del continente, que privilegió el comercio entre América del Sur y Europa, entre Centroamérica y Estados Unidos, promoviendo así la fragmentación para evitar el intercambio comercial entre Estados americanos, condición necesaria para la construcción de un mercado interno para sus propias industrias capaz de generar una estructura productiva diversificada que permitiera liberarse de la tutela imperialista. La oligarquía latinoamericana se constituyó como clase dominante de países abastecedores de materias primas y renunció, de este modo, al control de los resortes estratégicos de la economía, rol que delegó en los gerentes y banqueros del mercado capitalista internacional, y en esa relación de subordinación, fundó nuestros Estados nacionales a partir del modelo exportador dependiente, conforme al rol que cada país latinoamericano tuvo en la división internacional del trabajo.



AMÉRICA LATINA EN EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA, FESTEJOS PARA POCOS



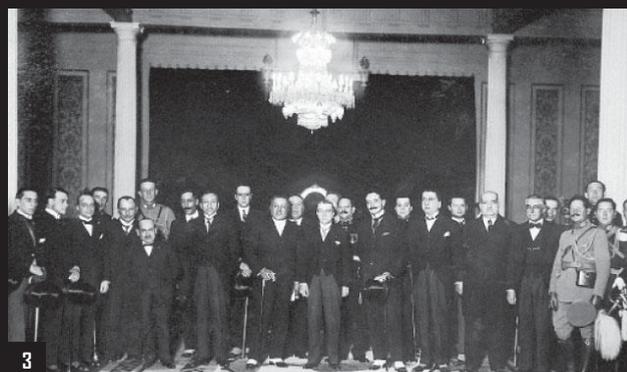
1. Visita de la Infanta Isabel a Buenos Aires en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, Argentina, 1910.

2. Desfile en la Alameda durante los festejos del Centenario, Chile, 1910.

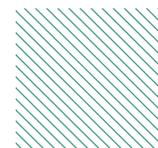
3. Acto durante los festejos del Centenario de la Independencia en Perú bajo la presidencia de Leguía, 1922.

4. Pabellón de la Industria en la Exposición del Centenario en Bogotá, Colombia, 1910.

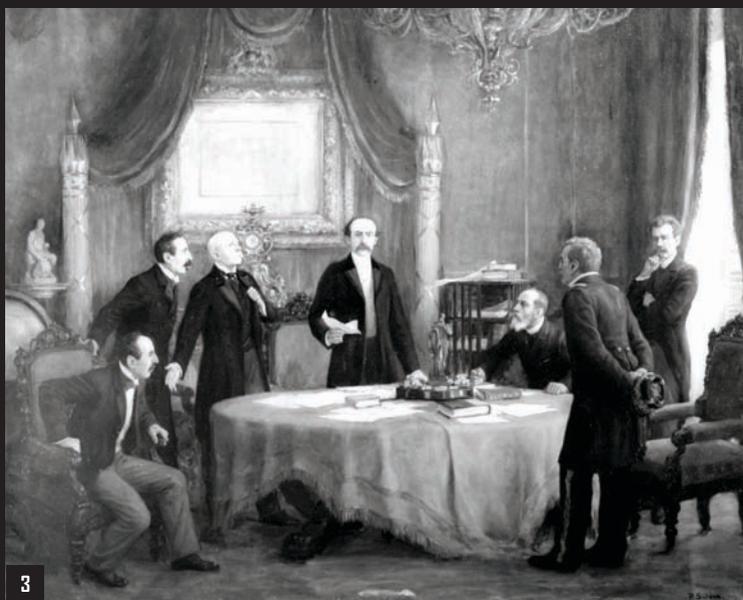
5. Acto en conmemoración al Centenario en el que participó Porfirio Díaz, México, 1910.



Hasta la Primera Guerra Mundial, los capitales ingleses fueron los más beneficiados por este tipo de relación comercial con los países de Sudamérica. A partir de la primera posguerra y, sobre todo desde la crisis de 1929 las inversiones de capital europeos (británicos y alemanes), comenzaron a retraerse en nuestro continente siendo reemplazados por inversiones de capitales estadounidenses. Solo la zona del Río de la Plata continuó siendo, por algunas décadas más, bastión del capital inglés. Si bien los Estados Unidos tuvieron intervenciones militares en Sudamérica durante el siglo XIX, México, Centroamérica y el Caribe fueron las regiones más perjudicadas por la injerencia norteamericana en sus asuntos internos, inspirada en la doctrina del destino manifiesto, para justificar tanto los enclaves económicos de sus empresas y el intervencionismo militar con sus infantes de marina. México perdió gran parte del territorio de California, Texas y Nuevo México; Nicaragua fue ocupada en diferentes momentos entre 1850 y 1860; Cuba y Puerto Rico sufrieron la intromisión norteamericana durante y después de la guerra por su independencia de España; y Colombia perdió su provincia de Panamá convertida en Estado «independiente» por imperio de la construcción del canal de Panamá. El orden oligárquico consolidó una estructura estatal que les permitió disponer de recursos e instituciones para llevar adelante importantes medidas de modernización económica y social, con el objeto de poner a los países latinoamericanos en la senda del desarrollo capitalista y crear las condiciones para facilitar el desarrollo del progreso. Para ello, los Estados oligárquicos adoptaron diferentes medidas político administrativas que variaron en profundidad de acuerdo con el grado de conservadurismo o radicalidad ideológica con que las llevaron a cabo, pero invariablemente consolidaron la burocracia del Estado. En términos generales, dictaron leyes y códigos (civiles, penales, comerciales) que regularon los distintos aspectos de las relaciones sociales y organizaron sistemas judiciales encargados de aplicarlos. Institucionalizaron y unificaron el sistema bancario, la moneda única, los seguros, los sistemas de correo y de comunicaciones; nacionalizaron y profesionalizaron al ejército y las marinas, cuestión que implicó la monopolización de uso de la fuerza en manos del Estado. También se ocuparon del registro cívico de la población, a través de la documentación de la identidad de las personas y tras llevar un control estatal de los nacimientos, defunciones y matrimonios, y de una estadística oficial que diera cuenta de las variables demográficas mediante los primeros censos de población. En este mismo sentido, adoptaron la decisión política de que fuese el Estado quien regulara y administrara la Educación e Instrucción pública y que esta fuese obligatoria y laica (en varios países gratuita). Todas estas medidas tendientes a separar a la Iglesia del Estado y secularizar la vida y la educación de la población provocaron fuertes enfrentamientos con la Iglesia católica, cuya jerarquía reaccionó con una postura claramente conservadora, aislando a la institución eclesiástica de las principales corrientes de pensamiento de la época y, por lo mismo, lejos de las necesidades de los sectores subalternos (campesinado indígena, inmigrantes, obreros y trabajadores sindicalizados) y sus movimientos de lucha y resistencia al orden oligárquico. En efecto, pese a basar su organización institucional en el liberalismo político, en el sistema republicano de división de los poderes y en el reconocimiento —al menos



UN CONTINENTE DE CONTRASTES





1. Fiesta de la élite porteña en el Jockey Club, Buenos Aires, Argentina.
2. Parque Central de San José de Costa Rica.
3. Consejo de Ministros de José Manuel Balmaceda, presidente chileno.
4. Frank G. Carpenter, *Vendedor de escobas*, Cuba, entre 1895 y 1923.
5. Frank G. Carpenter, *Porteadores*, Bolivia, La Paz, entre 1890 y 1923.
6. Frank G. Carpenter, *Esquina en la ciudad de Guatemala*, entre 1910 y 19207.
7. El presidente Leguía en una recepción en el Palacio de Exposición, 1924.
8. Hall del Palacio Paz de la familia Anchorena, Buenos Aires, Argentina.
9. Harris & Ewing, *Epitacio Pessoa, Dr. President Of Brazil*, 1919.

UN CONTINENTE DE CONTRASTES



1



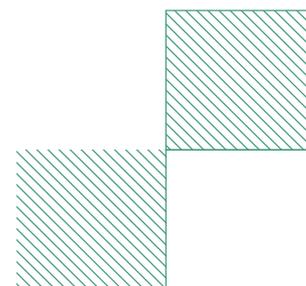
2

1. Ernesto de la Cárcova, *Sin pan y sin trabajo*, 1894.
2. Reinaldo Giudici, *La sopa de los pobres*, Uruguay, 1884.

teórico— del principio de soberanía popular, el orden oligárquico propuso un modelo de democracia restringida, limitada y excluyente que manipuló discrecionalmente el ejercicio del sufragio mediante el fraude electoral, controlando los poderes legislativos mediante el paternalismo clientelar. Restringió así la categoría de «ciudadano» a una minoría, limitando fuertemente los derechos políticos y laborales de las grandes mayorías de la sociedad latinoamericana, para quienes no hubo garantías constitucionales, ni igualdad ante la ley, ni respeto o atención por sus reclamos sociales y económicos.

Por ello, en esta etapa también se crearon condiciones favorables para el surgimiento de organizaciones de trabajadores y obreros que reclamaron a sus patrones aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo, y al Estado el reconocimiento de sus derechos laborales y su tratamiento legislativo. Al mismo tiempo, el crecimiento de las grandes ciudades fue acompañado por el surgimiento de una clase media urbana criolla-inmigrante conformada por trabajadores cuentapropistas, profesionales, maestros, dependientes de comercio y empleados públicos, pequeños comerciantes y rentistas, que comenzaron a mostrarse disconformes con la exclusión política a la que eran sometidos. La expansión exportadora perjudicó profundamente a las comunidades del campesinado indígena, que perdieron sus tierras en beneficio de los terratenientes latifundistas que los expulsaron de sus parcelas; se agudizó el deterioro de sus tradicionales formas de economía comunitaria. Y finalmente, los descendientes de los esclavos africanos, que constituían porciones significativas de la población urbana dedicada a los servicios en el ámbito rural, constituían un campesinado sin tierra, mano de obra semiesclava de plantaciones cafetaleras e ingenios azucareros. En torno a estas problemáticas y necesidades, surgieron sindicatos y centrales sindicales de trabajadores y obreros, ligas agrarias de comunidades campesino-indígenas; en los sectores medios, corrientes de pensamiento y partidos políticos nuevos que, con mayor o menor fuerza de acción, generaron en cada uno de los países focos de oposición al orden oligárquico y al intervencionismo imperialista.

Los núcleos dirigentes conservadores, alarmados ante el creciente malestar al que juzgaron peligroso socialmente y violentas a las ideologías que estimulaban la lucha, recurrieron a la represión de la protesta y a leyes especiales para deportar opositores; esto profundizó la crisis en que en sí mismo, se sumía el régimen conservador. Las luchas de las clases subalternas, cuya expresión la constituyeron las organizaciones de obreros anarquistas, el surgimiento del bandidismo rural, las resistencias y levantamientos indígenas (Zárate Willka en 1871, Bolivia; los Yaqui en 1875, México; la revuelta de Rumi Maqui en 1915, Perú) y al mismo tiempo, la fundación de partidos demócratas, partidos comunistas y partidos socialistas, junto con la producción intelectual de pensadores latinoamericanos y nacionalistas antiimperialistas (José Martí, Raúl Haya de la Torre, Manuel Ugarte, José Rodó) o marxistas (Julio Antonio Mella, Julio Prestes, José Mariátegui), generaron el clima propicio para el surgimiento de movimientos políticos de diverso origen —y en diferentes momentos—, denominados «Radicalismos», (Unión Cívica Radical en la Argentina, el APRA en Perú, La Revolución Mexicana, la Columna de Prestes). Animados de programas políticos y sociales con profundo contenido transformador (revolucionarios unos, reformistas otros), desalojaron —a partir de las dos primeras décadas del siglo XX— a la vieja oligarquía de los gobiernos latinoamericanos, generando una serie de cambios políticos y legislativos de distinto orden, que buscaron implantar una democracia política de base social amplia y participativa.



EL POSITIVISMO SEGÚN LEOPOLDO ZEA

EL POSITIVISMO EN MÉXICO

El positivismo es un concepto que expresa un conjunto de ideas, las cuales, al igual que otros muchos sistemas filosóficos, pretenden o han pretendido poseer un valor universal. Es decir, pretenden valer como soluciones a los problemas que se plantea el hombre, cualquiera que sea su situación espacial o temporal, geográfica o histórica.

[...]

Creyeron en un método filosófico al cual se podría someter todo lo existente. Se consideraron poseedores de una verdad válida para todos los hombres y en su nombre atacaron todas aquellas verdades que no se conformaban con la suya. La historia no fue para ellos sino la penosa marcha que conducía a las verdades positivas.

[...]

Podríamos encontrarnos con que nuestros positivistas no hacen otra cosa que repetir, que calcar las ideas de la filosofía positiva tal como han sido expuestas por otros pensadores; lo que es peor todavía, que muchas veces estas ideas han sido mal copiadas, mal calcadas, es decir, mal interpretadas por nuestros positivistas.

[...]

El problema que nos plantea el caso particular del positivismo en

México, es el mismo que se ha planteado a la filosofía contemporánea: el de las relaciones de la filosofía con su historia. Ortega y Gasset en varias de sus obras, pero en especial en su prólogo a la *Historia de la Filosofía* de Emilio Bréhier, se ha planteado este problema. La historia de la filosofía, nos dice el pensador hispano, no ha sido sino historia de ideas abstractas, descarnadas, desligadas de sus creadores. Ahora bien, una historia de la filosofía en la que las ideas filosóficas están abstraídas de los hombres que las crearon y de las circunstancias de estos hombres, no puede ser historia; porque de lo abstracto no puede haber historia, solo hay historia de la vida humana. Abstractar las ideas de sus circunstancias es abstractar la filosofía de su historia.

Ortega considera que no existen ideas eternas, sino tan solo ideas circunstanciales. Una idea no viene a ser sino la forma de reacción de un determinado hombre frente a su circunstancia. El pensamiento no existe sino como un diálogo con la circunstancia.

[...]

La historia no es posible sin un elemento intuitivo, histórico. En otras palabras, la historia no es posible sin una filosofía, ni la filosofía sin la historia. Toda filosofía es obra de un hombre y como tal se realiza en un determinado tiempo y lugar siendo esta la razón de su condición histórica. Toda filosofía tiene su adecuación

con la realidad, solo que esta realidad no es permanente sino histórica.

[...]

El positivismo sería una doctrina con pretensión universal, pero la forma en que ha sido interpretada y utilizada por los mexicanos, es mexicana. Para poder saber lo que de mexicano hay en esta interpretación, es menester ir a nuestra historia, a la historia de los hombres que se sirvieron del positivismo para justificar ciertos intereses, que son los mismos de los positivistas creadores del sistema.

(Zea, 1968)

EL POSITIVISMO COMO FILOSOFÍA PARA UN NUEVO ORDEN

Después de la escolástica, ninguna otra corriente filosófica ha llegado a tener en Hispanoamérica la importancia que tuvo el positivismo.

[...]

Los hispanoamericanos vieron en el positivismo la doctrina filosófica salvadora. Este se les presentó como el instrumento más idóneo para lograr su plena emancipación mental y, con ella, un nuevo orden que había de repercutir en el campo político y social. El positivismo se les presentó como la filosofía adecuada para imponer un nuevo orden mental que sustituyese al destruido, poniendo así fin a una larga era de violencia y anarquía política y social. Por el



contrario, a los brasileños, el positivismo se les presentó únicamente como la doctrina más apta para enfocar las nuevas realidades que se ofrecían en su natural evolución social. Para los hispanoamericanos el positivismo fue visto como un instrumento para cambiar una determinada realidad; para los brasileños solo fue un instrumento puesto al servicio de la realidad que se les ofrecía. Los primeros quisieron orientar la realidad, los segundos simplemente adaptarse a ella.

[...]

Con la llamada herencia colonial quisieron acabar desde sus raíces, como si tal fuese plenamente posible. Creyeron poder poner fin a todos los males que les aquejaban extirpando esa herencia e implantando en su lugar formas nuevas de comprender y enfrentarse a la vida. Sirviéndose del positivismo, los mexicanos creyeron que iban a dar término a la ya casi perpetua anarquía que los agitaba. En la Argentina se lo consideró un buen instrumento para acabar las mentes absolutistas y tiránicas que la habían azotado. Los chilenos consideraron al positivismo como un instrumento eficaz para convertir en realidad los ideales del liberalismo. En el Uruguay el positivismo se ofreció como la doctrina moral capaz de acabar con una larga era de cuartelazos y corrupciones. Perú y Bolivia encontraron en el mismo la doctrina que habría de fortalecerles después de la gran catástrofe nacional que sufrieron en

su guerra contra Chile. Los cubanos vieron en él la doctrina que justificaba su afán de independenciar en contra de España. El positivismo fue en todos estos casos un remedio.

[...]

El positivismo, desde luego, no influye con vigor semejante en todos los países hispanoamericanos, aunque de hecho su influencia se haga notable en la totalidad de ellos. Poderosa es su influencia en México, impregnando toda una época política y culturalmente, la que lleva el nombre de porfirismo. En este país es Gabino Barreda, introductor del positivismo y reformador de la educación en México; en el campo político y en el campo educativo se destaca Justo Sierra quien, al lado de un grupo de nuevos políticos formados en la escuela positivista, es algo así como el teórico político y educativo de la era porfirista. En la Argentina el positivismo influye también poderosamente. Aquí se destacan tres grandes grupos: el de los llamados positivistas sui géneris o prepositivistas, entre los que se distinguen Sarmiento, Alberdi y Echeverría; el grupo de la llamada Escuela de Paraná, de formación comtiana, que influye en el campo educativo a través de las escuelas normalistas. Dentro de este grupo se destacan Pedro Scalabrini, Alfredo J. Ferreira, Ángel C. Bassi, Maximio Victoria, Leopoldo Herrera y Manuel Bermúdez. Otro grupo poderoso

se presenta en la Universidad de Buenos Aires, donde se combina el positivismo comtiano con el inglés, especialmente Spencer. Este grupo se destaca por la aplicación que hace del criterio científico y del principio de la evolución a los diversos problemas políticos, administrativos y educativos que se le plantean. El positivismo también toma en la Argentina el carácter de un liberalismo avanzado y socializante; tal es el positivismo de José Ingenieros y de Juan B. Justo, que en política pertenecen al Partido Socialista Argentino. El segundo combina el evolucionismo de Spencer con el marxismo, formando las bases teóricas del partido socialista citado, del cual es también fundador. Otros positivistas, de formación comtiana, se orientarán hacia los principios del mismo partido; entre estos se encuentra Américo Ghioldi.

En Chile es José Victorino Lastarria, uno de los primeros positivistas, quien llega a Comte por lo que ha considerado afinidad de ideas. Para Lastarria el positivismo es una ideología liberal, por lo que hace del mismo un instrumento al servicio de la defensa de las libertades políticas de su pueblo. Otro chileno, Valentín Letelier, continúa esta interpretación respecto al positivismo. Frente a estos positivistas, a los que se podría dar el nombre de heterodoxos, surge otro grupo, el de los ortodoxos, que siguen la filosofía comtiana en su integridad, incluyendo el aspecto

religioso; en este grupo se encuentran los ya citados hermanos Lagarrigue. Como habrá de verse más adelante, la historia de Chile ofrecerá a ambas corrientes la oportunidad de hacer patentes sus respectivas actitudes frente a un mismo hecho; este lo será el golpe de Estado en contra del presidente Balmaceda. En el Uruguay, el positivismo se enfrentó a la corriente llamada espiritualista. La polémica giró en torno a la capacidad de ambas doctrinas para moralizar al país, agitado por múltiples cuarteles y corrupciones de todo género. En el Perú, la filosofía positiva influirá fuertemente, alentando reformas educativas y administrativas. Aquí se destacan el sociólogo y parlamentario Mariano Cornejo, Javier Prado y el educador Manuel Vicente Villarán. En Cuba, el positivismo tiene también gran influencia; su principal expositor será José Enrique Varona. Spencer es el filósofo positivista a quien se sigue, no así Comte. Este último solo tuvo un estudioso cubano, Andrés Poey, que vive en Francia y escribe en francés. El comtiano ha sido rechazado en Cuba por Varona y los que le siguen por razones políticas propias de la isla. Como es bien sabido, Cuba es la última nación de Hispanoamérica que alcanza su independencia de España. De aquí que todos sus pensadores, a lo largo de la casi totalidad del siglo XIX, hayan tenido una sola preocupación: la emancipación de la isla. Existe una clara y definida línea entre todos

sus pensadores, que son al mismo tiempo educadores; línea que parte de Agustín Caballero, se continúa en Félix Varela, culmina en José de la Luz y Caballero y se realiza en Varona. Todos ellos están animados de la misma preocupación: educar y dar a los cubanos una serie de ideas que les permita estar listos para alcanzar la independencia en la primera oportunidad que se les ofrezca. De aquí que les preocupase la selección de las filosofías que ofrecían a sus educandos. No todas las doctrinas filosóficas eran aptas para despertar en los mismos el sentido de independencia y el afán de alcanzarla. Existían doctrinas filosóficas que podían embotar este sentido haciéndoles conformarse con la realidad dada. En ese caso estaba el positivismo de Augusto Comte. Su idea de un orden semiteológico podría justificar el orden impuesto por España; en cambio, Spencer, con sus ideas sobre la evolución que culmina en la plena libertad del individuo y su análisis de carácter científico de la realidad social, justificaba el afán de libertad de los cubanos y les hacía observar los males causados por la Colonia. En Bolivia, al igual que en el Perú, el positivismo empieza a tener influencia después de la derrota que sufre en su guerra con Chile en 1880. Esta guerra le cuesta la única salida al mar. De la derrota culparán a su propia educación, a su formación mental, que consideran idealista. Frente a este pasado, que no supo medir las

fuerzas reales de Bolivia, se opone una doctrina realista y positiva. Agustín Azpiazu es la principal figura del movimiento positivista en la república de Bolivia. En el resto de los países hispanoamericanos el positivismo, aunque influye poderosamente, no llega a ser tan importante como en los citados. En lo general se le toma como un instrumento al servicio de la ideología liberal y como un instrumento anticlerical. Su principal expositor en el Paraguay lo será Cecilio Báez; en Venezuela, Gil Fortoul; en Colombia, Nicolás Pinzón y Herrera Olarte; en Puerto Rico, la venerable figura del educador Eugenio María de Hostos. En todos estos últimos países se combina el positivismo francés con el inglés, pero destacándose el último especialmente el positivismo de Spencer.

[...]

En todos y cada uno de los casos citados, el positivismo se presentó a los reformadores hispanoamericanos como el mejor de los instrumentos para lograr lo que era su mayor preocupación: la emancipación mental de Hispanoamérica. Esto es, para cambiar el espíritu e índole de los hispanoamericanos, creyeron que era posible, mediante una educación adecuada, borrar el espíritu que había impuesto España a sus colonias. Una vez borrado este espíritu, pensaron, Hispanoamérica podrá ponerse a la altura de los grandes pueblos



civilizados. En el norte veían cómo se alzaba cada vez más poderoso el modelo de lo que debían ser los pueblos de la América. Quisieron acabar con el espíritu que hacía posible la anarquía y el despotismo. Trataron de poner punto final a una historia de la que se avergonzaban todos los hispanoamericanos. Así, entre 1880 y 1900 pareció surgir una Hispanoamérica nueva. Una Hispanoamérica que aparentaba no tener ya nada que ver con la de los primeros cincuenta años que siguieron a su independencia política. Un nuevo orden se alzaba en cada país; pero ya no era el orden teológico y colonial que había repudiado. Ahora era un orden apoyado en la ciencia. Un orden que se preocupaba por la educación de sus ciudadanos y por alcanzar para ellos el mayor confort material. Los ferrocarriles empezaron a surgir y cruzar los caminos, las industrias se multiplicaban. Se deja sentir una era de progreso y, con ella, una era de gran optimismo. En política, las palabras libertad, progreso y democracia sobre bases científicas y positivas aparecían como nuevas banderas. Una poderosa inmigración en varios países hispanoamericanos hacía pensar en lo que esta había significado en los Estados Unidos de Norteamérica. La riqueza, teniendo como fuente la industria, pareció ser el mejor de los estímulos para el crecimiento de la nueva América. El ideal de los emancipadores de Hispanoamérica parecía realizarse.

Sin embargo, un sordo descontento se deja sentir pronto en muchas capas sociales. Se habla del materialismo de la época, del egoísmo como su personificación. La educación no llegaba a todas las capas sociales. El confort no era disfrutado por todos los miembros de la sociedad. Pronto se destacarán grandes diferencias sociales. Se han formado oligarquías que acaparan los negocios públicos para mejor servir sus negocios económicos. No faltan tampoco nuevas formas de tiranía, como la de Porfirio Díaz en México. Los ferrocarriles y las industrias crecen, pero se encuentran en otras manos que las hispanoamericanas. La burguesía en Hispanoamérica no es otra cosa que un instrumento al servicio de la gran burguesía europea y norteamericana que le ha servido de modelo. Nuevamente aparece el espíritu colonial y con él todos sus repudiados defectos. El liberalismo y la democracia continúan estando muy lejos de sus modelos; no son otra cosa que nombres con los cuales se siguen ocultando viejas formas de gobierno. Las mismas fuerzas coloniales continúan ejerciendo su predominio, aunque hayan cambiado de lengua y de ropaje. Dichas fuerzas vuelven a levantar cabeza, esta vez puestas al servicio de nuevos imperialismos. Los golpes de Estado, las revoluciones y cuartelazos siguen enseñoreándose de nuestra América. El militarismo y el clericalismo continúan siendo las fuerzas negativas, pero ahora aliadas

a los intereses de las diversas pseudo-burguesías hispanoamericanas. Todos los males con los cuales se quiso acabar mediante una educación positivista, resurgen estimulados y acrecentados en muchos aspectos por los intereses de los nuevos imperios, de los cuales Hispanoamérica pasa a ser colonia. El problema parece insoluble: Hispanoamérica se vuelve a presentar, como en el pasado, dividida en dos grandes partes, una con la cabeza aún vuelta hacia un pasado colonial y otra con la cabeza orientada hacia un futuro sin realidad aún. Continúa faltando el lazo de unión entre estas dos actitudes. Lazo de unión que solo podrá dar la toma de conciencia plena de nuestro pasado con vistas a la realización de nuestro anhelado futuro.

(Zea, 1974)

EL MODERNISMO EN AMÉRICA LATINA

El modernismo coincide y puede agruparse dentro de la reacción antipositivista que se origina en Latinoamérica a partir en la última década del siglo XX y se extiende aproximadamente hasta la Primera Guerra Mundial. En un contexto de adversidad para la tradición de los proyectos continentales al estilo Bolivariano, donde el triunfo de la balcanización sajona sobre «Nuestramérica» resultó en un continente dividido en veinte repúblicas que se daban las espaldas unas a otras, desde el plano de la cultura surge la reacción antipositivista. La misma coincide con una reconsideración del pasado y una crítica al materialismo racionalista que había impulsado el positivismo; a pesar de eso, la reacción no logró desembarazarse de los postulados básicos del positivismo. En la revisión por el pasado se encuentra la mirada sobre España, la cual generaba en los pensadores antipositivistas sentimientos encontrados. España, durante las décadas del 1860 y 1870 había emprendido una sorpresiva aventura imperialista invadiendo el Perú y promoviendo un intento por recuperar Ecuador en 1860; episodios que eran analizados por la intelectualidad de la época como expresiones de atraso y barbarie. Pero ante todo, existe una situación que genera la paradoja con respecto a la mirada del pasado hispánico, esto es: la emergencia de los Estados Unidos como potencia colonial, «la nación positivista» del continente. Esta situación empuja a

la reformulación del pasado hispánico y ese movimiento reflexivo genera dos consecuencias: una revalorización del pasado continental no balcanizado y una identificación del enemigo balcanizador e imperialista, Estados Unidos, que por una cuestión de proximidad y por su destino de potencia, alimenta la producción ensayística y literaria.

LA GENERACIÓN DEL 900: EL ANTIIMPERIALISMO EN «NUESTRAMÉRICA»

El modernismo fue una corriente cultural, estética que transformó el terreno, fundamentalmente de la literatura en nuestro continente. Su influencia se centró entre las décadas del 1890 y 1910; este período coincidió con la preponderancia, a su vez, del discurso positivista con el que el modernismo discutía.

El movimiento modernista se enmarcó en el espíritu de fin de siglo, que estuvo caracterizado por una sensación de pérdida de sentido generalizada. Durante estos años se llevó adelante una primera crítica al proyecto de la modernidad. El iluminismo había confiado excesivamente en la razón, la ciencia, la civilización y esto lo había conducido a adoptar posiciones acriticas, instrumentales, que habían neutralizado su verdadero espíritu liberador. Es por ello que resultaba prioritario volver sobre sus pasos de manera crítica y observar los límites al proyecto iluminista. Frente a este

escenario, el modernismo desarrolló una serie de temáticas y tópicos para abordar la realidad nacional y latinoamericana. El valor fundamental para esta corriente fue la belleza. Así como para el positivismo la verdad última era la científica; para un escritor modernista, en la belleza se encontraba la verdad. Este valor se construyó en contraposición al de «utilidad». Lo útil se relacionaba con lo utilitario, lo instrumental del mercado, el dinero, lo pragmático.

La única búsqueda de conocimiento posible era a través de la belleza y el único capaz de sondear los terrenos de la realidad y acceder, casi como un vidente a ella, era el poeta, el escritor. El poeta profeta, ya postulado por Víctor Hugo en la Francia del siglo XIX, era aquel que podía ver más allá de la superficie y podía guiar a las almas y al pueblo.

Conviene precisar varias cuestiones. En primer lugar, el rol del escritor modernista empezó a delinear lo que Oscar Terán llamó: «campo intelectual y una figura de intelectual independiente». La literatura ya no era un campo de dispersión y esparcimiento de doctores, sino un trabajo. No obstante, el camino de la profesionalización resultó arduo. Como lo señalaba el maestro del modernismo latinoamericano, Rubén Darío, autor de textos como *Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896), en una ciudad como Buenos Aires con seiscientos mil habitantes, apenas se vendían doscientos ejemplares de un autor nacional. En ocasiones, el reconocimiento de este

contexto adverso, llevó a los modernistas a plantear la huida hacia el interior, hacia su propio yo, hacia la conocida «torre de marfil». En segundo lugar, ya adentrándonos en la caracterización del movimiento, para los modernistas de nuestro continente, la representación del «materialismo» superfluo del dinero se encarnó en los Estados Unidos como el territorio del pragmatismo, del utilitarismo, del lucro. Frente a este se alzaba el proyecto modernista latinoamericano antiimperialista. A la postura «antieconomicista», «antiburguesa» —ya que el burgués es postulado como la figura social que asume el costado utilitario de la modernidad— le sumaron una tendencia cosmopolita. Los referentes modernistas como Darío, José Enrique Rodó y el cubano José Martí viajaron permanentemente por el continente y se nutrieron de distintas realidades. Es por eso que esta tendencia no los obstaculizó a la hora de construir un discurso sobre el continente y la nación.

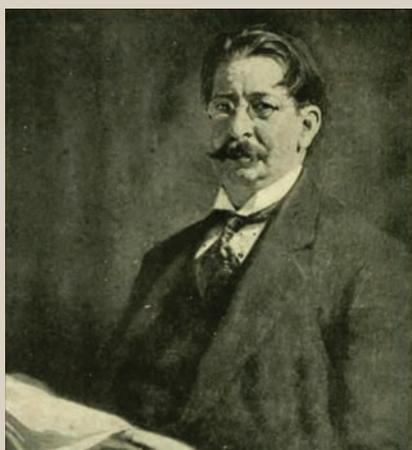
Por último, el modernismo, trabajó fuertemente en el campo de la poesía. No podemos dejar de mencionar su aporte en esta dirección, ya que a nivel de la estructura de los versos y de la prosa poética mostraron una ruptura con la tradición. El modernismo comenzó a utilizar el verso libre, él no está sujeto ni a la rima ni a la métrica, lo cual lo convirtió en precursor de la poesía conversacional y de la antipoesía. Como toda corriente transformadora, modificó el lenguaje, el léxico,

introdujo palabras que eran consideradas como no poéticas, galicismos y latinismos, así como arcaísmos.



LOS HOMBRES DE LA GENERACIÓN DEL 900

JOSÉ ENRIQUE CAMILO RODÓ PIÑEYRO (1871-1917)



Fue un ensayista y político nacido en Montevideo, Uruguay. Entre sus principales obras figuran *Motivos de Proteo* (1909), *El mirador de Próspero* (1913) y *Ariel* (1900). Sus obras señalaron el malestar finisecular hispanoamericano con el estilo refinado y poético, típico de la corriente modernista de la cual Rodó fue uno de sus máximos exponentes. Su obra, *Ariel* tuvo un reconocimiento particular, ya que contribuyó a resignificar la concepción de una cultura latinoamericana. Rodó tomó sus personajes de la obra *La Tempestad* de William Shakespeare (1612), sus personajes: Próspero, Ariel y Calibán. De esta forma, Ariel era un símbolo de la espiritualidad e inteligencia en contraposición a Calibán, símbolo del materialismo utilitario y la torpeza. En la perspectiva del escritor, el primero de los personajes mencionados era Latinoamérica, mientras que el segundo representaba a los Estados Unidos. Rodó plantea la necesidad de una democracia auténticamente

latinoamericana que abreve en nuestra propia tradición. Este escrito estuvo dedicado fundamentalmente a la juventud de la región, quien en el marco del movimiento reformista lo reconoció como uno de los «maestros de la juventud».

Rodó señalaba en *El mirador de Próspero*:

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de la adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra son las naciones en que ella políticamente se divide (Rodó, 1913).

MANUEL BALDOMERO UGARTE (1875-1951)



Escritor y periodista argentino, también fue representante diplomático en México, Nicaragua y Cuba. Forma parte de la llamada «Generación del

900», un grupo de intelectuales que, atravesados por las contradicciones de la época, reflexionan sobre la realidad latinoamericana y las vicisitudes de la región frente al avance imperialista. Fundó y editó el diario *La Patria* (1912-1916) y la revista *Vida de hoy* (1920-1921). Desarrolló gran parte de su labor en el exterior de su país; esto contribuyó a construir un análisis y una obra sobre las sociedades latinoamericanas, con una perspectiva continental y antiimperialista.

Su concepción sobre la necesaria unidad continental, sobre la «Patria Grande» se plasmó en obras como *La evolución social y política de Hispanoamérica* (1910), *El destino de un continente* (1923), *El porvenir de América Latina* (1911), *Escritores iberoamericanos de 1900* (1947) y *La Patria Grande* (1922).

En relación con América latina, señalaba:

[Pero] no nos separa ningún antagonismo fundamental (...) Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos repúblicas más opuestas de América Latina, hay menos diferencia y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos estados de Austria. Nuestras divisiones son puramente políticas y, por tanto, convencionales. Los antagonismos, si los hay, datan de apenas algunos años y más que entre pueblos, son entre los gobiernos. De modo que no habría obstáculo serio para la fraternidad y la coordinación de países que marchan por el mismo camino hacia el mismo ideal (Ugarte, 1901).

JOSÉ MARÍA ALBINO VASCONCELOS DE CALDERÓN (1882-1959)



Fue un político y escritor mexicano, abocado fundamentalmente al trabajo en el campo de la educación. Adoptó a lo largo de su trayectoria una postura latinoamericanista y antiimperialista. Junto con Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña integró el Ateneo de la Juventud (originado en 1909), corriente antipositivista de su país que nucleó a intelectuales y filósofos. Fueron el puntapié para una transformación de la cultura mexicana. En este marco, se elaboró una fuerte crítica a la Escuela Nacional Preparatoria, por su marcado carácter positivista.

Vasconcelos participó de la Revolución mexicana y se desempeñó como rector de la Universidad Nacional entre los años 1920 y 1921, y a su vez como secretario de Educación Pública en el período 1921-1924 durante la presidencia de Álvaro Obregón.

Entre sus principales escritos se encuentran *La raza cósmica* (1925), *Bolivarismo y Monroísmo* (1934), *Ulises criollo* (1935), *La Tormenta* (1936) y *Breve historia de México* (1937). En la segunda obra mencionada el autor expresa acerca del nacionalismo latinoamericano:

Nuestro nacionalismo se diferencia del nacionalismo que es instrumento de exclusiones raciales y de imperialismo político-económico. También se diferencia nuestro nacionalismo del localismo que hoy padece España, subdividida en catalanes, gallegos, vascos. Cuando el nacionalismo sirve para disgregar y no para expandir, debemos liquidarlo. Si el nacionalismo ha de ahondar las diferencias que separan al argentino del chileno, al mexicano del colombiano, renegemos desde ahora de ser semejante tipo de nacionalista. Argentinismo cerrado, mexicano estrecho son recursos del imperialismo que nos acecha (Vasconcelos, 1934).

ISIDRO FABELA ALFARO (1882-1964)



Fue un escritor y político mexicano, que asumió una postura

latinoamericanista y antiimperialista. Se desempeñó como funcionario público: ejerció la gobernación de Atlacomulco, estado de México entre los años 1942 a 1945. También fue embajador en diferentes países como Francia, Inglaterra, España, Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y Alemania y representó a México en la Liga de las Naciones. Fue juez de la Corte Internacional de Justicia en la Haya. Entre sus obras se encuentran: *Los Estados Unidos contra la libertad* (1918); *Neutralidad, estudio histórico, jurídico y político* (1940); *Por un mundo libre* (1943); *Belice. Defensa de los derechos en México* (1944) y *Las doctrinas Monroe y Drago* (1957). En el discurso que dio a propósito de la constitución de la «Acción iberoamericana» señaló:

La América española ha perdido ya varias de sus unidades y está amenazada de perder más aún si no sacudimos toda nuestra indiferencia culpable, o nuestro egoísmo fratricida, levantando nuestras almas a la altura de nuestra conveniencia, de nuestro deber, para salvar no solo la independencia de los países sojuzgados, sino el espíritu supranacional iberoamericano (Fabela Alfaro, 1923).

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA (1860-1933)



Pensador, periodista y ensayista colombiano que escribió numerosas obras literarias entre las que encontramos poesías, cuentos y novelas. Si bien su popularidad se debió al extenso trabajo literario, su pensamiento político se mantuvo presente a lo largo de su trayectoria, en su labor como redactor y editor de diarios y revistas como *Némesis* o *Hispanoamérica*. Vargas Vila repudió la política expansionista de Estados Unidos de fines de siglo XIX. En este sentido, hizo manifiesta su posición contra la invasión de Haití, la ocupación de Nicaragua y de República Dominicana, como también la intervención en Cuba. Su denuncia de la política norteamericana como la propuesta de la Confederación Panamericana fue apasionada, es por ello que promovió la lucha y accionar por la unidad regional. Entre sus trabajos más importantes se encuentran: *Ante los bárbaros (los Estados Unidos y la Guerra) el yanqui: he ahí el enemigo*, *El camino del triunfo*, *La conquista de Bizancio* (1910), *La voz de las horas* (1910)

y numerosas poesías, cuentos y narraciones históricas sobre los personajes latinoamericanos como *Rubén Darío* (1917), *José Martí: apóstol-libertador* (1938). En relación con su perspectiva continental afirmaba:

He aquí cerca de tres lustros que vengo anunciando a los pueblos de la América el peligro yanqui; y con sus oídos, sordos por el rumor de sus vociferaciones, ellos no oyeron; (...) PREVER O DESAPARECER, he aquí el dilema; ¿y cuál es la palabra de Previsión? UNIÓN. Unión de esos pueblos todos bajo el estandarte glorioso de la raza, unión estrecha y fraternal de los pueblos todos de la América Latina hasta hoy ferozmente encelados y dispersos (Vargas Vila, 1909).

RUFINO BLANCO FOMBONA (1874-1944)



Fue un escritor y político venezolano. Tuvo un importante accionar político en su época, pero

también desarrolló una vasta obra literaria; escribió poemas, novelas como *Trovadores y Trovas* (1899), *El hombre de hierro* (1905) y estudios históricos sobre figuras de gran relevancia y luchadores de América Latina como Bolívar: *El pensamiento vivo de Bolívar* (1942), *Bolívar y la guerra a muerte* (1942), *Bolívar el hombre* (1942) y *Mocedades de Bolívar* (1943). Este pensador cumplió funciones públicas durante el gobierno de Cipriano Castro y luego debió exiliarse a París, por su manifiesta oposición a la dictadura de Juan Vicente Gómez. Con sus escritos, ensayos e investigaciones, caracterizó y reivindicó la situación de Hispanoamérica e incidió en la práctica política de su tiempo. Sus trabajos políticos se posicionaron en contra de la política imperialista de Estados Unidos hacia América Central, siendo el primero en acuñar el término «Yanquilandia».

En su conferencia *La americanización del mundo* (1902) señalaba:

Somos nosotros, américo-latinos, quienes más peligros corremos. nosotros vivimos en la impresión. Nos imaginamos solos en el mundo, sin recordar que en política, lo mismo que en el mar, hay ballenas, tiburones y hasta pesadas focas que se nutren de la pesca, es decir, que viven de los débiles (Blanco Fombona, 1902).

RUBÉN DARÍO (1867-1916)



Bajo este seudónimo escribía el nicaragüense Félix Rubén García Sarmiento, quien se destacó en el género de la poesía y fue un referente de la corriente modernista. Entre sus obras se encuentran *Prosas profanas* (1896), *Canto de Vida y Esperanza* (1905), *Azul* (1888), *Los Raros* (1896) y *Canto a Roosevelt* (1905). Es conocido como el «príncipe de las lenguas castellanas». También se desarrolló profesionalmente como periodista, como corresponsal del diario argentino *La Nación*.

El poema «Unidad Centroamericana» (1885) dedicado al general Justo Rufino Barrios, presidente de Guatemala, fue uno de los escritos juveniles en donde manifestó su compromiso con la Patria Grande y su admiración hacia próceres unionistas:

¡Centroamérica espera que le
den su guirnalda y su bandera!/
¡Centroamérica grita/ que le duelen
sus miembros arrancados, / y aguarda
con ardor la hora bendita / de verlos
recobrados!... / ...Morazán, el guerrero
/ de brazo formidable blandió su limpio
acero por ella... / ...Valle y Barrundia,
un sabio y un profeta / de la Unión

Nacional... / ...Cabañas, el airoso, el
aguerrido, / de esa causa gigante fue
soldado... / ...Gerardo Barrios, paladín
brioso / fue del mismo ideal... / ...Jerez,
aquel grandioso alucinado, / fue sacer-
dote del ideal sagrado... (Darío, 1885).

JOSÉ JULIÁN MARTÍ PÉREZ (1853-1895)



Escritor y político cubano, fue una de las grandes figuras de la literatura hispanoamericana. Entre sus obras más importantes, se encuentran *Nuestra América* (1891), *Ismaelillo* (1882) y *Versos Sencillos* (1891). Martí fue un activista político cuya lucha revolucionaria por la libertad de su patria le costó la prisión, el exilio en Nueva York e incluso su propia vida. Intentó liberar a su pueblo conformando un frente anticolonialista encabezado por el Partido Revolucionario Cubano. Esta fuerza política no se limitaba a la lucha por la libertad cubana, sino que también buscaba propulsar la liberación de Puerto Rico y otras colonias antillanas.

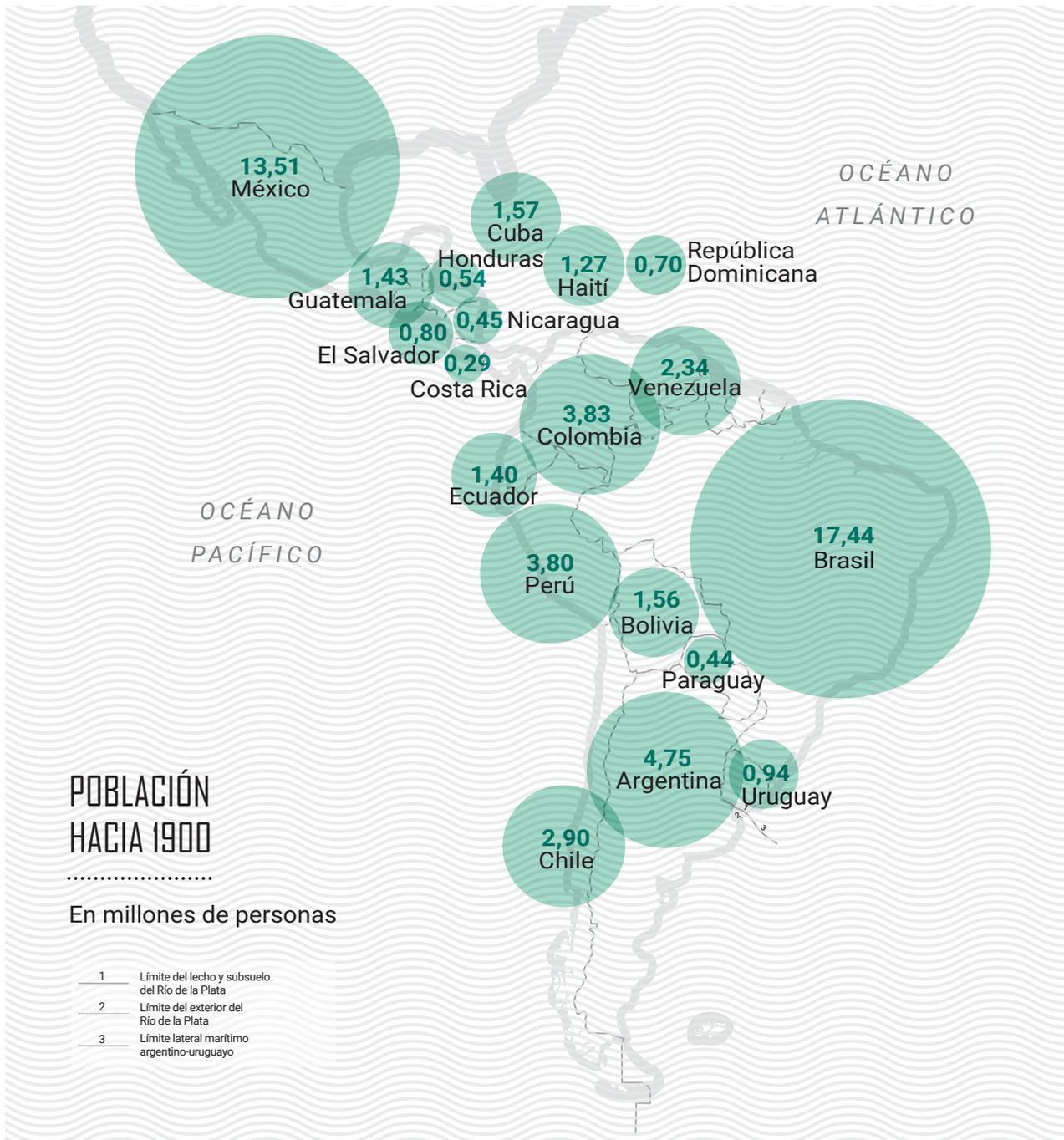
Martí sostenía que, además de tener de romper los lazos con la metrópoli española, era necesario deshacerse de la dependencia

económica con los Estados Unidos. Su lucha no fue solo anticolonialista, sino también antiimperialista. En este sentido, fue el primer autor que advirtió severamente al pueblo latinoamericano sobre las intenciones imperialistas estadounidenses. Haciendo referencia a la Primera Conferencia Panamericana, realizada en Washington en 1889, escribió un mensaje en su libro *Versos Sencillos* para dar a conocer a las intenciones de dominación norteamericana, sacando a la luz las diferencias entre la América anglosajona y la América Latina:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. (...) Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores (Martí, 1891).

AMÉRICA LATINA Y LA ECONOMÍA INTERNACIONAL (1870-1914)

Desde las independencias, los intentos por ordenar los sistemas institucionales y recuperar las economías arrojaron resultados dispares entre las distintas regiones e incluso hacia dentro de cada uno de los nuevos países. Hasta mediados del siglo XIX, no presentaron grandes cambios en el modelo de producción económica, y dado al carácter semicolonial que adquirieron las nuevas repúblicas respecto del mercado mundial y las potencias imperialistas, coexistieron en su seno formas de producción premodernas con no capitalistas.



Datos tomados de Marceilla y Machado, 2015.



Datos tomados de Overy, 2009.

La evolución de la red ferroviaria (1870-1930)

	1870	1915	1930	Max. (año)
México				
Red de kilómetros	289	18 911	19 609	24 809 (1990)
N.º de Compañías	2	14	12	24 (1900)
Centroamérica				
Red de kilómetros	50	3 136	4 928	4 928 (1930)
N.º de Compañías	2	15	13	17 (1920)
Las Antillas¹				
Red de kilómetros	1 207	4 637	6 210	6 252 (1935)
N.º de Compañías	14	22	27	28 (1935)
Los Andes del Norte²				
Red de kilómetros	82*	2 642	4 592	5 274 (1945)
N.º de Compañías	1	31	36	36 (1930)
Los Andes del Sur³				
Red de kilómetros	881	12 278	13 999	14 860 (1960)
N.º de Compañías	8	51	61	61 (1930)
Países del Plata⁴				
Red de kilómetros	631	38 581	42 741	47 785 (1960)
N.º de Compañías	8	28	25	28 (1915)
Brasil				
Red de kilómetros	829	20 943	24 928	34 064 (1960)
N.º de Compañías	6	23	24	31 (1890)
Total				
Red de kilómetros	3 969	101 128	117 007	133 089 (1 960)
N.º de Compañías	41	184	198	198 (1 930)

* Ferrocarril de Panamá (Colombia, 1870).
¹ Antillas: Cuba, República Dominicana, Puerto Rico.
² Andes del Norte: Colombia, Ecuador, Venezuela «Gran Colombia»: (Sanz Fernández, 1998).
³ Andes del Sur: Bolivia, Chile, Perú.
⁴ Países del Plata: Argentina, Uruguay, Paraguay. (Sanz Fernández, 1998).



A partir de la segunda mitad del siglo XIX, se inició la segunda fase de la Revolución Industrial estructurada a partir de la producción de acero, la modernización del transporte y las comunicaciones, la generación de energía eléctrica y la explotación del petróleo. El mercado mundial consolidó entonces su organización basado en la expansión europea imperialista sobre Asia, África y Oceanía, sobre la base de la división internacional del trabajo. Según esta, los países industrializados de Europa occidental (además de Estados Unidos y Japón) se presentaron como compradores de las materias primas que generaba el mundo periférico (Asia, África y América Latina) y, al mismo tiempo, como los proveedores de las manufacturas que este debía consumir. A diferencia de Asia, África y Oceanía, la dominación en América Latina adoptó un carácter neocolonial, ya que los países de la región, al menos formalmente, mantenían la independencia política.

La reducción de los costos del transporte marítimo —debido a que el vapor disminuyó la duración del trayecto Europa-América— generó que, a partir de 1840, se iniciara un proceso de demanda internacional de las materias primas americanas: azúcar y tabaco del Caribe, lana ovina de la pampa húmeda allende al Río de la Plata, lana de alpaca de los Andes centrales, nitratos y cobre de Chile, Perú y Bolivia, café de Brasil, Ecuador y Colombia, y guano de las costas de Perú. Esta demanda produjo una breve recuperación económica posindependentista porque, si bien generó la expansión de la producción pecuaria, también significó el aumento de las importaciones manufacturadas, que por los términos de intercambio fue el principio de la prolongada dependencia que sumió en profunda crisis a los talleres de producción artesanal, con el consecuente deterioro de los circuitos comerciales de los mercados interiores. Pero, en el marco de la división internacional del trabajo, los países centrales no solo fueron favorecidos por este intercambio comercial (en donde el deterioro de los precios del intercambio generaba el aumento de los precios de las manufacturas en detrimento de las materias primas), sino también por el usufructo de vastos recursos locales mediante diversos mecanismos tales como el control de los servicios públicos, de la infraestructura —por ejemplo los ferrocarriles—, del sistema financiero y del sistema de fletes. Esta apropiación de la riqueza fue posible por la alianza realizada por Inglaterra (fundamentalmente en América del Sur) y Estados Unidos (en América Central y el Caribe) con las oligarquías locales. De esta manera, la renta agrominera diferencial —ganancia extraordinaria resultado de las ventajas geográficas y naturales de la región— era apropiada por la oligarquía y por sus aliados imperialistas en perjuicio de las grandes mayorías.

LOS REQUISITOS PARA LA INSERCIÓN EN EL MERCADO MUNDIAL

La conformación de los mercados de capitales, de tierra y de la mano de obra respondió a procesos que, en rasgos generales, se repitieron con mayor o menor similitud en cada uno de los incipientes Estados y que determinaron su inserción y sus relaciones con el mercado mundial.

En cuanto a la mano de obra campesina, se reorganizó con la abolición lenta y gradual de la esclavitud (entre 1823 y 1888), la supresión el tributo indígena —restituido luego como «contribución personal» de indígenas y castas hasta 1855— y la atracción de trabajadores inmigrantes de Europa y Oriente. Sin embargo, los hacendados recurrieron a formas de sujeción, que no modificaron sustancialmente







la situación del campesinado: peonaje por deudas sujetas a las tiendas de raya, trabajo asalariado mal pago (con diferentes modos de «enganche») en la hacienda y arriendos temporarios (colonos, inquilinatos, agregados, medieros, jornaleros, aparceros) que afectaron al campesinado tanto indígena, criollo cuanto inmigrante. En el caso de los trabajadores urbanos —en muchos casos incrementados por la inmigración europea—, se inició un proceso de proletarianización a partir de la instalación de industrias ligadas a la producción primaria exportadora, a los servicios públicos, las comunicaciones y al transporte ferroviario.

Sin embargo, el desarrollo del mercado de capitales fue impulsado de afuera hacia adentro, constituyendo el aspecto más distintivo de estas economías, el endeudamiento y la dependencia con el extranjero. Así, los países latinoamericanos fueron receptores de inversiones extranjeras en bancos, empréstitos, ferrocarriles, servicios públicos y enclaves económicos de empresas ligadas a la producción primaria exportadora.

Indicadores del grado de integración al mercado mundial de los países latinoamericanos en 1913

	Población 1900	Exportaciones 1913	Inversiones británicas	Inversiones norteamericanas	Kms. de ferrocarril 1919-1922	Producto principal Exportac. 1913 %	Exportaciones % 1913	Importaciones % 1913
Argentina	4.7	510.3	1 717	40	35.3	46	32.1	33.6
Bolivia	1.7	36.5	2	10	2.3	79	2.3	1.5
Brasil	17.3	315.7	1 075	50	28.8	63	19.9	22.3
Chile	2.9	142.8	307	1.5	8.2	86	9.0	8.3
Colombia	3.5	33.2	32	2	1.5	61	2.1	1.9
Costa Rica	0.3	10.5	32	7	0.7	51	0.7	0.6
Cuba	1.6	164.6	213	220	4.9	69	10.4	9.6
Dominicana	0.7	10.5	-	4	0.7	39	0.7	0.6
Ecuador	1.4	15.8	13	10	0.7	64	1.0	0.6
El Salvador	0.9	9.3	11	3	0.4	80	0.6	0.4
Guatemala	1.4	14.5	50	20	0.8	85	0.9	0.7
Haití	1.3	11.3	-	4	0.2	66	0.7	0.8
Honduras	0.4	3.2	1.5	3	0.8	30	0.2	0.4
México	13.6	148.0	763	800	26.5	29	9.3	6.2
Nicaragua	0.4	7.7	6	4	0.3	6.5	0.5	0.4
Panamá	0.3	5.1	-	5	0.5	54	0.3	0.8
Paraguay	0.4	5.5	14	3	0.5	21	0.3	0.5
Perú	3.8	43.6	123	35	3.2	29	3.7	2.0
Uruguay	0.9	71.8	221	5	2.7	45	4.5	3.6
Venezuela	2.3	28.3	38	3	1.0	60	1.8	5.4
Total	61.0	1 588.2	4 632	1 242	120.0		100	100

(Cardoso, 1979, p. 136-137)



El mercado de tierras, por su parte, fue configurándose por la combinación de distintos instrumentos según las características de cada país, su territorio, población e intervención del Estado: la quita de tierras a la Iglesia católica, la usurpación de tierras a las comunidades campesino-indígenas y la conquista militar de territorios pertenecientes a naciones indígenas no incorporadas a la sociedad criolla. Mediante estos procedimientos fue concentrándose la riqueza en torno a la propiedad y tenencia de la tierra, a través de la hacienda y el latifundio. Bajo estas condiciones se desarrolló el proceso de inserción latinoamericana en el mercado mundial que, en algunos aspectos modernizó la economía pero que, en otros, acentuó y profundizó la brecha de inequidad entre actores sociales y económicos. También, entre las zonas más ricas (ligadas generalmente a los puertos) y las más modestas regiones interiores pero que, en el contexto macroeconómico, impidió el desarrollo de un proceso autónomo, independiente, que permitiera el desarrollo de una estructura productiva industrial y diversificada.

PAÍSES EXPORTADORES DE MATERIAS PRIMAS

El crecimiento de las economías exportadoras no fue continuo ni su desarrollo fue igualitario para todos los países latinoamericanos; que al carecer de una producción diversificada y basarse en el cultivo de unos pocos productos (o monocultivo), resultaron ser fuertemente vulnerables a los vaivenes internacionales. Sobre la base del producto con el cual los países latinoamericanos se insertaron en el mercado internacional, estos países pueden clasificarse en tres grupos: exportadores de productos agrícolas de clima templado, exportadores de productos agrícolas de climas tropicales y exportadores de minerales.

Entre los países exportadores de productos agrícolas de clima templado se encuentran Argentina y Uruguay, cuya principal característica residió en la existencia de grandes extensiones de tierras propicias para la producción agrícola ganadera. Para aprovecharlas —particularmente la Argentina— emprendió la conquista, ocupación y apropiación de estos territorios, expulsando militarmente a las comunidades indígenas que los habitaban. De esta manera, se consolidó la estancia latifundista y junto con ella se estructuró la traza de una red ferroviaria convergente en el puerto, que transportó las materias primas con destino exportador. Hasta mediados del siglo se exportaron principalmente cueros y tasajo; luego de 1840, fue la lana; y desde 1880 carne congelada, trigo y cereales. Los estancieros de Argentina y Uruguay se vieron favorecidos por las condiciones naturales del clima y las excelentes pasturas de sus praderas que les permitieron, sin hacer demasiadas inversiones, competir favorablemente con otros mercados —dentro y fuera de América Latina—, acumulando ganancias extraordinarias con una renta diferenciada.

El grupo de países exportadores de productos agrícolas de climas tropicales estuvo integrado por Brasil, Colombia, Ecuador, el sur de México, Venezuela y el bloque integrado por los países de Centroamérica y el Caribe. Si bien las exportaciones consistieron en azúcar, tabaco, café, cacao, henequén y banano, estas no tuvieron un desenvolvimiento uniforme en todos los países. Mientras que en los primeros, el mercado exportador fue conducido por las oligarquías locales, generando una importante expansión económica con diversificación social en Centroamérica y el Caribe. El control sobre el sector productivo exportador no lo ejercieron los

capitalistas locales, sino empresas extranjeras bajo el formato de enclaves económicos, cuyo capital era principalmente producto de la inversión norteamericana. Se denominaban economías de «enclave» a aquellas economías controladas de forma directa por capitales extranjeros, que se hacían cargo de la extracción del recurso, su traslado en ferrocarriles y buques propios, y su comercialización en los principales mercados, donde, además, los poblados, caminos, escuelas, hospitales e iglesias eran propiedad de la empresa.

De acuerdo con las condiciones de producción, se distinguieron dos tipos de economías de enclave: el enclave de plantación y el enclave minero. En las economías de plantación fue necesaria mucha mano de obra y poca concentración del capital; mientras que en las economías mineras, la mano de obra y la concentración del capital fue mayor. A diferencia del resto, en Centroamérica y el Caribe hubo enclaves de plantación que requirieron de mucha mano de obra indígena y afroamericana con poca inversión de capitales. Por ello, no se produjeron allí grandes flujos de corrientes migratorias europeas ni las ciudades se convirtieron en grandes centros urbanos, ni el desarrollo tecnológico fue importante. Estas características impactaron fuertemente en su conformación social, cuya población vivió en condiciones de extrema pobreza, con altas tasas de mortalidad infantil, analfabetismo y baja expectativa de vida.

Al grupo de países exportadores de minerales pertenecen México, Chile, Perú y Bolivia, pero solo en los tres últimos, la explotación del cobre y del estaño se desarrolló mediante enclaves mineros. La minería latinoamericana se vio altamente transformada durante este período, dado que la plata dejó de ser el metal precioso por excelencia y la producción de tipo artesanal o semiartesanal fue progresivamente sustituida por la producción en grandes cantidades controladas por capitales extranjeros y administrados desde el exterior. Como fue necesario un gran desarrollo tecnológico, los productores locales de estos países fueron desplazados por inversionistas norteamericanos, con la consecuente desnacionalización del proceso económico, resignado a conducirlo por manos privadas.

ARGENTINA

El factor dinámico del desarrollo económico en la Argentina de las últimas décadas del siglo XIX fueron las exportaciones de carnes y cereales. Hacia 1889, los precios internacionales del trigo desplazaron al maíz del principal producto de exportación cerealera, el cual no dejó de crecer hasta representar en 1910 más del 50 % de las exportaciones. El granero del país lo constituyeron las provincias de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos en tanto que, Buenos Aires, fue predominante en la producción ganadera. Las pautas de consumo del mercado europeo exigieron mejorar la calidad de las carnes, para lo cual se importaron razas vacunas y se organizaron zonas de invernada y engorde, cerca de los centros urbanos donde se ubicaron los frigoríficos. A partir de 1890, se exportó ganado en pie a Inglaterra y desde inicios del siglo XX comenzaron las exportaciones de carnes enfriadas primero y congeladas después.

El volumen creciente de las exportaciones generó grandes ganancias a los terratenientes y comerciantes exportadores, en tanto que endeudaron al Estado para hacer frente a los compromisos de deuda y al déficit de la balanza,



acrecentados por las crisis económicas de 1873 y 1890. Pese a ello, se produjo un fuerte crecimiento de los grandes centros urbanos (Buenos Aires, Córdoba, Rosario), donde se radicaron las principales inversiones extranjeras, mayoritariamente británicas, que se concentraron en frigoríficos, ferrocarriles, servicios públicos, bancos, sistema de fletes, seguros y empréstitos de deuda pública. Se trataba de inversiones sin el control Estatal, pero, en la mayor parte de los casos, garantizadas en su rendimiento por el Estado mismo.

Durante la década de 1870, el Estado estimuló la inmigración europea conforme al modelo económico y social elegido. Muchos se afincaron en zonas rurales en calidad de colonos en condición de medieros o arrendatarios, en los emprendimientos organizados por las compañías de tierras vinculadas al ferrocarril. A partir de 1880, aumentó la demanda de trabajadores del sector de la construcción debido al crecimiento urbano (edificios, desagües, tendido eléctrico, vías férreas), por lo que muchos inmigrantes se quedaron a vivir en las ciudades, como trabajadores asalariados en diversas actividades vinculadas con el comercio, los servicios y talleres de distinto tipo.

El único caso de enclave en la Argentina lo constituyó La Forestal (The Forestal Land Timber and Railways Company Limited), una empresa inglesa que obtuvo en 1906 una amplia zona del Chaco santafesino, en compensación por

La lana era el principal producto de exportación hasta que fue desplazado por las carnes y cereales. Primera fotografía de esquila, 1860.

una deuda de la provincia de Santa Fe. La Forestal se dedicó a la producción de tanino (obtenido del quebracho), mediante formas de trabajo servil y una tala indiscriminada con absoluta prescindencia del Estado. En tanto enclave, la Forestal fue propietaria de ferrocarriles, puertos, pueblos, tiendas, moneda propia (vales o fichas para la tienda de raya o de ramos generales) y hasta un ejército privado que reprimía la protesta de los trabajadores y vecinos.

Hacia 1870, Salta y Jujuy se vieron involucradas en la integración al mercado nacional y en la reactivación de los circuitos de comercio tradicionales con los países limítrofes. En tal contexto, comenzaron las campañas militares de ocupación del Chaco occidental que favorecieron a productores agrícolas y ganaderos que se instalaron en tierras donde coexistieron con pequeños fundos que combinaban el cultivo de la caña de azúcar y la ganadería para la subsistencia con algún excedente para el mercado local. El trazado del ferrocarril hasta Córdoba y Tucumán incentivó la modernización de la producción azucarera, mientras que la ganadera fue reactivada por los contactos con Bolivia y Chile. Así, se instalaron en el occidente chaqueño —Salta y Jujuy— grandes ingenios azucareros en

Genaro Pérez, *Escena de costumbres*, 1888.



Anónimo, Construcción de Puerto Madero, Buenos Aires, 1887.



Trilladora Case, Buenos Aires [s.f.].



Carnes para exportación, Buenos Aires [s.f.].





1. Molino yerbatero, Misiones, ca. 1894.
2. Arturo Samuel Boote, *Carreta en Plaza Constitución*, Buenos Aires, ca. 1880.
3. Ernesto H. Schile, *Interior de la fábrica de carruajes de Alejandro Vennet*, Santa Fe, ca. 1890.

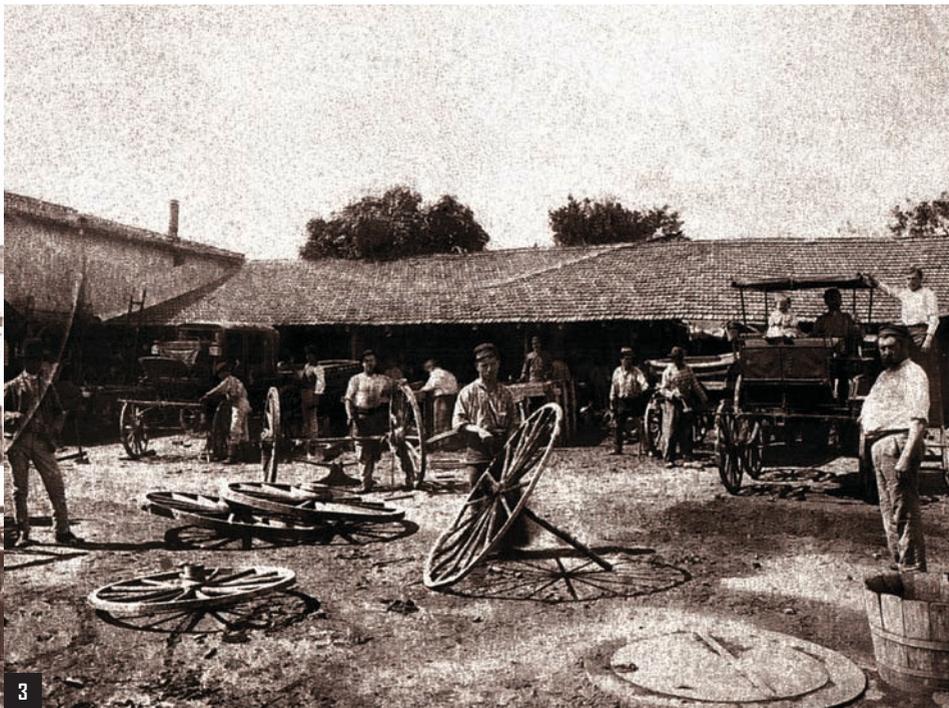
manos de unas pocas familias notorias, concentraron las mejores porciones del suelo y utilizaron como mano de obra barata a braceros indígenas provenientes tanto del Chaco, como de los valles y quebradas alto serranas y puneñas.

Estancias, haciendas, ingenios, enclaves, fueron corresponsables con los Estados provinciales y el Estado nacional de la desintegración de los núcleos rurales de población, de la destrucción de la agricultura de las regiones y del sometimiento de peones e indígenas a condiciones de extrema pobreza y servidumbre. Así lo denunció el informe Biale-Massé (1904) sobre las condiciones de vida de las clases trabajadoras en el interior del país, prácticamente hasta mediados del siglo XX.

URUGUAY

El sistema productivo uruguayo dependió, casi exclusivamente, de la actividad ganadera. La carencia de infraestructura frigorífica fue un límite al impulso económico; por eso, la producción pecuaria hasta fines del siglo XIX giró en torno a la comercialización del tasajo (cuya producción había mantenido la existencia del saladero), salvo durante la depresión de 1873 a 1895, en que la caída del mercado de tasajo fue mitigada por la exportación de lana y cuero, que ocuparon el primer y segundo lugar de las exportaciones. Uruguay mantuvo cierto retraso en la modernización; las nuevas técnicas de congelamiento de carnes fueron introducidas con la instalación del primer frigorífico en 1904.

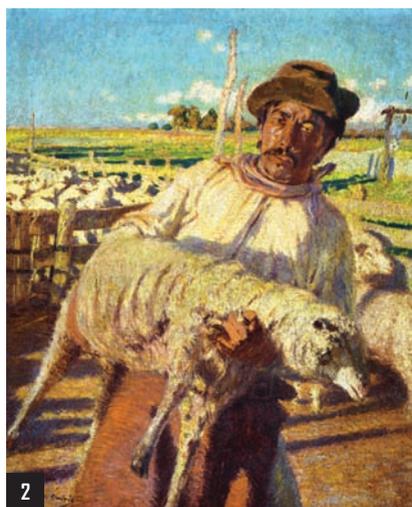
La actividad agrícola, en cambio, no introdujo cambios cualitativos y su contribución al crecimiento económico fue reducida. Hasta finales del siglo XIX, la extensión de la superficie cultivada fue escasa y se destinó fundamentalmente



3



Pridiliano Pueyrredón, *Apartando en el corral* [s.f.].



1. Anónimo, Vista urbana de San Salvador Jujuy, ca. 1890.
2. Césareo Bernaldo de Quirós, *El agarrador*, 1919, Concepción del Uruguay, Entre Ríos.
3. Augusto Streich, Finca de Mendoza, ca. 1890.

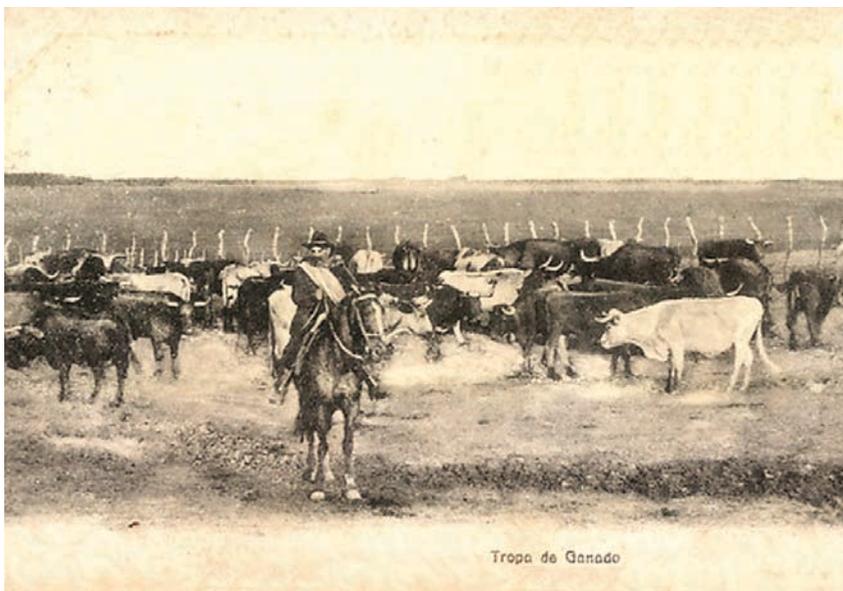
a la siembra de trigo y maíz para abastecer el mercado local. Si bien en el primer decenio del siglo XX las cosechas llegaron a volúmenes importantes, los precios de la producción eran fijados por los mercados internacionales, su exportación no compensaba los gastos del productor, atezado además por los elevados costos de arrendamiento del suelo y la explotación de los intermediarios que compraban la cosecha.

La modernización que significó el cercado de las haciendas con el alambre y la mestización del ganado para obtener mejores rendimientos, redujo la mano de obra en la estancia y terminó con la figura del agregado; dio origen a un proletariado rural numeroso, que se recluyó en poblados marginales para vivir una penosa vida de miseria, hasta que la llegada de la zafra le permitió un trabajo ocasional que solo ayudaba a mitigar la vida que llevaba. La alternativa era emigrar a la ciudad, enrolarse en el ejército o incorporarse a las rebeliones encabezadas por caudillos de los Partidos Colorado o Blanco.

En la ciudad la oferta laboral no fue económicamente superadora, pero sí más diversificada y se distribuyó entre la pequeña empresa productora de bienes de consumo al amparo de la protección aduanera, los saladeros y mataderos —luego los frigoríficos— abastecedores de carne a la ciudad, las empresas de ferrocarriles y tranvías, el servicio doméstico y las actividades de la construcción. La gran oferta de mano de obra volcó a la ciudad una gran masa rural empobrecida, a la que se sumó la llegada de inmigrantes europeos; estos fueron explotados por los empresarios, que sometieron a los trabajadores a salarios de hambre y a jornadas de once o doce horas de labor diarias, situación que se canalizó luego en la lucha sindical a través de las organizaciones anarquistas y socialistas.



Plano de Montevideo, 1867.

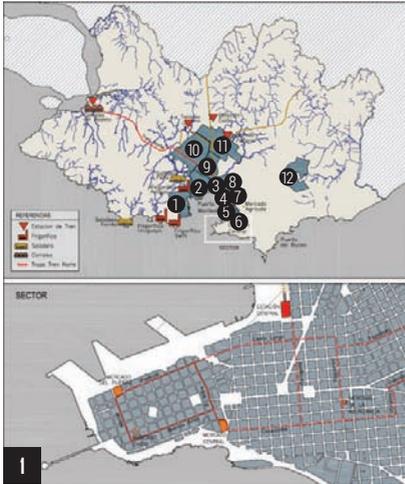


Tropa de Ganado



Marchetti y Cía. Escenas campestres, *Tropa de ganado*, Montevideo, fines del siglo XIX.

Anónimo, *Troperos de ganado*, Montevideo, fines del siglo XIX.



Referencias:

- 1- Cerro y alrededores: frigoríficos.
- 2- La Teja: industria lanera.
- 3- Capurro: lavaderos de lana, alimentos, bebidas.
- 4- Bella Vista: industria lanera.
- 5- Arroyo Seco: manufacturas madereras, molinos, alimentos, lanera.
- 6- Aguada: depósitos, manufacturas madereras, molinos, fábrica de fideos.
- 7- Reducto: aserraderos, manufacturas madereras, alimentos, bebidas.
- 8- Paso Molino: textil, lanero.
- 9- Belvedere.
- 10- Nuevo París.
- 11- Peñarol: Talleres ferrocarriles.
- 12- Marañón: Curtiembres, textil.

(Sanmartín Sangiao, 2005)



1. Logística de producción, distribución y almacenamiento en Montevideo, 1878-1929. Elaborado por Lina Sanmartín Sangiao, (2006) en base a: Altezar, Carlos (1999). Arquitectura para la producción en la segunda mitad del siglo XIX. en la ciudad de Montevideo. La Arquitectura Industrial. Instituto de Historia de la Arquitectura. Facultad de Arquitectura. Universidad de la República, Montevideo.

2. Montevideo, fotografía tomada entre 1914 y 1918.

3. Puerto de Montevideo, fotografía tomada entre 1909 y 1916.

4. Plaza Constitución, Montevideo, fotografía tomada entre 1880 y 1900.



BRASIL

La economía brasileña en el siglo XIX estuvo determinada por la exportación del café y la base fundamental de su extraordinario crecimiento fue el mantenimiento de la esclavitud (hasta 1888), como mano de obra en las plantaciones. La abolición de la esclavitud resultó ser un proceso lento, tardío y gradual (al igual que en Cuba), precisamente, porque fue el factor determinante en la producción de las plantaciones cafetaleras. Entre la etapa colonial, la formación del Imperio Independiente (1822) y la instauración de la República Velha en 1889, no mediaron cambios en el modelo económico y social impuesto.

Desde 1810, Gran Bretaña había conseguido un lugar preponderante en la economía brasileña y su intervención no fue ajena en la transición hacia la independencia. Los británicos ayudaron a consolidar su gobierno, facilitando el reconocimiento de las principales potencias a cambio de un tratamiento arancelario preferencial a las importaciones británicas. Así, Brasil acordó un tratado comercial con Gran Bretaña en 1827, por el cual se comprometía a concluir el comercio de esclavos antes de 1830. No obstante lo firmado —con poco entusiasmo y menos compromiso auténtico— la esclavitud se mantuvo, pero la alianza económica no se rompió y aunque el tráfico de esclavos terminó en forma efectiva en 1850, la esclavitud recién fue abolida en 1888, debido a que el crecimiento de las plantaciones de café requería mano de obra y los plantadores

Anónimo, *The quay of Boa Vista, at San Pedro de Rio Grande do Sul a seaport of Brazil*, litografía sobre papel, ca. 1865.





1. Frank G. Carpenter, *Fishing boats*, Río de Janeiro, Brasil, entre 1890 y 1924.
2. Río de Janeiro, ca. 1913.



recurrir a los esclavos del nordeste brasileño en decadencia económica. Pero ni la oposición de sus dueños, las leyes provinciales y la cantidad de esclavos fue suficiente para las exigencias y requerimientos de la expansión cafetalera. Una posible solución —según los plantadores— era fomentar la inmigración y así lo hizo São Paulo a partir de 1886, pero no alcanzaron la cantidad necesaria debido a la persistencia de la esclavitud a pesar de las leyes de 1871 —Ley de Útero Libre— y de 1885 (liberaba a los mayores de sesenta años). Esto convenció a la élite paulista de optar por el abolicionismo (Ley Dorada) ya que, para 1888, habían tenido el tiempo suficiente para prepararse para la transición del trabajo asalariado.

Brasil se abrió al libre comercio para el ingreso de las manufacturas británicas cuando, paradójicamente, su principal producto de exportación —el café— no era consumido por los ingleses, por lo que se trató evidentemente de un intercambio desigual. Esta situación tuvo un impacto directo en el desequilibrio de la balanza de pagos y se agravó con el progresivo endeudamiento —con Londres— por el cual se pretendió salvar las finanzas del gobierno central tanto durante la monarquía como en la república.

Otro de los factores centrales que limitó el crecimiento económico de Brasil fue, precisamente, el control que ejercía su propia oligarquía rural sobre la política económica y las rivalidades interestatales que de sus intereses nacían. Las tensiones entre estados se debieron al desigual crecimiento económico entre los que producían café para el mercado internacional y aquellos que abastecían al mercado interno, provocando por ejemplo, el empobrecimiento del nordeste.

Todas las inversiones de infraestructura respondieron a la orientación de la política económica exportadora: los ferrocarriles —sector de inversiones predominantemente británico— se concentraron en zonas cafeteras y azucareras, facilitando su conexión con los puertos. Las pocas inversiones gubernamentales no estuvieron dirigidas al desarrollo industrial y los estados muchas veces compitieron entre sí por subsidios y créditos. Los bancos extranjeros tendieron a inclinar más la balanza en detrimento del desarrollo del mercado interno y de industrias locales que, si bien se veían favorecidas por el encarecimiento de las importaciones, no contaban con el capital suficiente para su actividad.

La preocupación principal del gobierno, entonces, no era la competitividad, sino las fluctuaciones del precio del café en el mercado mundial; por tal motivo, los esfuerzos estuvieron puestos en una estrategia de control



Carlos Chambelland, *La vuelta del trabajo*, Brasil [s.f.].

Cândido Portinari, *Labrador de café*, 1934.

de *stocks*. La conocida política de valorización del café consistió en que el gobierno central almacenara la producción excedente cuando los precios caían, comprándola mediante préstamos externos y luego, cuando la oferta disminuía —mejorando los precios—, el Estado brasileño salía a vender el café almacenado, para así cancelar los empréstitos. Si bien esta estrategia en un principio logró sus objetivos, la oligarquía rural solo solucionaba el problema a corto plazo ya que, Brasil, actuaba aisladamente, mientras que fuera del país comenzó a crecer la oferta, lo que provocó una disminución de su participación en el mercado mundial. A su vez, internamente, los estados siguieron aumentando la producción, ya que comparativamente el café era el producto mejor posicionado para exportar; se incrementó así el peso sobre el gobierno central que debía salir a endeudarse para comprar el café. De una forma u otra, la estrategia utilizada para disminuir la dependencia del precio de un único bien, derivó en la dependencia de fuentes de crédito externo para sostener dicha política.





La Municipalidad en la plaza central de Lima, 1868.

PERÚ

Tras la prolongada guerra por la Independencia, la producción minera tradicional se vio seriamente afectada y eso explica, en parte, las dificultades que atravesaron las economías de las regiones que habían alcanzado un gran apogeo en el período colonial, como fue el caso de Perú y Bolivia. Hasta 1850, la excepción de la tendencia general sería la explotación de cobre en Chile, dentro de un contexto general de estancamiento.

Al igual que Ecuador, Perú se dividió en dos áreas de producción diferentes en las que se formaron dos realidades socioeconómicas contrapuestas: la costa y la sierra. En las tierras bajas de la costa del Océano Pacífico, se concentró el Perú «moderno» y europeizado, con preponderancia de población blanca, integrada por grandes comerciantes, banqueros y empresarios extranjeros, por profesionales, artesanos, dependientes e inmigrantes, y donde se desarrolló una oligarquía vinculada primero al guano y luego al algodón y al azúcar.

Entre 1840 y 1870, se desarrolló el mercado exportador de guano (excremento de las aves marinas que durante siglos depositaron en las islas y playas del litoral costero peruano), insumo que tuvo mucha valorización en Europa para usarlo como fertilizante debido a su alto contenido en nitratos y fosfatos. La «Era del Guano» posibilitó el surgimiento de una oligarquía que impulsó el fomento del sector exportador peruano y su inserción en el mercado mundial. Las ganancias por la exportación de guano sirvieron para la construcción de

Convento de Santo Domingo, Lima, 1868.





Retratos tomados en Lima, 1868.

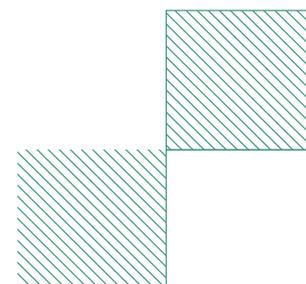
los ferrocarriles, para el pago de indemnizaciones a propietarios de esclavos, para la europeización edilicia de Lima y para pagar la deuda externa. Es importante destacar que la expansión del ferrocarril en Perú no ayudó a la integración del territorio, sino que, por el contrario, sirvió como elemento desintegrador de la economía campesina.

Agotada la «Era del Guano», se inició hacia 1870 un ciclo de «modernización» con inversión de capitales extranjeros que dio origen a una segunda fase exportadora basada en el algodón y el azúcar. Como ya no se contaba con mano de obra esclava, y los indígenas que migraban de la sierra eran pocos, el Estado impulsó el fomento de inmigración oriental, llegando al Perú más de noventa mil *coolies*, apelativo con que se denominaba a los cargadores y trabajadores chinos contratados por las empresas extranjeras en condiciones de servidumbre.

En las tierras altas de la sierra sobrevivió el Perú tradicional, con preponderancia de población campesino-indígena; en esta zona, los conflictos por la tierra originaron no pocas revueltas campesinas y la expansión de la hacienda oligárquica estuvo vinculada con la producción de lana de alpaca y de oveja, la producción de caucho y, desde 1890, con la producción minera.

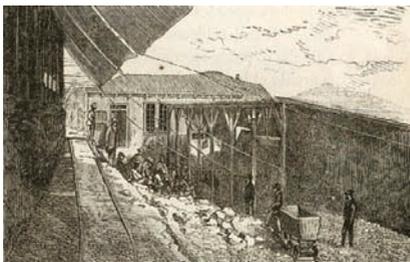
La derrota en la guerra del Pacífico (1879-1883) significó el fin de la exportación de nitratos y el desarrollo de una nueva etapa económica en la que adquirió relevancia la inversión extranjera. Las inversiones británicas reactivaron la extracción y exportación de metales preciosos como el oro y la plata, actividad que se derrumbó a fines 1910. Los inversores norteamericanos, en cambio, mediante la creación de la Cerro de Pasco Cooper Corporation, emprenderían la explotación de metales no preciosos —plomo, zinc, hierro, cobre— demandados por el desarrollo de sus industrias.

El ciclo del caucho tendría un protagonismo fugaz (1885-1915) en el mercado exportador (al igual que en Bolivia y Brasil), debido en parte a la depredación irracional que se efectuó, pero también al hecho de que Gran Bretaña logró trasplantar semillas del árbol en sus colonias asiáticas, que ocasionaron la caída de los precios y con ello el fin del monopolio del caucho amazónico. Durante este período, las inversiones extranjeras en Perú se caracterizaron por ser verdaderas economías de enclave, con profundas desigualdades en la estructura social y una marcada heterogeneidad regional.





Anónimo, *La cosecha*, 1908.



Cancha de acopio de la mina Dolores 1, Chañarillo, 1872.

CHILE

La temprana estabilidad institucional chilena facilitó la consolidación de una fuerte oligarquía terrateniente en el valle central de Chile, cuyo poder se basó en la explotación de la población campesina bajo el sistema de inquilinato. La producción agraria de frutas y cereales se orientó primero al mercado peruano y al comercio marítimo por la costa occidental de América. A partir de 1848, el descubrimiento de oro en California fue un poderoso incentivo para abastecer de trigo y harina a ese mercado, con un aumento constante del volumen de las exportaciones (seis millones de dólares en 1840 a veinticinco millones en 1860). Este mercado se perdió cuando los ingleses terminaron el ferrocarril transoceánico en Panamá, aunque las exportaciones a Inglaterra continuaron.

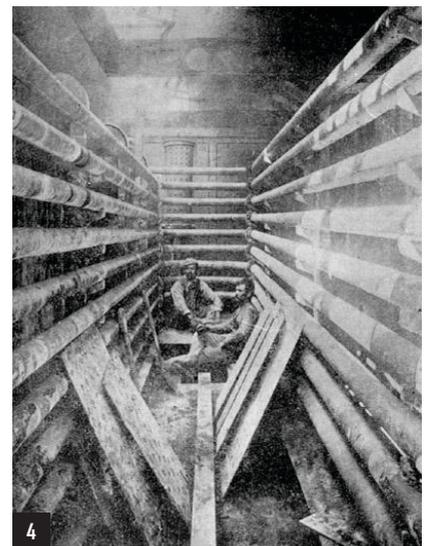
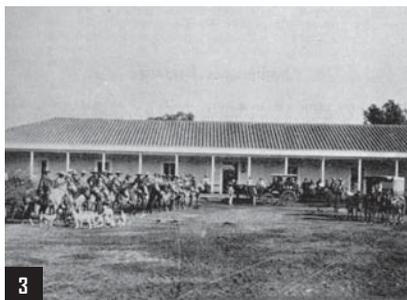
La minería fue una actividad muy significativa para las exportaciones chilenas. Entre 1845 y 1855, la producción de plata se cuadruplicó y se aceleró la producción de cobre hasta llegar a ser en 1870 proveedor del 25 % del mercado mundial.

La guerra del Pacífico (1879-1883), en la que Chile derrotó a Perú y Bolivia, significó no solo una extensión de su territorio hacia el norte, sino también la incorporación de tierras ricas en salitre que le proporcionaron nitratos (utilizados como fertilizantes y explosivos), que se convirtieron en la primera exportación del país y que, junto con el cobre y la plata, consolidaron a Chile como exportador de minerales.

Las perspectivas chilenas, después de la categórica victoria en la guerra, eran promisorias. Las riquezas obtenidas en la guerra proporcionaron un soporte económico confiable para los gobernantes, ya que los ingresos obtenidos del



Mauricio Rugendas, *El mercado de la independencia de Lima*, 1843.



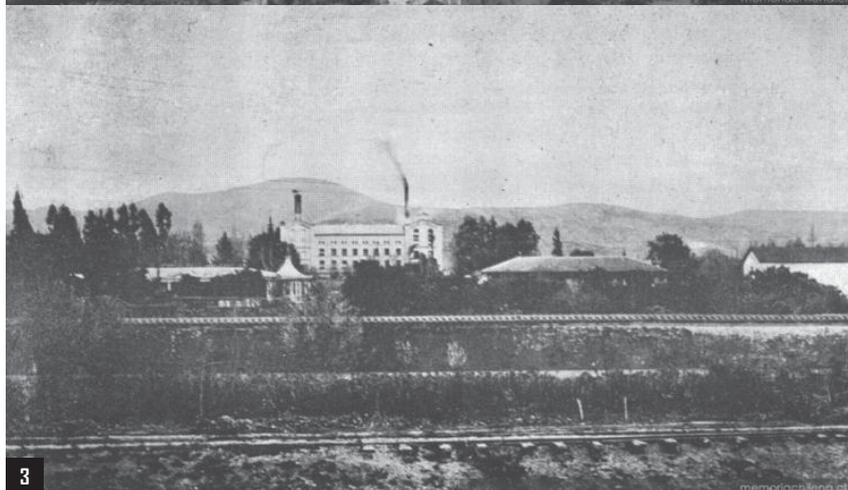
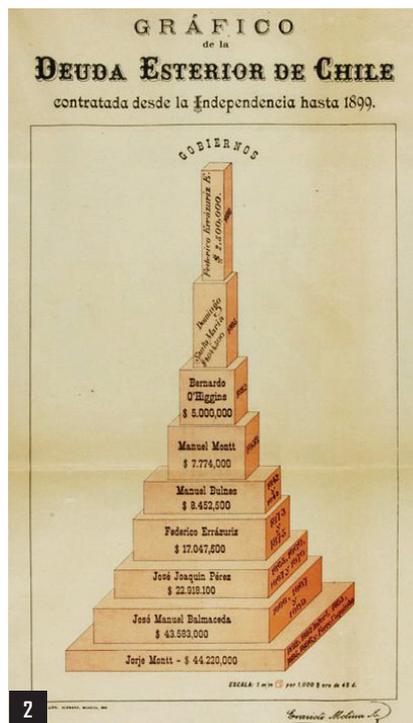
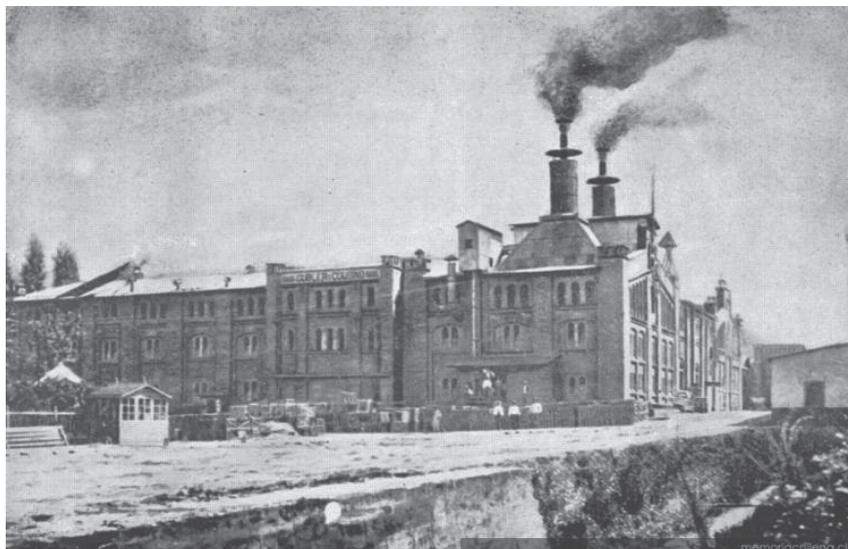
salitre representaron el 50% de las rentas oficiales en los siguientes cuarenta años. Reinaba un fuerte sentimiento de superioridad y autoconfianza nacionales, ufanándose de ser la «Inglaterra del sur», expresión que no dejaba de reflejar algo de verdad, ya que hacia 1890 la mayor parte de los yacimientos de nitrato pertenecían a capitales británicos.

El desarrollo de la minería chilena condujo a importantes cambios en su estructura social. Uno de ellos fue la incorporación de los ricos propietarios de las minas del norte como nuevos componentes de la élite, que no rivalizaron ni permanecieron aislados de los terratenientes tradicionales, sino que conformaron una unidad articulada por lazos matrimoniales y vínculos parentales. Al mismo tiempo, surgió de los campos de nitrato del norte una masiva clase obrera fuertemente sindicalizada, que tendría acceso directo a la escena política de Chile.

1. Inquilinos en su rancho, Chile, fotografía tomada entre 1900 y 1923.
2. Hornos de fundición de la Fábrica Nacional de Vidrios, con niños obreros, 1903.
3. Hacendado y su servidumbre, Chile, 1908.
4. Cachuchos de salitre, 1908.

1. Interior de la Fundición Libertad, Santiago, 1902.
2. Deuda pública de la República de Chile 1899. (Dirección General de Contabilidad, 1900).
3. Fachadas de la fábrica de cerveza de Carlos Cousiño, Providencia, Santiago, 1902.

Con posterioridad a 1900, las innovaciones tecnológicas producidas en el proceso de fundido dieron un renovado impulso a la producción de cobre, lo que requirió importantes y nuevas inversiones extranjeras; estas, provocaron una transformación de la industria chilena del cobre, que afectaría la configuración de la vida nacional por bastante tiempo.



BOLIVIA

Bolivia acusa importantes diferencias regionales: el Altiplano (La Paz, Oruro, Potosí), el más densamente poblado con abrumadora mayoría indígena, concentraba la mayor cantidad de haciendas orientadas a abastecer la subsistencia minera; la región del Valle (Cochabamba, Chuquisaca, Tarija) estructuró la tenencia de la tierra mediante la combinación de haciendas con el predominio de minifundios; el Oriente (Santa Cruz de la Sierra) fue caracterizado por la gran propiedad de la tierra ganadera.

Desde 1843 hasta 1880, se sucedieron gobiernos de distinto signo que oscilaron entre los que desconocían los derechos de los pueblos indígenas y

la propiedad comunal de su tierra y procuraron todo tipo de disposiciones para enajenarlos en favor de la hacienda (Melgarejo, entre 1866 y 1871, y Frías, entre 1874 y 1872), a los que apoyaron las resistencias indígenas y legislaron una política agraria procampesina en beneficio de la restitución de la propiedad y la libertad de los comunarios. (Morales, entre 1871 y 1874, y Daza, entre 1876 y 1880).

En 1879, la derrota de la guerra del Pacífico trajo aparejada la pérdida de la salida al mar, pero además, una crisis de legitimidad política que devolvió el poder a los conservadores partidarios de la paz con Chile. A partir de entonces (1884), se retomaron los principios de la propiedad individual y las tierras de las comunidades indígenas pasaron a manos de los usurpadores blancos. Si bien los comunarios resistieron el avance de los terratenientes —con el apoyo del Estado—, consolidó el sistema hacendario-latifundista, que desarrolló un proceso de acumulación basado en la expropiación masiva a las comunidades indígenas.

Si bien antes de la guerra, el estímulo de las inversiones chilenas propició el resurgimiento de la producción de la plata y el comienzo de la extracción y la exportación de nitratos, la derrota en el conflicto bélico que dejó el control político en manos de los empresarios locales ligados al sector minero, les permitió promover la expansión de la exportación de la plata. Para ello fue clave el fomento del tendido de los ferrocarriles que conectaban los centros productivos con los puertos del Pacífico. El llamado «Ciclo de la Plata» comenzó a cerrarse hacia 1890, pero en el mercado mundial se inició la demanda de estaño, que coincidió con la rivalidad política interna en Bolivia de 1899. Los liberales se levantaron en armas con el apoyo del campesinado aymara, liderados por Pablo Zárate Willka, pero con la victoria vino también el olvido de las promesas de devolución de tierras y solo les dieron represión y muerte a los indígenas. Con el triunfo liberal, la capital del país pasó de Sucre —centro político de los exportadores de plata— a La Paz, donde los liberales encontraron el apoyo que les dio la victoria. Se articuló un nuevo núcleo de poder político en paralelo a un cambio económico de envergadura: el pasaje de la minería de la plata a la del estaño, hecho que consolidó el poder de un grupo de paniaguados (La Rosca) y de un más reducido grupo de propietarios mineros absentistas, los «Barones del Estaño», es decir los magnates locales: Patiño, Aramayo y Hachschild.



Catedral de La Paz, 1868.

BOLIVIA EN 1906

Fotografías tomadas en 1905 por el equipo que acompañó a la historiadora Maria Robinson Wright publicadas en 1906 en Bolivia, el camino central de Suramérica, una tierra de ricos recursos y de variado interés. Filadelfia, Estados Unidos, 1906.



1



2



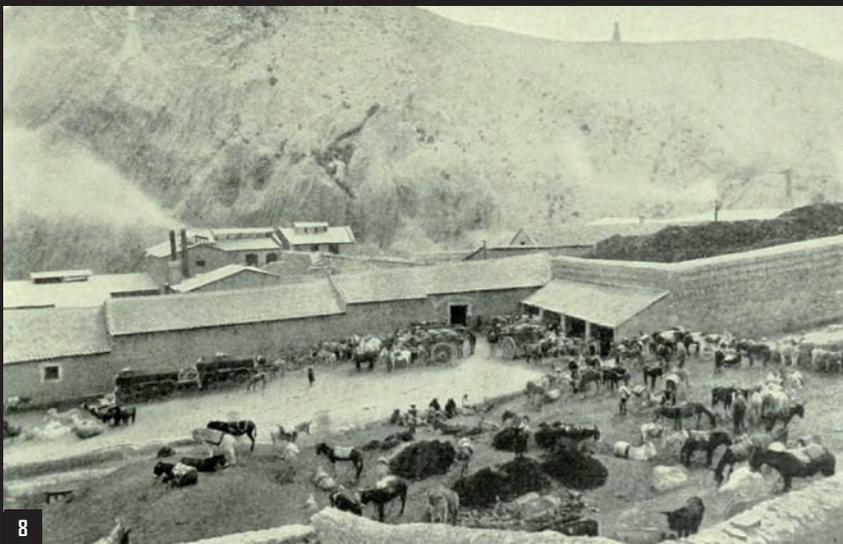
3



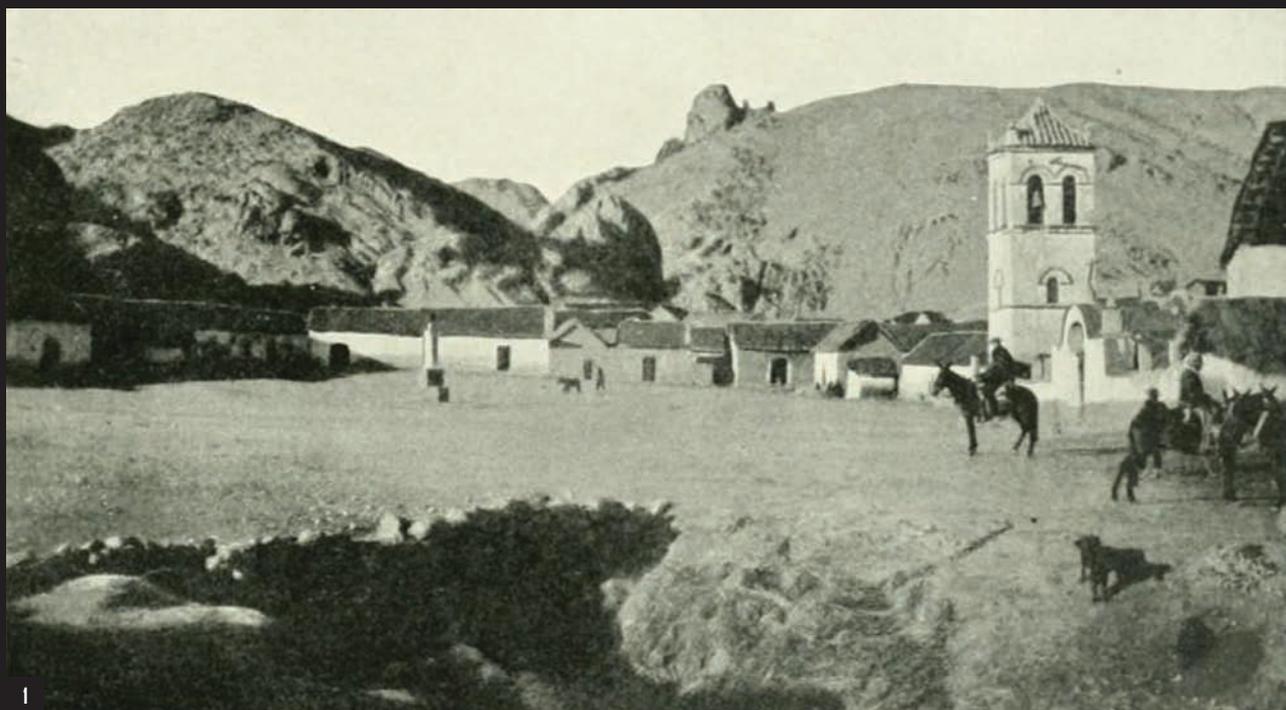
4



5



1. Conducción de carga a las minas de Quimzacruz, 1905.
2. Minas de plata de Rosicler, Colquechaca, 1905.
3. Pueblo minero de Inquisivi, 1905.
4. Las minas de Colquechaca, 1905.
5. Minas de cobre de Corocoro, 1905.
6. Entrada a la mina Pulacayo, Huanchaca, 1905.
7. Indígenas separando minerales en las minas de plata de Huanchaca, 1905.
8. Fundición de Soux y Hernández, Potosí, 1905.
9. Establecimiento de Soux y Hernández, Potosí, 1905.



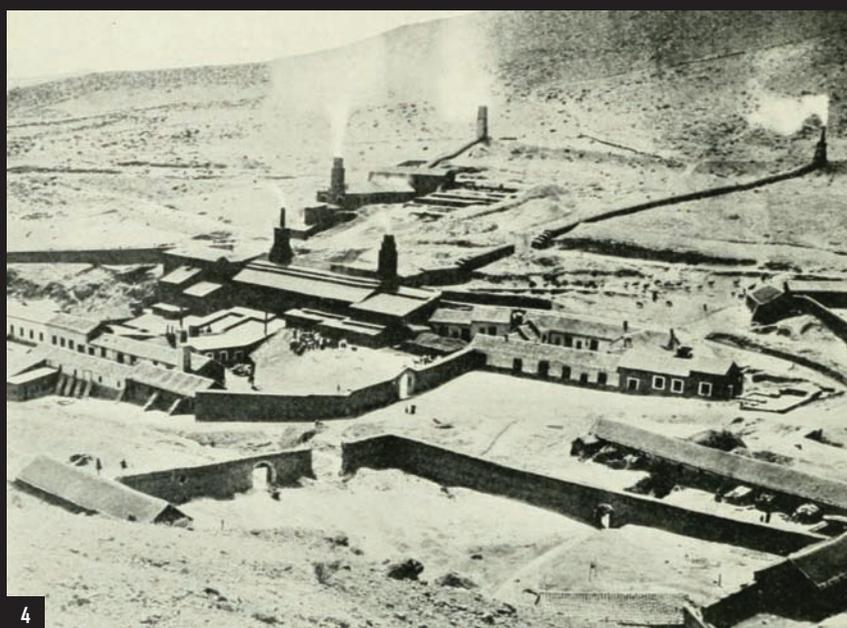
1



2



3



4

1. Porco, lugar de las más antiguas minas de plata de Bolivia, 1905.
2. Barras de estaño preparadas para el embarque de las minas de Bebin Hermanos, Potosí, 1905.
3. Minerales de estaño para ser tratados en Huayra.
4. Real socavón, minas de plata y estaño, Potosí, 1905.



5



6



7



8

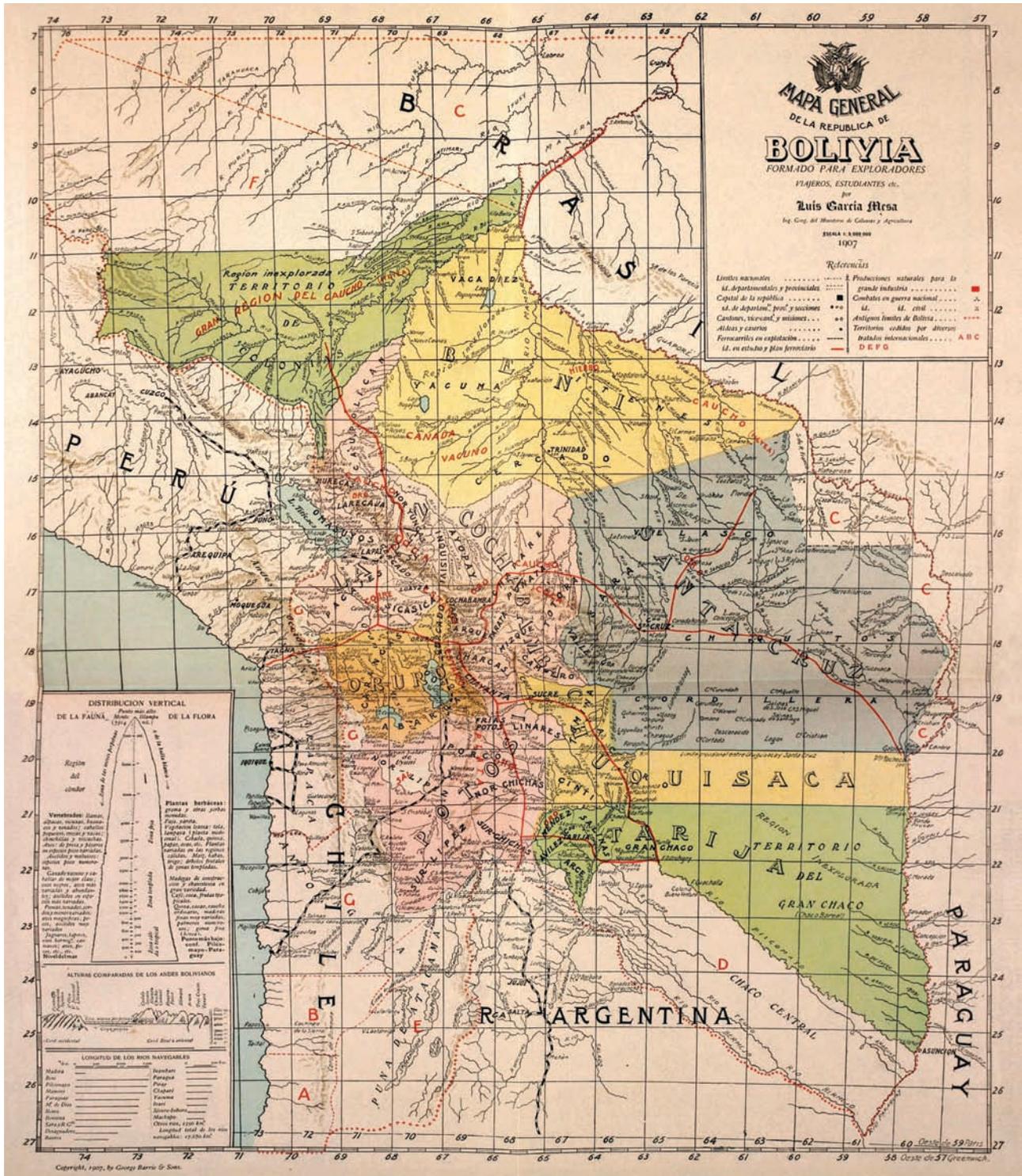


9

- 5. Indígenas tembetas, Santa Cruz, 1905.
- 6. Arrieros retratados para la identificación, Potosí, 1905.
- 7. Fiesta del 8 de diciembre, bailando la kena kena, 1905.
- 8. Indígenas de Potosí, 1905.
- 9. Potosí, 1905.

Las inversiones extranjeras en infraestructura y los ricos yacimientos en estaño permitieron a Bolivia insertarse nuevamente en el mercado internacional, iniciando así el «Ciclo del Estaño», cuya producción no dejó de crecer entre 1900 y 1930, pasando del 41 % al 74 % del total de las exportaciones; esto explica la absoluta dependencia de la minería de la economía boliviana.

Mapa general de Bolivia en 1907.



ECUADOR, VENEZUELA Y COLOMBIA

La consolidación del mercado exportador en países como Ecuador y Colombia estuvo fuertemente condicionada por la profunda heterogeneidad geográfica y social que derivó, a su vez, en particularismos localistas o regionales enfrentados en defensa de sus intereses.

En Ecuador —al igual que en Perú—, la polaridad de intereses entre las haciendas, ubicadas en las tierras altas de la sierra y las bajas de la costa, afectó no solo el desarrollo económico, sino que además profundizó el enfrentamiento político interno que mostraba un Ecuador fragmentado en tres regiones.

La costa poseía el puerto de Guayaquil, que se organizó en torno a la mono-producción del cacao basado en la explotación de mano de obra esclava y en población serrana migrante. La sierra o región andina del sur tuvo en la ciudad de Cuenca su epicentro económico local y se caracterizó por la abrumadora mayoría de población indígena, absorbida en relaciones de producción no capitalista, precaria y sujeta a la tradicional hegemonía de la hacienda. La sierra centro-norte fue el sitio donde Quito ofició de capital política administrativa del nuevo Estado, en tanto que Guayaquil actuó como capital económica del país. La explotación más rentable en la costa fue la producción de cacao y, gracias a la acumulación proveniente del mercado internacional, se consolidó un poderoso grupo de terratenientes comerciantes y banqueros —vinculados con la aristocracia comercial limeña peruana—; ellos dinamizaron la economía de exportación,



Molinos de azúcar en el Ecuador, grabado del siglo XIX.



Andrés de Santa María, *Las cegadoras*, 1895.



Francisco Mejía, *Escogedora*, Medellín, 1930.

dando un importante impulso al crecimiento de Guayaquil, sobre todo a partir de la espectacular construcción del ferrocarril Guayaquil-Quito inaugurado en 1908. Pero la expansión de la economía de exportación del cacao no afectó a las grandes haciendas de la sierra, que continuaron bajo el dominio de los poderosos terratenientes tradicionales, conservando una cuota grande de poder gracias al control que ejercían sobre la fuerza de trabajo campesino indígena, en general, volcada a la economía interna de subsistencia.

A partir de 1890, la producción de cacao empezó a transitar una curva descendente que derivó finalmente en la crisis de 1910, sin que el crecimiento hubiese alcanzado para solucionar la evidente ausencia de integración económica (social y política) de un país que continuó siendo heterogéneo mucho tiempo más.

Los valles que surcan el territorio de Colombia en paralelo (el del río Cauca y el del río Magdalena) no facilitaron demasiado las comunicaciones —sobre todo en el sur montañoso—, por lo que esta especie de encierro geográfico hizo que el libre comercio tuviera muy débil influencia a principios del siglo XIX. En la costa, predominaba la población blanca y mulata, en tanto que el interior era mayormente mestizo, debido a que la población indígena era muy reducida. En la sierra, en cambio, fue importante la cantidad de comunidades campesinas que, en ese contexto de fragmentación territorial y social, aprovecharon su situación de aislamiento para desarrollarse como parcelarias.

La producción agrícola fluctuó desde la explotación del tabaco, la quina y el añil a principios de siglo XIX, hasta la mucho más rentable del café y del ganado desde 1880. La explotación del café quedó en manos de productores nacionales, en tanto que los enclaves petroleros y bananeros estuvieron —al igual que en los países de Centroamérica— en manos de capitales fundamentalmente norteamericanos, como la United Fruit Company (UFCO).

El período 1910-1930 fue el momento de mayor auge en la explotación del café, y coincidió con la masiva afluencia de capitales extranjeros que aceleraron el proceso modernizador y posibilitaron la centralización del Estado, lo que permitió el desarrollo de otras regiones: Antioquía, Cundinamarca, el este de Tolima y Santander, todas ellas con predominio de las grandes haciendas.

En términos económicos y gracias a la exportación de café, Colombia se destacó por el éxito y la estabilidad económica durante los primeros años del siglo XX; gracias a las propiedades naturales del árbol del cafeto que hacia 1920, en plena fiebre de altos precios, aumentó la plantación de árboles que comenzaron a ser productivos en plena depresión, hecho que contrarrestó los efectos de la crisis externa.

Tras la ruptura de la Gran Colombia, la recuperación de Venezuela fue política y económicamente más inestable. La costa se recuperó, apoyándose en la exportación de café que reemplazó al cacao y al azúcar. La economía venezolana giró en torno a la hegemonía de la burguesía comercial portuaria, conformada por comerciantes y banqueros de Caracas, y su arbitrario dominio del crédito, al que necesariamente tuvieron que subordinarse el resto de los sectores productivos. Mejor situadas por su cercanía al puerto, las haciendas de la región central aprovecharon este privilegio geográfico y tanto los hacendados cafetaleros cuanto los ganaderos del llano pudieron articular sus intereses con los de los ricos comerciantes de Caracas y, a partir de 1870, —pacificados los conflictos internos— también pudieron emprender un ciclo de reformas que propiciaron el



crecimiento de la producción agrícola y ganadera. Esta alianza empezó a romperse hacia 1895, cuando la economía dejó de recuperarse debido a la depreciación del precio del café. Con la consecuente agitación social, la élite, con el apoyo de los pequeños agricultores y peones del llano, desplazaron finalmente a los militares del poder.



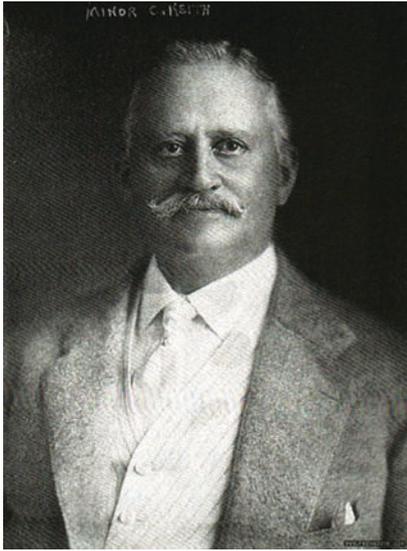
AMÉRICA CENTRAL Y EL CARIBE

La preponderancia de la producción azucarera estructuró el proceso de explotación económica de Centroamérica y del Caribe desde tiempos de la colonia. La fuerte incidencia de esta producción continuó con posterioridad al desmembramiento del Imperio español, que no obstante conservó su poder sobre Puerto Rico y Cuba.

A lo largo del siglo XIX, la caña de azúcar fue el principal producto de exportación con fuerte intervención de capitales extranjeros y dependencia de mano de obra esclava. Pero junto con el azúcar, existieron otros cultivos como el café, el tabaco y el banano. El tabaco cubano no tenía competencia en el mundo y su café superó en calidad y precio al café brasileño por medio siglo.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Centroamérica y el Caribe se convirtieron en un área estratégica reservada a la expansión de los intereses económicos de los Estados Unidos, cuyas empresas lograron hacia fin de siglo controlar sin restricciones la comercialización del azúcar, único producto de exportación de Cuba y Puerto Rico —colonias de España—, República Dominicana y en menor grado Haití, y del café, exportación predominante de las tierras altas de Guatemala, Costa Rica, El Salvador y Nicaragua. Ese predominio se completaría a fines del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, con la inserción de la empresa norteamericana UFCO, que en las tierras bajas y húmedas de la costa caribeña de América Central, concentró la explotación del banano estableciendo un verdadero imperio de enclaves económicos en Honduras, Guatemala, Nicaragua y Costa

1. Víctor Patricio de Landaluze, *Ingenio de caña de azúcar*, 1874.
2. Augusto Marin, *El agricultor*, Puerto Rico, 1960.
3. Julio Tomás Martínez, *El genio del ingenio azucarero*, Puerto Rico, 1910.
4. Augusto Marin, *Grano de oro*, Puerto Rico, 1958.



Minor Cooper Keith, fundador de la compañía United Fruit.

Rica que, junto a la cuestión del Canal de Panamá, consolidarían el predominio norteamericano en toda el área durante el siglo XX.

El desarrollo económico de Cuba ha sido el típico de América tropical: una sociedad agrícola orientada a la exportación de un solo cultivo basado en la esclavitud. A comienzos del siglo XIX, Cuba se transformó en la principal economía azucarera del mundo y recibió un flujo de inmigrantes franceses y españoles proveniente de la metrópoli colonial; este propició la inserción del cultivo del café para convertir a Cuba, por casi medio siglo, en el primer productor, solo superado por Brasil a partir de 1860.

El auge de la economía cubana comenzó a declinar en el último tercio del siglo XIX, debido a la caída del precio del azúcar en el mercado mundial, condicionado por la crisis económica de 1873, por la aparición del azúcar de remolacha europea y por la creciente dependencia de un solo mercado importador, el norteamericano, que absorbía el 90 % de su producción.

Hacia fines de la década de 1870, se inició una etapa de modernización tecnológica con la introducción de la máquina de vapor en los ingenios, que se complementó con la extensión de la red ferroviaria (Cuba poseía ferrocarril desde 1837) y la concentración de la propiedad en manos de inversores norteamericanos, con ellas se expandieron las inmensas posesiones azucareras. Estos cambios redujeron la cantidad de trapiches (de 1190, en 1877, a solo 207 en 1899) a pesar de incrementarse las hectáreas de caña, donde las condiciones de los trabajadores esclavos lejos de «modernizarse» se mantuvieron igual. Este proceso de transformación no fue ajeno a las dos guerras de la Independencia que convulsionaron a la isla y que afectaron directamente a la producción azucarera: la guerra de los Diez Años (1868-1878), que tuvo lugar cuando los nacionalistas cubanos se levantaron contra los españoles por primera vez; y la segunda guerra contra España (1898-1902), en la cual intervino Estados Unidos para frustrar la victoria de los patriotas cubanos y garantizar su posterior ocupación militar. Estas guerras provocaron la destrucción de las plantaciones e ingenios de la región oriental, núcleo de los plantadores independentistas, que se combinó con el acaparamiento inversionista norteamericano. Muchos de los pequeños ingenios afectados por la guerra no estuvieron en condiciones de sostener los cambios, por lo que sus dueños pasaron a ser colonos encargados del cultivo y de la zafra que dependían de los ingenios centrales para el procesamiento de la caña. En otros casos, la clase hacendada criolla se encontró en franco declive, lo que generó que vendieran sus tierras a muy bajos precios a compradores estadounidenses.

La abolición de la esclavitud (1880-1886) también fue otro factor generador de cambios en la industria azucarera. La demora de su tardía concreción se debió a que los hacendados ignoraron la prohibición de trata acordada desde 1817 y no cesaron de introducir ilegalmente esclavos año tras año. Cuando la situación se inclinó por la abolición, los dueños de las plantaciones retrasaron este proceso con la exigencia de recibir resarcimientos por las pérdidas que le ocasionaría la liberación de los esclavos.

La penetración de inversiones extranjeras no solo provino de Estados Unidos, sino que los capitales británicos también tuvieron gran participación en el desarrollo económico cubano, realizando la primera inversión directa en la producción de cobre y tabaco, como así también en la explotación de la red de ferrocarriles. Por su parte, si bien el sistema bancario y financiero de Cuba se remontaba a comienzos del siglo a cargo de la banca española, debido a la guerra de la Independencia y la

posterior ocupación estadounidense, comenzaron a quebrar varias instituciones bancarias, lo que produjo un desorden monetario caracterizado por la circulación paralela de monedas de los Estados Unidos y de España, iniciándose la apertura del sector financiero a bancos extranjeros. A fines del siglo XIX, la economía cubana estaba estancada y absorbida por un único país: Estados Unidos, quien intervino en la guerra, volcándola a su favor, y excluyó a los cubanos de las negociaciones de paz con España. Además, ocupó militarmente la isla y participó en la organización política y constitucional de la nueva Cuba, condicionándola con la enmienda Platt, una ley norteamericana impuesta como apéndice de la Constitución cubana que legalizaba la intervención armada en la isla.

Por su parte, después de tres siglos de ser colonia española y francesa en los siglos XVI a XVIII, y territorio de Haití en las dos primeras décadas del siglo XIX, República Dominicana logró su tercera independencia del dominio haitiano en 1865, luego de las proclamaciones de 1821 y 1844. La expansión azucarera se aceleró en último cuarto del siglo XIX, favorecida por la guerra en Cuba (1868-1878), la guerra franco-alemana de 1870 (países productores de azúcar de remolacha) y la guerra de secesión norteamericana (1861-1865), lo que provocó efectos devastadores sobre sus plantaciones y la merma en el mercado internacional. Esta coyuntura brindó una oportunidad que fue acompañada por una serie de medidas legislativas que incentivaron la inversión de capitales en explotaciones agroindustriales (reducciones arancelarias a maquinaria, franquicias temporales, eximición de derechos de exportación, otorgamientos de tierras, etc.).

La primera etapa del desarrollo azucarero en el país se produjo por la llegada de pequeños capitalistas cubanos y grandes capitalistas norteamericanos dueños de ingenios, que emigraron a Santo Domingo atraídos por las medidas de fomento y desplegaron allí la actividad, con mano de obra inmigrante, mayormente negra proveniente de las islas vecinas. Al igual que en el caso cubano, los pequeños agricultores independientes terminaron siendo expulsados de sus tierras, convirtiéndose en proletarios rurales marginados y empobrecidos, dominados por unos cuantos terratenientes ricos, en su mayoría extranjeros.

La explotación más importante en las haciendas de Puerto Rico fue la azucarera; la siguió en importancia la del café, predominante desde 1880, y la del tabaco. Como en Cuba, el desarrollo del cultivo de la caña de azúcar y su industrialización fue producto de las consecuencias de la insurrección esclava en Saint Domingue. A partir de 1870, Puerto Rico como todo el Caribe, sufrió las consecuencias de la competencia del azúcar de remolacha europea (de Alemania, Austria y Francia), situación que se agravó cuando el nuevo producto ganó el mercado británico y fue Londres quien comenzó a fijar el precio del azúcar de caña, tomando como base el de la remolacha. En 1894 y 1897, Estados Unidos aumentó los aranceles aduaneros al azúcar portorriqueño, lo que causó un durísimo golpe a los hacendados y generó una importante reducción de haciendas azucareras. El carácter esclavista del sistema de producción, provocó reacciones y sublevaciones y se produjeron veintidós conspiraciones entre 1795 y 1848.

La mayoría de los intentos esclavos tuvieron por objeto obtener la libertad y solo dos conspiraciones estuvieron ligadas a proyectos independentistas como la ocurrida de 1868 (Grito de Lares), urdida en consonancia con el Partido Revolucionario de Puerto Rico (que contó además con la intervención de mercenarios europeos y latinoamericanos, militares y comerciantes norteamericanos),



José Mejía Vides, *Cortadoras de café*, El Salvador, 1935.



Pedro Nel Gómez, *Danza del café* [s.f.].

y que soliviantaron a los esclavos con posturas abolicionistas de corta duración, ya que si bien alcanzaron a formar un gobierno, su existencia fue efímera. En 1870, se formó el Partido Liberal que tuvo un claro posicionamiento anticolonial, aunque no exento de contradicciones internas.

A diferencia de las islas del Caribe, las repúblicas centroamericanas (Guatemala, Costa Rica, Nicaragua, Honduras y El Salvador) se incorporaron tardíamente al mercado mundial, mediante el desarrollo de una economía exportadora. Si bien se abrieron al comercio libre a principios del siglo XIX, lo hicieron a través de la exportación de productos para teñir telas como en la época colonial, añil y cochinilla, que el mercado británico le demandaba.

Los programas económicos que los partidos liberales de los países de la región propusieron, en la segunda mitad del siglo XIX, modernizar el modelo productivo. Esto implicaba fomentar las exportaciones de algunas materias primas, particularmente del cultivo del café y del plátano o banano, proceso que provocó el desplazamiento de la agricultura de colorantes del escenario centroamericano. Si bien durante el período colonial en Centroamérica se cultivaba café en pequeñas plantaciones, fue a partir de las reformas liberales de 1870 cuando se inició el período de las grandes exportaciones cafetaleras; Guatemala fue el caso más exitoso, en volumen exportado y en reformas políticas para el fomento de su explotación como la expropiación de tierras a la Iglesia católica, la venta y distribución de baldíos y la abolición de derechos de arrendamiento perpetuos. Las haciendas cafetaleras se concentraron en las tierras altas y húmedas de las laderas de las montañas de la costa del Pacífico, donde los campesinos indígenas que constituían la mayoría de la población fueron obligados a abandonar sus tierras y a vivir en rancharíos al interior de las haciendas sujetos al reglamento de mano de obra de 1877. Por este, debían proporcionar, forzosamente, trabajadores temporales a las plantaciones de café bajo el sistema de colonato. Este sistema dividía la hacienda en pequeñas unidades de tierra, que se entregaban a los colonos indígenas para que cultivasen en ellas lo necesario para la subsistencia familiar; a cambio, debían prestar servicios gratuitos en la Hacienda por una determinada cantidad de días a la semana.

En Costa Rica, el ciclo del café se convirtió en un símbolo del desarrollo capitalista. Las familias propietarias de las haciendas cafetaleras conformaron una élite que administró la república aristocrática y limitó el derecho de sufragio a los propietarios.

El Salvador y Nicaragua se unieron al mercado cafetalero internacional durante las décadas de 1870 y 1880, logrando exportaciones que, si bien no arrojaron volúmenes enormes (no más del 15 % de las existencias mundiales), siempre fueron de alta calidad. Al ser cultivado en las tierras altas y húmedas de las laderas de las montañas, no requirió (al menos en Honduras, Nicaragua y Costa Rica) quitar grandes extensiones de tierra a las comunidades indígenas, ya que, en su mayoría vivían en las tierras bajas por lo que, en estos países, el perjuicio fue menor puesto que predominaba la pequeña y mediana propiedad en manos de centroamericanos. En Guatemala y El Salvador no fue así; los perjuicios a las comunidades indígenas fueron importantes e impactaron fuertemente en la estructura social de estos países. Aunque los dirigentes liberales procuraron fomentar la inmigración, Centroamérica nunca recibió la cuantiosa afluencia de obreros y campesinos europeos que arribaron a Argentina, Brasil o Estados Unidos. La mano de obra para el cultivo del café fue predominantemente campesino indígena y en menor grado mestiza.

Solo en Honduras no prosperó el cultivo de café y solo en el siglo XX comenzó a desarrollar las plantaciones de bananos como base de su economía exportadora, bajo la poderosa influencia de los Estados Unidos.

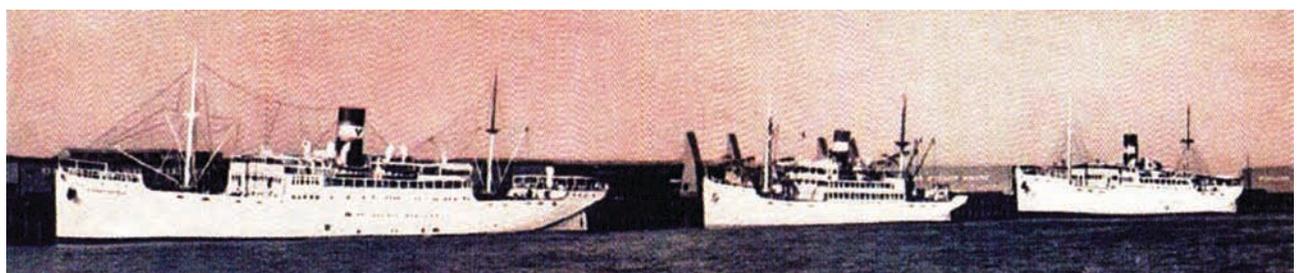
El crecimiento de la producción cafetalera demandó mayores exigencias de inversión para su traslado, efectuado por compañías navieras, cuyos vapores cubrían la ruta de la costa del Océano Pacífico hacia Valparaíso (Chile) y por el Cabo de Hornos a Europa. También se realizaba una ruta interoceánica por el ferrocarril que atravesaba el istmo de Panamá. Esto generó una mayor penetración de capitales extranjeros fundamentalmente británicos y norteamericanos, abriendo la región a la explotación de otro producto, el plátano (banano).

El comercio de plátanos o bananos fue iniciado en 1870, por el capitán Lorenzo Baker, quien trasladaba cargamentos desde Jamaica a la costa este de Estados Unidos y que, en 1885, se unió con Andrew Preston para formar la Boston Fruit Company. Al mismo tiempo, Minor Cooper Keith en 1878, transportaba plátanos a Nueva Orleans con la Tropical Trading and Transport Company. En 1899, se fusionaron ambas compañías y surgió la UFCO, que monopolizó la plantación y exportación de plátanos con la cual se establecieron enclaves económicos que



Afiche de la empresa Standard Fruit and Steamship Company [s.f.].

Intervención por parte de los hermanos Vaccaro de New Orleans (Estados Unidos) en plantaciones bananeras en el puerto de La Ceiba, Atlántida, Honduras, 1901.



S. S. CEFALU

S. S. ATLANTIDA

S. S. CONTESSA

Three Ships of the *Vaccaro Line* Cruise Queens of the Caribbean

STANDARD FRUIT AND STEAMSHIP COMPANY

222 CARONDELET ST., NEW ORLEANS • 11 BROADWAY, NEW YORK • 111 WEST WASHINGTON ST., CHICAGO



conformaron un verdadero «imperio bananero» resultó más poderoso y fuerte que los países en donde operó. Los supervisores y gerentes de la UFCO provenían de Estados Unidos e «importaban» trabajadores negros del sur de Estados Unidos, de Jamaica y las Indias Occidentales, lo que alteró la composición poblacional de las tierras bajas orientales, creando así divisiones impuestas por la fuerza desde adentro por la UFCO. Esta empresa controlaba la tecnología, los créditos, los ferrocarriles, la navegación marítima y fluvial, construía caminos, poblados, escuelas, dispensarios de salud, capillas y poseía además el acceso al mercado estadounidense.

El café y el plátano dominaban la economía centroamericana al terminar el siglo XIX, constituyendo más del 70 % de las exportaciones latinoamericanas de 1913 en adelante, volviéndose completamente dependiente de ambos cultivos y de los caprichos fluctuantes del mercado internacional.

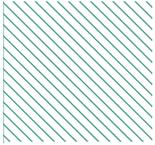
LA CONSOLIDACIÓN DE LOS ESTADOS OLIGÁRQUICOS Y EL AVANCE DE LA FRONTERA

Las oligarquías que se abocaron a la construcción de los Estados-nación lo hicieron imbuidos de una visión europeizante, producto de su ideario positivista, con el propósito de sentar las bases del progreso y de la civilización en las nacientes repúblicas. Esta consideración partía de advertir la realidad circundante (social, cultural, poblacional) como bárbara y retrasada, resabio de la etapa colonial y de los caudillismos militaristas de la primera mitad del siglo XIX. Por otra parte, este pensamiento expresado por notables escritores de las élites americanas contenía un prejuicio profundamente racista fundado en principios cientificistas, que concluía con que el verdadero escollo del progreso americano residía justamente en su población nativa original y en el producto de la mestización de sus etnias y pueblos que, en aquellos tiempos, denominaban «razas». En efecto, el pensamiento positivista justificaba que los pueblos originarios pertenecieran a razas inferiores, absolutamente alejadas de una élite de banqueros y financistas, escritores e intelectuales, comerciantes y terratenientes, empresarios, jueces, militares y prelados, es decir, de quienes se autopercebían como los destinados a conducir la nueva sociedad y a presidir los Estados que estaban construyendo.

El paradigma «Civilización y Barbarie» marcó la interacción entre la sociedad blanca y las sociedades indígenas y determinó los procesos de construcción de los Estados-nación. La población blanca era la expresión de los pueblos creadores del progreso y la civilización, en tanto que los indígenas representaban la barbarie, el atraso, la no-civilización, categoría conceptual donde incluían también a mestizos y afrodescendientes, cuyo grado de negritud determinaba su posición en la sociedad.

En la segunda mitad del siglo XIX, la «civilización» se dispuso a avanzar sobre aquellos territorios que aún se encontraban bajo el control de los pueblos originarios. El avance de la frontera resultaba vital para la incorporación de nuevas tierras que permitieran fortalecer el poder económico de las oligarquías locales. Al sur del Río Bravo existían amplias regiones que se encontraban en esta situación. Las zonas tropicales de México y Centroamérica, la cuenca del Amazonas, del Orinoco y del Paraná, los valles, quebradas y altiplanicies de los Andes centrales, los fríos



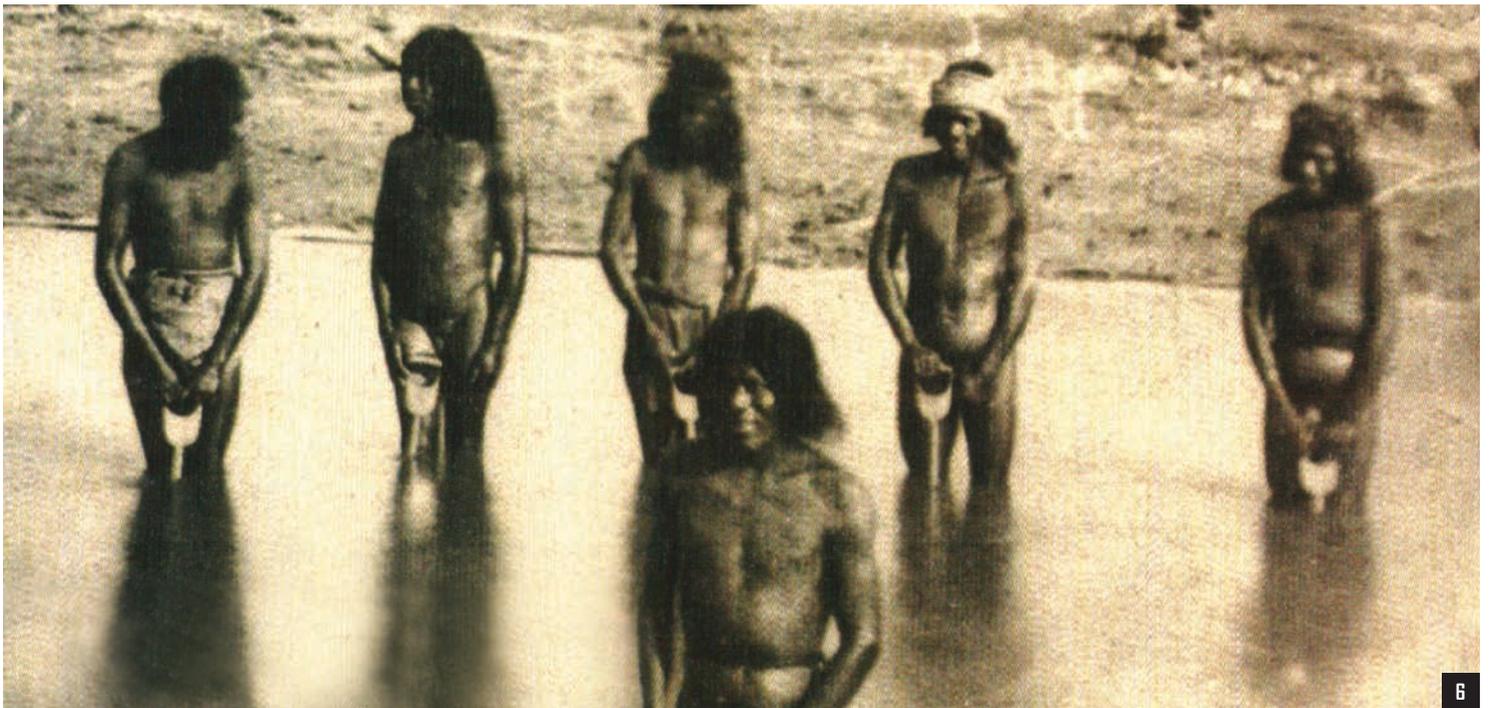


valles de los Andes del sur, el Chaco boreal, las amplias praderas de la pampa y la Patagonia eran regiones con una importante concentración y diversidad de pueblos indígenas. Las relaciones de dominación que inauguraron los Estados-nación con las comunidades originarias se dieron de diferentes modos: en las aldeas enclavadas en las sierras centroamericanas o en los valles andinos, donde la concentración poblacional de las comunidades indígenas era muy importante y estaban integradas al sistema productivo (agrícola ganadero o minero), sus miembros adquirieron el estatus de ciudadanos con más perjuicios que ventajas para sus vidas. Perdieron sus tierras comunales (que pasaron a integrar los latifundios de las haciendas) y con ellas se desestructuraron los ayllus y los lazos culturales de su relación ancestral con la tierra y con la comunión de labranza colectiva basada en la complementación y la reciprocidad; les aumentaron las cargas impositivas y les restablecieron los tributos —que los patriotas revolucionarios habían abolido— bajo nuevas formas, imponiéndoles una amplia gama de sistemas laborales que los sujetaron como mano de obra barata, condenados a vivir miserablemente en rancheríos dentro o en la periferia de las haciendas (estas prácticas fueron denominadas «colonos» en Centroamérica, «peonaje por deudas» en México, «inquilinos» en Chile, «huasipungueros» en Ecuador, «yanaconas» en Bolivia y Perú); también



fueron aplicados métodos de violencia física y represión ejercida por campañas militares —si emanaban del Estado (sobre todo ante las numerosas rebeliones)—, y por los «capangas» (capataces) si era ejercida por los latifundistas, gamonales, caudillos, hacendados, patrones o coroneles.

En las selvas y montes de la cuenca amazónica (brasileña, peruana, boliviana, colombiana) el «boom del caucho» y en la región chaqueña (paraguaya y argentina) el llamado «auge del quebracho», generaron una fiebre de expansión productiva que no reparó en medios para expulsar a los habitantes de estos territorios. Comenzó entonces, desde mediados de siglo XIX, una verdadera cacería de indios llevada a cabo por campañas militares estatales, impulsadas desde 1884 y por particulares (hacendados o inversionistas extranjeros), intensificada en el Brasil por el cierre de la importación de esclavos y la abolición de la esclavitud, para apropiarse de sus tierras y aldeas y utilizarlos como mano de obra semiesclava. Si las comunidades ocupaban el espacio público para visibilizar sus demandas,



el poder de policía del Estado recurría a la violencia armada como metodología de represión y terror, como por ejemplo las matanzas de Napalpí en el Chaco argentino en 1924, durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear.

Por su parte, en las amplias llanuras pampeanas y los valles cordilleranos del sur de Chile y Argentina, o de los ríos del norte de la Patagonia, la enorme cantidad de pueblos de raíz araucana (mapuche), tehuelche, pehuenche y ranquel fueron objeto del carácter genocida de la política expansiva de los gobiernos de ambos lados de la cordillera, para ampliar la zona productiva de ganado. Terminada la guerra por la Independencia, comenzaron las «acciones contra los indios», emprendidas por las milicias nacionales y que alternaban con acuerdos de paz que rara vez se cumplían —o por lo general no se respetaban— y con acciones militares sangrientas sobre las familias indígenas. En Chile, fue la «Pacificación de la Araucanía» y en la Argentina, la «Conquista del Desierto» dos denominaciones eufemísticas para denominar un despojo.

1. Los shelk'nam, pueblo del sur argentino, fines del siglo XIX.
2. Niños araucanos, fines del siglo XIX.
3. Indígenas de la zona de Sierra de la Ventana.
4. Frank G. Carpenter, *Pueblos del amazonas*, entre 1890 y 1923.
5. Indígenas del Gran Chaco, fines del siglo XIX.
6. Pobladores indígenas del Gran Chaco.

La construcción de una imagen de sujetos supuestamente salvajes, holgazanes y agresivos, que era necesario convertir al trabajo en un contexto geográfico ávido de progreso, fue una deformación de la realidad para justificar el accionar genocida mediante el cual se desarrolló la expansión de las fronteras internas, con el inconfesable objetivo de ocupar las tierras donde vivían las comunidades originarias para beneficio exclusivo de los ganaderos latifundistas. El destino de los pueblos pampeano-patagónicos derrotados fue variado: los que no murieron en las matanzas, fusilamientos y combates lo hicieron debido a las torturas, la viruela o la pena. A quienes lograron sobrevivir no les esperó mejor suerte: niños y niñas arrancados de los brazos de sus madres para ser repartidos como «criados» al servicio de los hacendados, mujeres sometidas al servicio doméstico en las estancias lejos de sus hijos y esposos, jóvenes deportados como mano de obra prisionera en los ingenios azucareros de Tucumán y Salta o enrolados a la fuerza como soldados y marineros, cuando no fueran cosificados, expuestos en museos como piezas de ciencias naturales a la vista de los curiosos.

La continuidad del genocidio fue menos sangrienta, pero no menos cruel. El silencio sobre lo ocurrido, el silenciamiento de las voces derrotadas, la invisibilidad de su existencia y la deformación de los sucesos son parte del etnocidio cultural difundido por el relato escolar. La concepción homogeneizadora del «indio» como un sujeto despojado de derechos y cultura, invisible su presencia en los procesos históricos y en su existencia contemporánea, negada su identidad y diversidad donde su peso demográfico es innegable, ha sido también reproducido por el relato editorial; se relegan y confinan como no-relato los episodios posteriores a las campañas de conquista estatal, no se formulan, no se habilitan preguntas sobre qué sucedió con los prisioneros de las expediciones armadas o cuál fue la situación de los pueblos originarios con posterioridad al sometimiento militar. Con estos mecanismos se excluyó el conocimiento o se negó cualquier otro relato histórico, eyectándolo del orden disciplinario. Más allá de la omisión de los relatos del «otro» operan en la experiencia social, subyacen con sus propias fuentes e imágenes, construyen subjetividad en relación con el presente porque están encarnados en experiencias sociales. Se trata de experiencias de dominación silenciadas por los procesos hegemónicos-culturales, contadas de generación en generación por ellos mismos.

1. Araucanos, 1908.
2. Hija de un cacique araucano, 1908.
3. Caciques araucanos, fines del siglo XIX.





1. Juan Manuel Blanes, *Ocupación militar del Río Negro en la expedición al mando del general Julio A. Roca*, 1879.

2. Anónimo, *Indígenas de la Patagonia*, ca. 1881.

3. Anónimo, *Alumnos indígenas en la misión Laishí a cargo de la orden Franciscana*, Formosa, ca. 1905.



LOS ESTADOS OLIGÁRQUICOS EN AMÉRICA DEL SUR

ECUADOR

Los conflictos interregionales fueron el sustrato de la guerra civil que desarticuló la unidad de la Gran Colombia, en la primera mitad del siglo XIX. Tras su disolución y la muerte de Bolívar, tres regiones delimitadas geográficamente pero, sobre todo, con intereses económicos, sociales y políticos disímiles, se disputaron el poder en el Ecuador: la sierra centro norte con epicentro en la ciudad de Quito, y la costa y la sierra sur con gravitación en torno a Guayaquil. La rivalidad entre estos dos centros urbanos nutrió las disputas entre los dos partidos políticos ecuatorianos, el Partido Conservador y el Partido Liberal. El primero, de tendencia centralista y signo rancieramente conservador, estaba integrado por la antigua aristocracia latifundista de la sierra, cuyo exponente más claro fue el tirano ultra católico Gabriel García Moreno, presidente en dos oportunidades (1860-1865 y 1869-1875). Los liberales, partidarios de una organización federal y de un programa librecambista favorable a los agroexportadores de la costa, propiciaron reformas tendientes a separar a la Iglesia católica del Estado, a abolir la esclavitud y las cargas tributarias que soportaban los indígenas, con la intención de liberar la mano de obra que necesitaban los productores costeros. Sus líderes fueron los generales Eloy Alfaro y Leónidas Plaza.

Las reformas liberales y los principios federalistas fueron suprimidos con la consolidación del gobierno dictatorial del conservador Gabriel García Moreno en 1860. Para los Conservadores —en la concepción de García Moreno— la religión católica era el núcleo básico para la legitimación de los derechos de ciudadanía y sobre todo, para definir la identidad nacional. De allí, el rol asignado a la Iglesia católica como poderoso brazo disciplinador del Estado, cuyo cargo contó con el monopolio de la educación en todos los niveles. La Constitución de 1869 estableció, como condición para el goce del estado de ciudadanía, profesar la religión católica, limitando el derecho a voto a los mayores de edad alfabetos y católicos, y estableció también condiciones económicas para acceder a los cargos de presidente, senador o diputado. La forma del gobierno instaurada fue fuertemente presidencialista, aunque en los hechos fuese superada muchas veces por el caudillismo militar, que se desarrolló con gran autonomía del poder central.

1. Quito, 1868.
2. Rafael Troya, *Tungurahua en Erupción*, fines del siglo XIX.



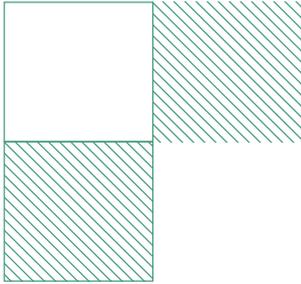


José Grijalva, *Trabajadores na ferrovia de Chiguancán*, 1907.

El proceso de modernización del Estado se inició tras la caída de García Moreno en 1875, con la llamada «Revolución Liberal», movimiento surgido contra la dominación conservadora al que adhirió la oligarquía de Quito (comerciantes y banqueros vinculados al comercio exportador-importador), el sector pequeño burgués y un limitado sector popular, conducidos por el general Eloy Alfaro, quien ejerció dos períodos presidenciales (1895-1901 y 1906-1911).

En esta etapa, el liberalismo ecuatoriano llevó adelante un proceso de fortalecimiento del Estado, que implicó su separación de la Iglesia católica (que perdió buena parte de sus latifundios) y una amplia legislación civil —incluida en la Constitución de 1906— tendiente a secularizar la sociedad: educación laica, matrimonio civil, ley de divorcio, registro civil de los nacimientos, matrimonios y defunciones, libertad de prensa sin censura religiosa y supresión de la religión católica como religión oficial del Estado.

El impacto de la modernización liberal también se expresó en la construcción del ferrocarril que unía Guayaquil y Quito, y las mejoras sanitarias para la población. En el plano internacional, el gobierno de Alfaro fue defensor de las ideas bolivarianas desde las cuales promovió la reunión de representantes hispanoamericanos en México con el fin de fundar las bases de un derecho público americano. Se proclamó además, a favor de la independencia de Cuba y suspendió el pago de la deuda externa.



Desde mediados de 1911, las diferencias entre Alfaro y Emilio Estrada, quien debía sucederlo en la presidencia, generaron un clima antialfarista cuando intentó obligarlo a renunciar a la presidencia antes de asumirla. Estrada consiguió el respaldo de los liberales «placistas» así como también de varios cuarteles quiteños que el 11 de agosto se sublevaron, obligando a Eloy Alfaro a renunciar a la presidencia veinte días antes de terminar su mandato. Una asamblea de «placistas» y conservadores desconoció al Gobierno, acompañado por una multitud que cercó el Palacio Nacional. Alfaro prefirió renunciar, refugiarse en la legación de Chile y, posteriormente, exiliarse en Panamá. Emilio Estrada asumió el poder e hizo un gobierno de acercamiento a sus adversarios. A pocos meses (diciembre de 1911) murió; se alzó entonces de nuevo la insurgencia liberal «alfarista» y los enfrentamientos con conservadores y liberales «placistas» se reanudaron. Alfaro regresó al país para contribuir con la pacificación entre los suyos. El Gobierno movilizó al ejército, a cuya cabeza puso a los generales Leónidas Plaza y Julio Andrade. Los revolucionarios fueron derrotados y sus jefes aprehendidos; no se respetaron los términos de la capitulación firmada y el general Leónidas Plaza ordenó la detención de Eloy Alfaro, quien luego sería asesinado.

Con el asesinato de Alfaro, el proceso liberal entró en una nueva etapa en la que predominaron sectores más moderados liderados por Leónidas Plaza (1912-1916) y conocidos como «liberales plutocráticos», en referencia al predominio entre ellos de los banqueros privados. Esta fue una etapa (1916-1925) de gran estabilidad política, en la cual los gobiernos —liberales todos— se sucedieron según las normas previstas por la Constitución, sin que por ello, faltasen los conflictos entre los sectores dominantes de la costa, y entre estos últimos y los grandes propietarios de la sierra. Los gobiernos oligárquicos impulsaron la construcción del trazado férreo que une Guayaquil y Quito, que se relacionó de forma directa con la construcción del orden semicolonial que se impuso en la región.

En los años de la década de 1920, los precios internacionales del cacao cayeron abruptamente, lo que generó grandes demandas entre los trabajadores rurales y obreros urbanos, cuyas huelgas fueron más frecuentes y en cuyo contexto surgieron nuevos partidos políticos que articularon ideologías de raíz marxista; estos procuraron ser la expresión de los sectores emergentes, como el Partido Socialista creado en 1926. Ante el estallido de la cuestión social largamente ignorada por las clases dominantes y viendo la intensidad de las movilizaciones y protestas rurales y urbanas, el ejército fue lanzado a la calle para reprimirlas. Pero, en julio de 1925, un grupo de jóvenes oficiales que se presentaron en nombre de los sectores medios, las reivindicaciones obreras y campesinos indígenas, encabezaron un golpe de Estado contra el gobierno liberal que se autoproclamó «Revolución Juliana». Este movimiento, más allá de denominarse «revolución» no introdujo cambios sustantivos, tampoco terminó con la dominación oligárquica. Las reformas más significativas giraron en torno al intervencionismo del Estado en el ámbito laboral, creando un Ministerio de Trabajo y el Banco Central del Ecuador.



COLOMBIA

Al igual que en Ecuador, el desmembramiento de la Gran Colombia fue producto del enfrentamiento de intereses regionales y divisiones en el interior de los sectores económicamente dominantes; estos no permitieron la consolidación de un liderazgo unívoco ni una organización institucional estable. La fragmentación territorial, social y económica desembocó en una exacerbada descentralización político-administrativa y en enfrentamientos militares que atravesaron las relaciones políticas entre las provincias y la capital, a lo largo de nueve grandes guerras civiles entre 1830 y 1903.

El debate sobre centralismo o federalismo, que enfrentaba a conservadores y liberales, giraba en torno a la mayor o menor influencia que las oligarquías regionales podían adquirir para resolver el problema agrario en su beneficio. Y en esta cuestión —atravesada por el trasfondo económico— se combinaron las cuestiones religiosas con las políticas. Así como en la oposición al federalismo estaba el descontento y el temor de las oligarquías provinciales, del mismo modo tras las cuestiones religiosas se ocultaba el deseo de los liberales de apropiarse de las tierras de la Iglesia y controlar la educación.

Mapa de la República de la Nueva Granada en 1851. (Codazzi, Paz, Pérez, 1890).



Entre 1863 y 1885, Colombia se rigió por la Constitución radical de Río Negro de corte liberal y federal. Apoyándose en que la Constitución había descentralizado la cuestión electoral, las oligarquías locales impusieron la modalidad que más les convenía para conservar su poder regional. Así, las provincias legislaban por su cuenta y de hecho no había sufragio universal a escala nacional; las elecciones fraudulentas y las intervenciones del ejército federal en los asuntos provinciales eran tan frecuentes como las impugnaciones mutuas entre el gobierno central y los gobiernos provinciales de signo conservador. El precario e inestable orden liberal federal fracasó. A pesar de su posicionamiento político e ideológico liberal reformista, tuvo la misma metodología de dominación oligárquica en el ejercicio de poder. Esto exacerbó la fragmentación social y el conflicto intraoligárquico, agravado por los factores económicos intrínsecos del modelo agroexportador. A partir de 1885, estalló una nueva guerra civil que, finalmente, terminó dándole la victoria a los conservadores iniciando el período conocido como «La Regeneración» (1886-1899); se erigió una república unitaria que expresó el dispositivo de dominación oligárquica conservadora, con elecciones indirectas, voto restringido para los propietarios y alfabetos, religión católica como religión única y oficial, régimen de censura previa a la prensa, pena de muerte, facultades extraordinarias al Ejército y restitución a la Iglesia de su poder sobre la educación. Este período no solo afectó a la vida institucional colombiana, sino que también en los partidos políticos se produjeron rupturas y escisiones como la de los conservadores que se dividieron en dos líneas, los «nacionalistas» partidarios del gobierno y los «históricos» opuestos a él; del mismo modo entre los liberales surgió un sector radicalizado fuertemente opositor al gobierno, que fue objeto de fuerte represión y exclusión política en el Congreso.

A partir de 1899, la caída de los precios del café en el mercado mundial, sumado a los escándalos de índole financiera, produjo un serio deterioro a la economía y el agravamiento del conflicto social y político. En este marco, los liberales radicales organizaron un levantamiento armado conducido por Rafael Uribe y Benjamín Herrera, con el que se inició otra cruenta guerra civil conocida como la «guerra de los Mil Días».



1

1. Clímaco Calderón, *Rafael Nuñez*, Presidente de Colombia y líder político de la Regeneración, ca. 1892.

2. El general Benito Ulloa y su Estado Mayor General durante la guerra de los Mil Días, 1901.



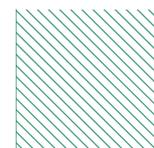
2

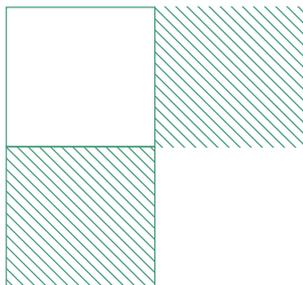
- EJERCITO LIBERAL DE GUNDINAMARCA -
General Benito Ulloa y su Estado Mayor General.
1901



Calles de Bogotá, 1911.

Cuando al cabo de tres años los radicales fueron derrotados, algunos de sus jefes optaron por continuar la lucha mediante la guerra de guerrillas con combatientes provenientes de las clases populares y de los sectores más pobres de la sociedad colombiana: artesanos, desocupados, hombres sin tierra, pequeños productores y colonos en su mayoría analfabetos, además de unos pocos estudiantes y empleados. La guerra terminó en 1902, con un elevado número de víctimas y la derrota absoluta de los liberales. Desde entonces, el dominio conservador fue absoluto y los liberales —excluidos del proceso político con una minoritaria representación parlamentaria— no pudieron acceder al gobierno nacional hasta 1930, año bisagra en la historia colombiana, afectada no solamente por el cimbronazo del Crac de 1929 (al igual que toda América), sino además por la transición del predominio conservador al liberal. El caos económico que generó la depresión agravó el problema social, ya que aumentó el número de desempleados en forma alarmante, se paralizaron las obras públicas ante la falta de crédito externo y comenzó un flujo migratorio de contingentes de campesinos que abandonaban el campo huyendo de la violencia terrateniente hacia los grandes centros urbanos donde no les deparaba un futuro muy promisorio. Este contexto preparó el retorno de los liberales al gobierno de Colombia. Con la conducción del liberal Alfonso López Pumarejo, se inició una etapa reformista que el mismo presidente denominó la Revolución en Marcha (1934-1938) caracterizada por la irrupción de grandes movilizaciones agrarias y la concreción de un ciclo de reformas. Pero por su modesto alcance, la Revolución en Marcha distaba mucho de ser «revolucionaria». La reforma agraria, por ejemplo, preveía la extinción de dominio particular —no del latifundio— sobre tierras sin uso productivo, únicamente se convertirían en tierras nacionales sujetas a redistribución, al final de un tiempo prudencial. Fue moderada también la reforma laboral que dio apoyo decidido a los trabajadores sindicalizados en sus conflictos con empleadores, pero que no se destacó por la adopción de garantías y prestaciones legales en favor de la clase obrera. Un intento de establecer el salario mínimo por ejemplo, tuvo un tratamiento tan dilatado que, finalmente, expiró en el Congreso. En el





campo educativo, se dio una reforma universitaria que tuvo como antecedente el movimiento de cambio presentado en la Universidad de Córdoba, Argentina, en 1918 y que, rápidamente, repercutió en casi toda América Latina. Pero no fue sino hasta 1935 cuando, en Colombia, se ensayó una seria reforma de la Universidad Nacional, que no llegó al punto de autonomía bajo cogobierno de profesores, estudiantes y exalumnos que se había propuesto en Córdoba.

Tras finalizar su mandato en 1938, López Pumarejo viajó al exterior y regresó a Colombia a principios de 1942 con la intención de volver a gobernar Colombia. El sector moderado de los liberales no respaldó su postulación, pese a lo cual ganó la candidatura oficial del partido, en tanto que el Partido Conservador incapaz de ganar mediante un candidato propio, ofreció el respaldo al candidato que la disidencia liberal propusiera. Así, en una elección mucho más reñida que la de ocho años atrás, López obtuvo un segundo cuatrienio al frente del gobierno nacional que ocupó entre 1942 y 1946. Durante su segundo mandato, López no consiguió reunir la fuerza suficiente para sacar adelante nuevas reformas y se enfrentó a un panorama de muy dura oposición. La crisis generalizada por la Segunda Guerra Mundial creó en el país un ambiente muy distinto al de su primera administración y no pudo fomentar la industria media y ligera, lo cual produjo un efecto recesivo en el proceso económico. Sumado a esto, la división del Partido Liberal y la tenaz oposición conservadora dificultaron la capacidad de maniobra del presidente y en el marco de un descontento generalizado, presentó su renuncia en 1944.

Para las elecciones presidenciales de 1946, el liberalismo se presentó dividido lo que facilitó el triunfo de los conservadores. El liderazgo vacante dejado por el retiro de López Pumarejo, pasó a ocuparlo en la consideración popular el candidato del liberalismo radical —pese a la derrota— Jorge Eliécer Gaitán, surgido de la izquierda revolucionaria (UNIR), pero de destacada actuación en el liberalismo radical desde 1936 como alcalde de Bogotá y como ministro de Educación.

En las elecciones legislativas de 1947, el liberalismo radical gaitanista se impuso en ambas cámaras; Gaitán fue proclamado jefe único del Partido Liberal y se destacó además, al frente de sucesivas marchas, como la «Marcha de las Antorchas» y la «Marcha del Silencio», en reclamo por la muerte de varios dirigentes liberales. En abril de 1948 fue asesinado, lo que desató de inmediato una violenta reacción popular conocida como «El Bogotazo». La reacción popular en Bogotá destruyó una importante cantidad de edificios públicos y estuvo a punto de invadir la casa de gobierno, hecho que fue impedido por francotiradores y por tanques del ejército. La tremenda represión dejó varios centenares de muertos y recrudeció el enfrentamiento armado entre liberales y conservadores; se inició así una etapa denominada: «La violencia» (1948-1958) que dejó un saldo de más de doscientos mil muertos.

VENEZUELA

Al igual que en Colombia y Ecuador, las conspiraciones militarizadas, los caudillismos presidencialistas y los intereses regionales expresaron el conflicto intraoligárquico de las clases privilegiadas venezolanas, que deseosas del mantenimiento de sus intereses exportadores en los estrechos marcos de una nacionalidad, provocaron la desintegración de la Gran Colombia y el inicio de un ciclo, desde 1831 a 1860, donde se registraron decenas de golpes





Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

militares, conatos de rebelión y embriones de guerras civiles entre liberales y conservadores.

Solo hubo tres etapas de relativa calma social y dominio conservador —1839-1840, 1842-1843 y 1850-1852— más allá del levantamiento de indígenas y negros liderados por José Francisco Ranfel, que exigía el reparto de tierras y la libertad de los esclavos, pero que fue derrotado en 1846. A lo largo del período, la llamada «oligarquía conservadora y liberal», como también las coaliciones o fusiones liberal-conservadoras, formaron una cúpula de poder oligárquico y gubernamental que se sustituían unas a otras. Las élites de comerciantes-usureros, terratenientes, jefes militares y caciques locales dominaban el poder nacional o regional por encima de las prescripciones jurídicas existentes, haciendo funcionar mecanismos «extra-legales», como considerar botín de guerra a la propiedad privada del vencido, o el hecho de autoadjudicarse miles de leguas de tierras baldías que permitían ascender verticalmente en la estructura social sin alterar la esencia de este.



Los conservadores (llamados también «godos», «colorados» o «paecista») ligados al comercio exportador importador y a la gran propiedad territorial se oponían a modificar el orden social establecido desde la colonia, extender la ciudadanía a los sectores populares y ampliar el régimen electoral por medio de la modificación del régimen centralista para que se respetara la autonomía federal de las provincias, reivindicaciones estas que formaban parte de ideario liberal. En el marco de una recesión económica mundial que, entre 1857 y 1858, desplomó los precios del café y del cuero, se generó un contexto de crisis socioeconómica y política en el que tuvo lugar el enfrentamiento armado más largo y costoso para Venezuela entre conservadores y liberales: la guerra Federal. Las masas rurales entraron en combate antes que el ejército regular de los federales, desbordando la dirección liberal y dándole al conflicto el carácter de guerra campesina. Para ellos, «federación» significaba igualdad social para indígenas y negros libertos, por eso voceaban: «¡Oligarcas, temblad!». Ante la ofensiva de las masas rurales, los hacendados latifundistas y cafetaleros de los valles abandonaron sus plantaciones y se fugaron a Caracas o hacia los Andes. La guerra Federal —dice acertadamente Raúl Domínguez— fue la primera actuación política autónoma de los hombres del campo en Venezuela. Este movimiento utilizó la táctica de guerrillas combinada con operaciones de guerra convencional y, conducido por Juan Crisóstomo Falcón en abril de 1863, puso fin a la guerra con la victoria de los liberales y su acceso al poder. Pero tanto los conservadores cuanto los disidentes, rechazaron las medidas de Falcón y se unieron para derrocar al gobierno en 1867. Esta alianza godo-liberal protagonizó entonces lo que fue la denominada Revolución Azul. Pero el levantamiento de Antonio Guzmán Blanco (marzo-abril de 1870) devolvió el poder a los liberales dando inicio al Guzmancismo, período durante el cual Guzmán Blanco fue presidente dictador durante tres períodos: Revolución de Abril (1870-1877), el Quinquenio (1879-1884) y la Aclamación (1886-1888). Consolidó así el pacto de dominación oligárquica y se convirtió en el caudillo de mayor relieve surgido de la guerra Federal, que ejerció el poder directa e indirectamente durante veintidós años en los cuales se sucedieron una decena de presidentes pertenecientes o afines al poder del «ilustre americano», como llamaban a Guzmán Blanco.

Durante estos años, el «Gran Partido Liberal» o «Partido Liberal Amarillo» ejerció el monopolio del poder político pero, tras la salida de Guzmán Blanco de la política, la última década del siglo se caracterizó por cierta inestabilidad general debido a que los gobiernos que le sucedieron, si bien fueron liberales amarillos, desarrollaron políticas rupturistas con el gran caudillo, que quebraron la unidad del campo liberal. La imposición de la Revolución Legalista (1892) de Joaquín Crespo significó la continuidad del guzmancismo hasta 1897, en cuyas elecciones impuso un sucesor (Ignacio Andrade), cuya pobre gestión y una nueva crisis en el mercado internacional acabaron facilitando su caída con la Revolución Liberal Restauradora, liderada por Cipriano Castro, marcando el comienzo de una nueva etapa denominada la «Hegemonía Andina».

El final del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX estuvieron signados para Venezuela por el signo de la dictadura. Dos hombres surgidos del arco político andino presidieron el país: el general Cipriano Castro (1899-1908) y el General Juan Vicente Gómez (1908-1935). En 1901, Castro fue elegido presidente constitucional y se inició así un período donde el nacionalismo, el antiintervencionismo y el antiimperialismo fueron las piedras angulares de su proyecto político. Castro debió enfrentar los recurrentes alzamientos armados de los caudillos regionales a los que sofocó, no sin dificultades. El enfrentamiento más duro fue



producto de la llamada Revolución Libertadora, que duró desde 1901 hasta 1903, encabezada por varios caudillos apoyados por el Gobierno de Estados Unidos y empresas de ese país y de Francia. Al mismo tiempo, Castro se rehusó a pagar la deuda externa y en 1902 Alemania, Gran Bretaña e Italia hicieron un bloqueo naval a Venezuela que duró hasta febrero de 1903. El fin del bloqueo tuvo como intermediario al Gobierno de los Estados Unidos y se acordó una reducción de casi el 50 % de la deuda demandada por los europeos.

Aplacada la Revolución Libertadora y finalizado el bloqueo naval, Castro avanzó sobre las empresas que habían apoyado a la revolución y expropió la Orinoco Steamship Co., reclamó indemnizaciones a la New York and Bermúdez Co. y rescindió el contrato con la Compañía Francesa del Cable Interoceánico. Estas medidas, entre otras, lo llevaron a romper relaciones diplomáticas con Estados Unidos, Francia y Holanda.

Castro se enfermó gravemente y tuvo que viajar a Europa para seguir con un tratamiento en 1908. En su lugar quedó su vicepresidente, el general liberal Juan Vicente Gómez, quien encabezó un golpe de Estado y se proclamó presidente; luego, prohibió el regreso de Castro al país. Gómez reformó la Constitución y fue elegido presidente constitucional en abril de 1910, para comandar los destinos del país hasta 1935.

A partir de 1910, el perfil económico de Venezuela cambió drásticamente. La exportación de productos agrícolas, principalmente café, cacao y caña de azúcar, dejó el lugar al petróleo que revolucionó al país y modificó su relación con las principales economías del mundo. Gómez, a través de sus amistades, otorgó a empresas extranjeras la concesión de tierras para la exploración y explotación de hidrocarburos. Delegó incluso en las empresas extranjeras la redacción de la primera ley petrolera de Venezuela, otorgándole grandes beneficios. La revolución petrolera tuvo que esperar hasta finalizar la primera Guerra Mundial para consolidarse, hecho que convertiría a Venezuela en uno de los principales productores de petróleo del mundo.



2



1



3

1. Plaza de Caracas, Venezuela, 1901.
2. Representación referida al bloqueo realizado contra Venezuela entre 1902-1903 donde el Tío Sam aparece observando cómo el kaiser alemán y el primer ministro británico despluman al presidente de Venezuela.
3. Un comercio en Caracas, fotografía tomada entre 1900 y 1906.

LA DOCTRINA DRAGO

En 1902, el bloqueo naval realizado por Alemania, Inglaterra e Italia a Venezuela para obligar a pagar sus deudas alertó a los países suramericanos. Brasil, Chile y Argentina se ofrecieron en vano como mediadores del conflicto. Frente a esta situación –y frente a la inacción de los Estados Unidos–, el ministro de Asuntos Exteriores argentino Luis María Drago denunció la acción coercitiva en el continente, por considerar que violaba los principios sostenidos en la doctrina Monroe.

Para el ministro del Gobierno de Julio A. Roca, la prohibición de recurrir a la fuerza para obligar a los Estados al pago de las deudas respondía al principio de no intervención establecido en 1823 en la doctrina mencionada. Interpretaba desde una concepción multilateral e interamericana aquel corolario: «América para los americanos»; sin embargo, el presidente de

los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt avaló la intromisión como lícita e intermedió para que se levantara el bloqueo a cambio de negociar el pago de una parte de la deuda. El argumento utilizado fue que lo acontecido, no implicaba una adquisición territorial. La interpretación de la doctrina Monroe desde una concepción unilateral generó que Estados Unidos se atribuyera la exclusividad de la aplicación de medidas preventivas en defensa de la autonomía americana, lo que pronto legitimó intervenciones múltiples que derivaron en la conformación de una nueva potencia neocolonial (algunos ejemplos fueron la intervención de República Dominicana en 1905, en Honduras en 1909, en Haití y Nicaragua en 1911). Estados Unidos fortalecía entonces, su hegemonía geopolítica reservándose el monopolio del «criterio» por el cual se decidía cuando existían

condiciones «de desorden financiero o político para aceptar como lícita una intervención extracontinental». Las intervenciones en América serían lícitas mientras no pretendieran adquirir territorios.

Frente a este posicionamiento, Drago expuso sus argumentos que sentaron las bases de una doctrina que luego sería tomada en cuenta por el derecho internacional positivo. Drago sostenía: «todos los Estados, cualquiera que sea la fuerza de que dispongan, son entidades de derecho, perfectamente iguales entre sí y recíprocamente acreedoras por ello a las mismas consideraciones y respeto» (Drago, 1902). También afirmaba: «el acreedor sabe que contrata con una entidad soberana, y es condición inherente a toda soberanía que no puedan iniciarse ni cumplirse procedimientos ejecutivos contra ella».

(Drago, 1902).

El general Gómez intentó erigirse como la continuidad del proceso revolucionario de 1810 y, en este sentido, apeló a la institucionalización del 19 de abril como el día de los festejos patrios y reivindicó la figura de Simón Bolívar como símbolo de la unión bajo la figura de «padre fundador» frente a las múltiples tendencias disgregadoras del caudillaje. Los actos y festividades se realizaron durante varios meses, a lo largo y ancho del país se inauguraron plazas, avenidas, museos, rutas. Gómez buscó identificar su mandato con el progreso de la nación, la modernidad, y la continuidad del movimiento independentista de 1810, lo que constituyó una gran contradicción si consideramos que todas estas grandes obras de infraestructura fueron concebidas bajo el paradigma positivista del progreso, contentando a la burguesía exportadora, la oligarquía terrateniente, los grupos más conservadores de la Iglesia católica y, sobre todo, el capital extranjero de la Royal-Dutch Shell, la Standard Oil de Indiana y la Gulf, a quienes distribuyó concesiones de yacimientos de hidrocarburos venezolanos.



Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda en el centro junto a otros hombres públicos.

CHILE

El Chile modelado por la «República Portaliana» (1831-1861) tomó la forma de una república centralista conservadora, en la que el presidente gozó de amplias facultades y donde no se recurrió a procedimientos reñidos con la legalidad institucional como enfrentamientos militares y golpes de Estado. En ese sentido, Chile gozó de una prolongada fase de estabilidad política y conflictos regulados cuya crisis llegó recién en 1891. Hasta entonces, hubo un proceso institucional estable en el que el fuerte presidencialismo y su contracara, es decir la debilidad parlamentaria, fueron seriamente cuestionados por los sectores económicamente poderosos, pero políticamente excluidos. El orden consolidado desde 1830 se asentó sobre la base del poder económico de las haciendas del valle central en expansión desde 1850 merced al auge de las exportaciones cerealeras. En los últimos veinte años del siglo XIX, nuevos sectores económicos se enriquecieron con la ocupación de los territorios salitreros del norte que fueron arrebatados a Bolivia y Perú en la guerra del Pacífico. No obstante, hubo conflictos regionales como las insurrecciones en la década de 1850 durante la presidencia de Manuel Montt en la región minera de Copiapó al norte de Santiago de Chile, las cuales expresaban las tensiones internas de la clase dominante en cuanto al reclamo de espacio de representación política para sus intereses, por parte de una burguesía ligada a la minería del cobre, el comercio exportador-importador y la actividad bancaria. En este contexto, el régimen presidencialista fuerte ya no respondía a la estructura de clases.

En 1860, la elección de José Joaquín Pérez, hombre más proclive al acuerdismo de fuerzas que al autoritarismo presidencialista, generó un arreglo político que possibilitó, entre 1861 y 1891, la rotación de mandatarios liberales, apelando a la acción de la fuerzas armadas solo para reprimir las protestas de las clases populares. Las reformas liberales, secularizadoras (libertad de prensa, cementerios laicos, matrimonio civil, etc.) y las reformas en el código electoral no alcanzaron para frenar a los nuevos poderosos cuando el presidente Balmaceda reveló sus pretensiones centralistas.

Mauricio Rugendas, *El huaso y la lavandera*, ca. 1850.



A principios de la década de 1870, comenzó a tener enorme demanda del mercado europeo el salitre existente en los grandes yacimientos del sur de Bolivia y el norte de Chile por sus propiedades, como fertilizante y para la fabricación de explosivos y otros usos. En Antofagasta, perteneciente a Bolivia, se instaló la Compañía de Salitre de Antofagasta, de capitales chilenos, y se firmaron dos tratados de límites entre ambas naciones. El Gobierno boliviano asumió el compromiso de no aumentar los tributos que pagaban las industrias chilenas implantadas en su territorio por veinticinco años. Pero en 1879, se decretó un nuevo impuesto de diez centavos por quintal de salitre exportado que fue rechazado por la Compañía de Salitre de Antofagasta. El Gobierno boliviano reaccionó y ordenó el embargo y el remate de la empresa.

Chile intervino en defensa de los inversores chilenos, rompió relaciones con Bolivia y ocupó militarmente Antofagasta. La escalada del conflicto derivó en recíprocas declaraciones de guerra, a la que se sumó Perú en virtud de un





Pedro Lira, *El niño enfermo*, 1902.



Benito Rebolledo, *La brisa del mar*, ca. 1900.



Trabajadores del salitre de Chile.



Altas personalidades financieras de Valparaíso: Agustín Edwards, Agustín Ross, Augusto Villanueva, Guillermo Purcell y Geo. C. Kenrick, 1925.

tratado de 1872 que lo aliaba a Bolivia. Este conflicto bélico que Chile libró contra Perú y Bolivia se denominó guerra del Pacífico o guerra del Salitre y se desarrolló entre 1879 y 1883. Como vencedor de la guerra, Chile extendió su territorio hacia el norte, ocupando la franja costera que había pertenecido a Bolivia (provincias de La Mar y Atacama) y al Perú, (el territorio de Tarapacá y las provincias de Arica y Tacna) y condujo a Chile al auge de los nitratos. Esto produjo cambios en la sociedad chilena, puesto que su clase dirigente comenzó a percibir rentas extraordinarias y, dado que los yacimientos estaban en manos de extranjeros, su composición se diversificó. El sector adquirió costumbres importadas de Europa y se aisló del resto de la sociedad.

Después de la guerra del Pacífico, más allá de las reformas liberales alcanzadas en la década de 1880, fue claro que el control por parte del Estado de la recaudación impositiva y su distribución eran la garantía del poder del gobierno y esta cuestión entraría en conflicto durante la presidencia de José Balmaceda (1886-1891). Ya en 1887 había superado un conflicto con los ganaderos chilenos que reclamaban un impuesto a la carne argentina, lo que significaba menos carne y precios más caros para el pueblo chileno. En 1890, el Parlamento no aprobó el presupuesto para el siguiente período, razón por la cual Balmaceda refrendó el presupuesto por decreto y disolvió el Congreso.

Se inició entonces una cruenta guerra civil que, a simple vista, era un conflicto de poderes entre el Ejecutivo y el Legislativo originado en el autoritarismo presidencial. Pero, por debajo de la superficie, el conflicto tenía implicaciones complejas. La actitud del Poder Legislativo expresaba la alianza de la oligarquía terrateniente y el capital imperialista británico (básicamente salitrero), temerosos ambos de una nacionalización por parte del presidente que priorizara la explotación del salitre para las inversiones chilenas, controlase la exportación y le permitiera aumentar la recaudación a través de la generación de recursos para obras públicas. Balmaceda había alarmado a los intereses conservadores con sus planes de contar con un banco nacional y la injerencia del Estado en la cuestión económica.

Sus enemigos contaban con el apoyo de la armada chilena, pero no del ejército encolumnado con el presidente. La región minera resultó un bastión opositor cuyos propietarios apoyaron gustosos una fuerza que les asegurase deponer al presidente. Concón y La Placilla fueron las batallas más sangrientas de la historia chilena, donde las fuerzas del presidente fueron derrotadas.

Balmaceda se refugió en la embajada argentina, donde se suicidó un día después de finalizado su mandato.

La caída de Balmaceda modificó la estructura constitucional de Chile, pues el presidencialismo fuerte cedió paso al sistema parlamentario, pero no le dio estabilidad a los gabinetes ministeriales que gobernaron Chile entre 1895 y 1925. El control político se mantuvo en manos de la oligarquía, cuyos representantes dominaron el Congreso durante la llamada «República Parlamentaria» apoyada sobre una estructura de seis partidos políticos heterogéneos, pero poco diferenciados ideológicamente, agrupados en dos fuerzas: la Alianza Liberal y la Coalición, vertebradas en torno a dos partidos, el Radical y el Conservador. Otros partidos eran el Partido Liberal Democrático, en el cual se realinearon los balmacedistas entre las dos coaliciones, los partidos obreros que surgieron en esta etapa como el anarcosindicalismo (producto de la inmigración europea) y el Partido Obrero Socialista de Chile fundado por Luis Emilio Recabarren convertido luego en Partido Comunista en 1922.

Durante la primera década del siglo XX, la fuerte devaluación de la moneda nacional en 1907, generó crecientes niveles de inflación que afectaron fuertemente a las clases trabajadoras. Además, no existía una legislación que protegiera los derechos de los trabajadores de los abusos de las salitreras, donde los obreros trabajaban jornadas de dieciséis horas, sin descansos semanales. Por estas condiciones se inició una huelga, diciembre de 1907, en la localidad de San Lorenzo en la costa norte. Cinco días después del inicio, más de dos mil obreros marcharon hacia la ciudad de Iquique, paralizando las actividades mineras y portuarias en la región. Las empresas se negaban a negociar y los obreros no deponían su actitud. El Gobierno dio la orden de reprimir a los trabajadores, que estaban instalados en la escuela Santa María de Iquique. El 21 de diciembre, los militares dispararon contra la multitud generando un crimen masivo conocido como la «masacre de Santa María de Iquique»; hasta el presente no existen cifras oficiales de la cantidad de trabajadores asesinados por las fuerzas de seguridad del Estado.

En los años veinte sobrevino la crisis de la «República Parlamentaria»; se abrió así una etapa de democratización y cierta estabilidad a partir de las elecciones de 1920 en las que se impuso —por estrecho margen— el candidato de la Alianza Liberal (integrada por los partidos Radical, Demócrata y Liberal) Arturo Alessandri Palma, con un programa de gobierno que incluía proyectos de modernización del Estado y de legislación social favorable a los trabajadores y la clase media. El nuevo presidente se enfrentó con la oposición de los conservadores en el Congreso que interfirieron sus políticas, hasta que, en septiembre de 1924, una junta militar intervino el gobierno y obligó al Congreso a votar un paquete de medidas laborales preventivas para evitar el conflicto social (Alessandri se retiró a Italia). Pero al año siguiente en 1925, se realizó un nuevo golpe de Estado en el cual se le solicitó al presidente que reasumiera para completar su mandato. Alessandri volvió a ocupar brevemente el gobierno en 1925.



CANTATA SANTA MARÍA DE IQUIQUE DE LUIS ADVIS, 1969, INTÉRPRETE QUILAPAYÚN

Señoras y Señores venimos a contar aquello que la historia no quiere recordar. Pasó en el Norte Grande, fue Iquique la ciudad. Mil novecientos siete marcó fatalidad. Allí al pampino pobre mataron por matar.

Seremos los hablantes diremos la verdad. Verdad que es muerte amarga de obreros del Salar. Recuerden nuestra historia de duelo sin perdón. Por más que el tiempo pase no hay nunca que olvidar. Ahora les pedimos que pongan atención.

(...)

Si contemplan la pampa y sus rincones verán las sequedades del silencio, el suelo sin milagro y oficinas vacías, como el último desierto.

Y si observan la pampa y la imaginan en tiempos de la industria del salitre verán a la mujer y al fogón mustio, al obrero sin cara, al niño triste.

También verán la choza mortecina, la vela que alumbraba su carencia, algunas calaminas por paredes y por lecho, los sacos y la tierra.

También verán castigos humillantes, un cepo en que fijaban al obrero por días y por días contra el sol; no importa si al final se iba muriendo.

La culpa del obrero, muchas veces,

era el dolor altivo que mostraba.

Rebelión impotente, ¡una insolencia! La ley del patrón rico es ley sagrada.

También verán el pago que les daban. Dinero no veían, solo fichas; una por cada día trabajado, y aquella era cambiada por comida.

¡Cuidado con comprar en otras partes! De ninguna manera se podía, aunque las cosas fuesen más baratas. Lo había prohibido la oficina.

El poder comprador de aquella ficha había ido bajando con el tiempo, pero el mismo jornal seguían pagando. Ni por nada del mundo un aumento.

Si contemplan la pampa y sus rincones verán las sequedades del silencio. Y si observan la pampa cómo fuera sentirán, destrozados, los lamentos.

(...)

Seremos los hablantes diremos la verdad. Verdad que es muerte amarga de obreros del Salar.

Recuerden nuestra historia de duelo junto al mar. Por más que el tiempo pase no hay nunca que olvidar. Ahora les pedimos que pongan atención. Ahora les pedimos que escuchen nuestra voz.

(...)

Se había acumulado mucho daño,

mucha pobreza, muchas injusticias; ya no podían más y las palabras tuvieron que pedir lo que debían.

A fines de mil novecientos siete se gestaba la huelga en San Lorenzo y al mismo tiempo todos escuchaban un grito que volaba en el desierto.

De una a otra oficina, como ráfagas, se oían las protestas del obrero. De una a otra oficina, los Señores, el rostro indiferente o el desprecio.

Qué les puede importar la rebelión de los desposeídos, de los parias. Ya pronto volverán arrepentidos, el hambre los traerá, cabeza gacha.

¿Qué hacer entonces, qué, si nadie escucha? Hermano con hermano preguntaban.

Es justo lo pedido y es tan poco ¿tendremos que perder las esperanzas?

(...)

Así, con el amor y el sufrimiento



se fueron aunando voluntades,
en un solo lugar comprenderían,
había que bajar al puerto grande.

(...)

Del quince al veintiuno,
mes de diciembre,
se hizo el largo viaje
por las pendientes.
Veintiséis mil bajaron
o tal vez más
con silencios gastados
en el Salar.
Iban bajando ansiosos,
iban llegando
los miles de la pampa,
los postergados.
No mendigaban nada,
solo querían
respuesta a lo pedido,
respuesta limpia.

Algunos en Iquique
los comprendieron
y se unieron a ellos,
eran los gremios.
Y solidarizaron
los carpinteros,
los de la maestranza,
los carreteros,
los pintores y sastres,
los jornaleros,
lancheros y albañiles,
los panaderos,
gasfiteros y abastos,
los cargadores.
Gremios de apoyo justo,
de gente pobre.

Los señores de Iquique
tenían miedo;
era mucho pedir
ver tanto obrero.
El pampino no era
hombre cabal,
podía ser ladrón
o asesinar.
Mientras tanto las casas
eran cerradas,
miraban solamente
tras las ventanas.
El comercio cerró
también sus puertas,
había que cuidarse
de tanta bestia.
Mejor que los juntaran
en algún sitio,
si andaban por las calles
era un peligro.

(...)

Ustedes que ya escucharon
la historia que se contó
no sigan allí sentados
pensando que ya pasó.
No basta solo el recuerdo,
el canto no bastará.
No basta solo el lamento,
miremos la realidad.

Quizás mañana o pasado
o bien, en un tiempo más,
la historia que han escuchado
de nuevo sucederá.

Es Chile un país tan largo,
mil cosas pueden pasar
si es que no nos preparamos
resueltos para luchar.
Tenemos razones puras,
tenemos por qué pelear.
Tenemos las manos duras,
tenemos con qué ganar.

Unámonos como hermanos
que nadie nos vencerá.
Si quieren esclavizarnos,
jamás lo podrán lograr.
La tierra será de todos
también será nuestro el mar.
Justicia habrá para todos
y habrá también libertad.
Luchemos por los derechos
que todos deben tener.
Luchemos por lo que es nuestro,
de nadie más ha de ser.



BOLIVIA

La independencia de la república proclamada en 1825, no implicó grandes cambios para los sectores mayoritarios de la población indígena y campesina. En 1829, la Asamblea nacional nombró presidente al mariscal Andrés de Santa Cruz, quien fue la figura central del primer período independiente, por ser el principal forjador de la Confederación Perú-Bolivia (1834-1839), forma institucional que adquirió el Estado boliviano en la primera mitad del siglo XIX. Tras la disolución de dicha Confederación en 1839, Bolivia vivió un período de enfrentamientos armados entre los partidarios y los opositores a la unión con Perú; se consolidó así su independencia como Estado autónomo en noviembre de 1841, cuando José Ballivián derrotó a las tropas peruanas, para quedar bajo la conducción política del Estado hasta 1847.

Los años siguientes constituyeron una etapa crítica para el Estado boliviano por la creciente inestabilidad política, basada en cuartelazos y golpes de Estado que dieron lugar a gobiernos civiles y militares indistintamente, como los de Manuel Belzú (1848-1855), José M. Linares Lizarazu (1857-1861), José M. Acha (1861-1864) y Mariano Melgarejo (1864-1871). Estos gobiernos no se caracterizaron por considerar los derechos de las comunidades indígenas referidos a la tierra, salvo en los casos de José M. Linares Lizarazu y José M. Acha, quienes prohibieron la utilización de indígenas para servicios personales gratuitos, siendo obligatorio el pago o la firma de un contrato. Pese a las disposiciones, la situación de las comunidades se agravó con la llegada de la dictadura de Melgarejo, quien exigió títulos de propiedad, por lo que la mayoría de los comunarios perdieron sus tierras. Los campesinos resistieron los desalojos, pero fueron reprimidos por el ejército que perpetró cientos de asesinatos en 1869 y 1870.

El derrocamiento de Melgarejo en 1871 —acción en la que las comunidades indígenas aportaron unos veinte mil hombres— llevó a la presidencia a Agustín Morales, quien restituyó las propiedades a los indígenas tras anular las adjudicaciones y ventas efectuadas por Melgarejo. Pero la política agraria procampesina de Morales no duró demasiado, ya que el presidente que asumió en 1874, promulgó una Ley de Exvinculación de tierras comunales que desconoció toda forma colectiva de propiedad.

En definitiva, la conformación del Estado en Bolivia se produjo a partir de la disputa por el control de la tierra con las comunidades indígenas; se creó así un modelo económico y político basado en el interés de la clase dominante ligada a la producción minera de la plata, cuyo epicentro político fue la ciudad de Sucre, desde donde esta clase se consolidó como oligarquía en el poder ligada al comercio exterior.

El crecimiento de la industria minera se produjo gracias al hallazgo de yacimientos de plata en la Sierra de Caracoles (desierto de Atacama) y al desarrollo de los yacimientos de salitre en Antofagasta, lo cual atrajo a inversores chilenos e ingleses a los que Bolivia hizo concesiones económicas debido a sus necesidades financieras. Pero en 1878, el Gobierno boliviano introdujo un impuesto de diez centavos al quintal de salitre exportado, medida rechazada por los concesionarios quienes se negaron a pagar, con el apoyo del Gobierno de Chile. En tal situación, el Gobierno boliviano confiscó las empresas concesionarias. Este hecho originó un conflicto con Chile, que derivó luego en la ocupación de



Mariano Melgarejo, presidente de Bolivia.

Antofagasta en febrero de 1879 por parte de las tropas chilenas y provocando la guerra del Pacífico (1879-1880).

Con la derrota, Bolivia perdió la salida al mar pero, además, trajo aparejada una crisis de legitimación de la dominación de su régimen oligárquico. Fueron los conservadores los que accedieron al poder en 1884, hasta que estalló en La Paz la revuelta liberal de 1898.

La guerra Federal (1898-1899) entre los liberales y conservadores dio la victoria a los sectores oligárquicos que controlaban la exportación de estaño. La capital de Bolivia pasó de Sucre a La Paz, articulándose un nuevo núcleo de poder político ejercido de modo oligárquico por un reducido grupo de paniaguados («La Rosca Minera») y por un más pequeño grupo de propietarios mineros absentistas: Simón Patiño, Mauricio Hoschild y Carlos Víctor Aramayo, conocidos como los «Barones del Estaño». Si bien los inversores eran nacionales, el capital se concentraba en tres grandes empresas que depositaban sus ganancias en el exterior y operaban como verdaderos enclaves. Bajo los gobiernos de José Manuel Pando (1899-1904) y su sucesor, Ismael Montes (1904-1909 y 1913-1917), Bolivia entró en una etapa de modernización intensa cuyo factor clave fue el ferrocarril Antofagasta-Uyuni y Arica-La Paz, festejado como un logro civilizatorio; no obstante, otros sectores lo consideraban la culminación de la política expansionista chilena.

El correlato institucional de este proyecto económico implicó la secularización del poder político y la creación de instituciones públicas como el Banco Nación, la institución del voto restringido para una minoría alfabetizada o para quienes tenían un nivel mínimo de renta financiera. De este modo, la participación política fue muy limitada y en este proyecto la mayor parte de la población, especialmente los indígenas, quedaron excluidos. La explotación minera conllevó importantes consecuencias sociales para la población trabajadora de Bolivia, las pésimas condiciones laborales garantizaban una corta expectativa de vida. Para luchar por las reivindicaciones obrero-mineras, surgió el anarquismo desde finales del siglo XIX en La Paz y en Cochabamba; la Federación Obrera Internacional en 1912; el Partido Socialista en 1914; todos ellos en demanda de mejoras en las condiciones de trabajo.

La oligarquía boliviana buscó la construcción de un ser nacional que incluía a las comunidades indígenas, pero con el objetivo de construir una sociedad homogénea basada en la forma de vida y cultura de los blancos criollos. Para ello, se dictó el estatuto para la educación de los indígenas en lengua castellana, a pesar de que la población era quechua o aymara parlante y no utilizaba el castellano, consagrado como lengua nacional en la Constitución.

Hacia fines de la segunda década del siglo XX, el dominio político de los liberales disminuyó debido a las diferencias surgidas en el interior de la coalición gobernante; surgió en 1914 un grupo disidente del partido de gobierno que fundó el Partido Republicano, el cual produjo en 1920 un golpe de Estado que terminó con la estabilidad y la supremacía del Partido Liberal. Los tres gobiernos siguientes no pudieron superar la inestabilidad política y económica, el endeudamiento con los Estados Unidos en 1922, 1927 y 1928, las concesiones petroleras hechas a la Standard Oil, la radicación de la Patiño Mines & Enterprises en Delaware y el Crac de 1929; todos fueron factores que para la economía boliviana tuvieron consecuencias devastadoras.



Frank G. Carpenter, *Chola cook*, Bolivia, fotografía tomada entre 1900 y 1923.



La guerra Federal en 1898, Cacique Pablo Zárate Willka.



En la necesidad de encaminar la deslegitimación de los sectores dominantes, el gobierno del presidente Salamanca creyó encontrar la salida a la crisis interna, al exacerbar al nacionalismo boliviano y al agitar un conflicto de límites con Paraguay que derivó en la guerra del Chaco (1932-1935). Inicialmente, logró el apoyo de la población, pero para mantenerlo debería ganar la guerra en el corto plazo. Salamanca obligó a los paraguayos a entrar en una guerra que no querían, subestimó su capacidad de combate, ignoró la situación geopolítica desfavorable a Bolivia e ignoró los intereses de los consorcios petroleros de la región: la Standard Oil y la Deutchs Royal Shell, no muy dispuestos a apoyar a un gobierno aventurero como el boliviano. Salamanca saltó al vacío y con él arrastró a todo un pueblo a una guerra que dejó una pérdida territorial para Bolivia de 234 000 km² de extensión, cerca de cien mil vidas humanas y un país en ruinas.

PERÚ

Al igual que sus naciones hermanas, Perú ingresó en la vida independiente bajo el molde republicano, en un contexto de luchas internas entre caudillos militares; estas no expresaban otra cosa que las contradicciones de sus clases dominantes por hacerse del poder en la naciente república. Los conflictos con Sucre en Bolivia y con la Gran Colombia contra la influencia Bolivariana (1828-1830), las disputas internas por el control del país, la integración como parte de la confederación con Bolivia (1834-1838) y su separación posterior con la restauración del Estado peruano hasta mediados de siglo, fueron etapas signadas por el enfrentamiento entre el sector más rígido del conservadurismo peruano y los grupos liberales que, al igual que en el resto de la región, disputaron sus diferencias en guerras civiles que insumieron la primera mitad del siglo.

El boom del guano tuvo un ciclo acotado, 1840 a 1870 aproximadamente, pero lo suficiente poderoso como para poner en marcha el proceso modernizador peruano que, si bien acentuó las diferencias entre la costa (donde se concentró el Perú «moderno» y europeizado), y la sierra (dominada por los terratenientes tradicionales y comunidades indígenas), tuvo un ciclo de estabilidad institucional. La «Era del Guano» posibilitó el sostenimiento económico del Estado peruano, conducido políticamente por una oligarquía que impulsó el fomento del sector exportador y su inserción en el mercado mundial.

El ocaso de la «Era del Guano» coincidió con dos guerras que afectaron al Perú: con España (1866-1871) por causa de la deuda externa y contra Chile en la guerra del Pacífico (1879-1883), donde ingresó como aliada de Bolivia y cuyo final fue desastroso debido a las pérdidas territoriales de Tarapacá y las provincias de Arica y Tacna. La recuperación posterior al conflicto bélico en todos los planos se dio de la mano de los grupos conservadores quienes, finalmente, estabilizaron el pacto de dominación oligárquico a través de la dictadura de Andrés Avelino Cáceres —el Taita Cáceres— que dominó el Perú desde 1886 a 1890. Cáceres usufructuó en su provecho la fragmentación del poder regional de los hacendados y caudillos, lo que le permitió cierta estabilidad política, pero le imposibilitó la consolidación del Estado. Los grandes comerciantes y terratenientes lo apoyaron, porque les permitió restablecer la estructura productiva y los poderes económicos internacionales tuvieron amplísimas ventajas en Perú después que Cáceres



Soldado peruano y su esposa, 1868.

firmara el Contrato Grace (contrato Apíllaga-Donoughmore) con los tenedores de bonos de la deuda externa peruana nucleados en la Peruvian Corporation. Dicho contrato les otorgaba la explotación por sesenta y seis años del ferrocarril, la libre importación de insumos para reconstruirlos y equiparlos, la libre circulación por el lago Titicaca, 2 000 000 de hectáreas en la selva del Perené, 3 000 000 de toneladas de guano y 33 pagos anuales de 80 000 libras esterlinas. Se trató de una vergonzosa entrega de recursos naturales, soberanía territorial y económica.

La práctica de prebenda a los poderes de afuera y de adentro tuvo un efecto acotado, puesto que no favorecía las expectativas de una burguesía comercial en recomposición, movilizadas en la búsqueda de mayor participación política y económica, y dependía precariamente de las condiciones económicas del mercado internacional. Cuando a fines de la década de 1880 se depreció la plata en las transacciones internacionales a favor del patrón oro, las consecuencias de este cambio impactaron diferenciadamente sobre los grandes y pequeños productores. Los exportadores cobraban en oro las ventas a Estados Unidos y Europa y liquidaban en plata depreciada los costos internos. Esto generó un estallido del conflicto político y social, en el que la explosión popular se manifestó con la aparición de montoneras, que unificadas por el político conservador Nicolás de Piérola pudieron derrotar al Gobierno en 1895. El triunfo de Piérola expresó la



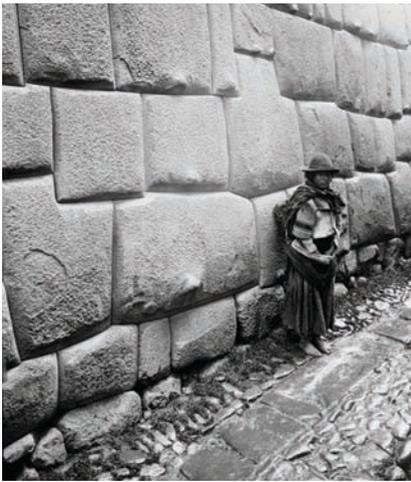
Nicolás Palas, *Retrato del general Andrés Avelino Cáceres*, 1894.



Plaza de Armas de Cuzco, ca. 1907.

Cuzco, ca. 1907.





Cuzco, ca. 1907

1. Augusto Leguía, 1920.
2. Víctor Chambi, *Fiesta familiar serrana en Cusco*, ca.1910.



vigencia política de los hacendados que generó las condiciones para la formación de la «República Oligárquica», llamada también «República Aristocrática», conducida entre 1895 y 1919 por un sector de la oligarquía conocidos como civilistas del conservador Partido Cívico fundado en 1871.

Durante la República Aristocrática, el Estado peruano estuvo ausente como tal, debilitado en contraposición del dispositivo represivo de los hacendados, cristalizado en el régimen gamonalista con el que sometieron a los campesinos. El Senado actuó como garante del pacto de dominación oligárquica, obstruyendo cualquier política del Ejecutivo que interfiriera con los intereses de los señores serranos, como quedó en evidencia durante la presidencia de Guillermo Billinghurst (1912) del Partido Demócrata, cuyo programa de reforma electoral para una mayor democratización política y ampliación de los derechos sociales, chocó con la obstrucción del Senado, que finalmente apeló al golpe de Estado para destituir al mandatario en 1914.

Los efectos de la Primera Guerra Mundial fueron beneficiosos para la exportación de azúcar y la hegemonía de la gran hacienda, al igual que la producción de algodón y el desarrollo de una incipiente industria ligera. Esto se tradujo en un aumento del volumen del empleo que dio nuevos impulsos a las demandas de las clases medias y del proletariado urbano. La agitación estudiantil, el surgimiento del indigenismo y la participación de intelectuales como José Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre expresaron un cuadro revelador de la voluntad de cambio en la sociedad peruana. El expresidente Augusto Leguía organizó una alianza de sectores marginados por el civilismo y como candidato del Partido Democrático Reformista ganó las elecciones de 1919, pero en el recuento oficial le anularon numerosos votos. Ante el peligro de que fueran anuladas las elecciones y que estas se trasladaran al Congreso, donde los civilistas tenían mayoría, Leguía y sus partidarios dieron un golpe de Estado que contaba con el apoyo de la gendarmería. Finalizó así la «República Aristocrática» y se inició una nueva etapa en la historia republicana del Perú denominada: el «Oncenio de Leguía» (1919-1930).

Consumado el golpe de Estado, Leguía asumió el poder como presidente transitorio, pero el apoyo popular con el que contaba lo animó a disolver el





Congreso (donde la mayoría era civilista) y convocar a una Asamblea Nacional Constituyente, lo que dio inicio a una nueva etapa política que llamó la «Patria Nueva», la cual pretendía distanciarse de la república oligárquica.

Impulsó una serie de medidas legislativas que abarcaron la reforma universitaria, la educación pública, el control de precios y la jornada laboral. A pesar de la creación de la Dirección de Asuntos Indígenas e incluso el Día del indio, Leguía no afectó la estructura económica y social que sustentaba el poder de los hacendados y gamonales ni eliminó el régimen de colonato y yanaconaje que sometía a los campesinos indígenas. Tampoco afectó el carácter semicolonial de Perú. Las inversiones norteamericanas en el cobre de Cerro Pasco y Quirivilca y el petróleo de Piura en manos de la Standard Oil marcaron la declinación de la hegemonía británica, pero el surgimiento de una nueva dependencia: la norteamericana. En tanto, la universidad y los intelectuales se interrogaban sobre la realidad peruana, cuyos rasgos oligárquicos habían sido duramente cuestionados por Manuel González Prada. Dos de sus discípulos que, al mismo tiempo, combatían la dictadura de Leguía, hacían efectivas sus propuestas ideológicas y políticas. Víctor Raúl Haya de la Torre fundó en el exilio en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y José Mariátegui, además de fundar en 1928 el Partido Socialista, desarrolló su análisis de los problemas peruanos en su texto *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

La deuda externa llegó a los 150 000 000 de dólares, dando un aparente clima de bonanza que desapareció al estallar el Crac de 1929, con su secuela

Fuerzas leales al Gobierno. Tercero desde la izq. (sentado) Enrique Solano López. Campamento de Villetta, 1904.

devastadora sobre la economía. Sumado a esto, los tratados firmados con Colombia y Chile que cedían territorio aceleraron la generación de un clima propicio para gestar la caída de Leguía. En agosto de 1930, el comandante Sánchez Cerro de la guarnición de Arequipa encabezó un golpe de Estado que se propagó rápidamente por el sur del país y en Lima, cuyo ambiente militar y social era favorable para la destitución. Leguía fue conminado a renunciar finalizando así el «Oncenio».

PARAGUAY

Tras la lenta recuperación de la dramática guerra Guazú o de la Triple Alianza (1864-1870), Paraguay llegó al siglo XX gobernado durante un cuarto de siglo (de 1880 a 1904), por hombres de la Asociación Nacional Republicana más conocida como Partido Colorado. El Partido Liberal encabezó una revolución en 1904 que puso fin a la hegemonía del partido colorado. Los años subsiguientes (1904-1912) estuvieron signados por revueltas, cuartelazos y golpes de Estado seguidos por breves mandatos presidenciales que evidenciaban las disputas internas de los hombres del partido vencedor. Los desacuerdos en el seno del Partido Liberal y la actitud abstencionista de los colorados hicieron conflictivo e inestable este primer decenio.

El contexto social y económico de Paraguay requería de la búsqueda de acuerdos para la reconstrucción del país donde las consecuencias de la guerra Guazú eran todavía claramente visibles: el crecimiento demográfico era muy lento, la concentración urbana muy baja, no tenía flujos inmigratorios de importancia y su sociedad era básicamente agraria con población mayoritariamente indígena. La economía, por ende, era agrícola y tras la guerra se había extendido el latifundio y la libre empresa en manos de capitales privados (ingleses, brasileños y argentinos) y de una pequeña oligarquía nativa en formación. La dependencia económica del extranjero era considerable; la mediterraneidad y el condicionado acceso fluvial limitaban aún más la débil producción artesanal, la escasa oferta laboral urbana, y ahondaban la pobreza de su campesinado. La situación del Paraguay exigía decisiones y planes modernizadores.

En 1912, se inició una primera etapa modernizadora con la elección de Eduardo Schaerer, quien supo aprovechar las ventajas que la Primera Guerra Mundial ofrecía a la economía paraguaya y quien pudo completar un período y un programa de gobierno. El auge exportador del algodón, el tanino y la yerba mate paraguayos permitió promover un incipiente desarrollo industrial, extender las vías férreas, crear Banco Agrícola, Banco de la República y la Oficina de Comercio Exterior. El gobierno siguiente del presidente Manuel Franco continuó la tarea modernizadora del país, pero su inesperada muerte abrió nuevamente una etapa de inestabilidad y golpismo.

En 1923, comenzó una segunda etapa modernizadora con el gobierno de Eligio Ayala, un intelectual analista del subdesarrollo paraguayo; con austeridad administrativa, puso de relieve la recuperación financiera del Paraguay. Garantizó la participación electoral, la representación de las minorías y consiguió que los colorados abandonasen el abstencionismo. Propuso una legislación especial sobre la tierra, otorgando parcelas a los



Eduardo Schaerer, Presidente de Paraguay, fotografía tomada entre 1910 y 1915.



Manuel Franco.



núcleos campesinos marginados —con indemnización a los dueños de los latifundios— para consolidar una franja de pequeños propietarios. Impulsó la colonización del Chaco por medio del estímulo a la inmigración de comunidades menonitas, coincidiendo en el tiempo con el avance boliviano sobre el Chaco, originó el litigio limítrofe; este hecho que derivó luego en la guerra del Chaco (1932-1936). Paraguay no quiso ni alentó a sus ciudadanos a ingresar en esta guerra, producto más de los intereses petroleros extranjeros (Standard Oil of New Jersey y la Royal Dutch Shell) y de la desesperación de la clase dirigente de Bolivia, que de un problema real entre ambos pueblos. No obstante, el conflicto le deparó al Paraguay una enorme pérdida de vidas humanas (cincuenta mil) y el reconocimiento en su favor del territorio en disputa, como así también 234 000 km² de territorio en el Chaco boreal.

Comité paraguayo en la Segunda Conferencia Panamericana en Washington, 1920.



El general Roca en 1879.



Integrantes del Ejército argentino en 1880.

ARGENTINA

En las últimas décadas del siglo XIX (1880 y 1900), la élite intelectual y política de la clase dominante argentina conformó un grupo de pensadores, políticos, periodistas y escritores conocidos como la «Generación del 80», identificados con el pensamiento positivista y con el liberalismo político y económico. Se auto-percibían como destinados a presidir y modernizar el país a través condiciones políticas y económicas que garantizaran el progreso ilimitado, clausurando la etapa de las guerras civiles y desterrando la barbarie —representada por el caudillismo, el gauchaje, los indígenas—, para dar cabida a una inmigración europea generadora de civilización. La idea de progreso en el campo social y la fe en los avances del capitalismo industrial se tradujo en una visión optimista —positiva— y racial de la futura sociedad que, para ser construida, requería eliminar los resabios de tradición indígena e hispana que la obstaculizaban. De allí, su idealización de una Argentina más europea (anglo-francesa) que americana. Con estos principios, los hombres de la «Generación del Ochenta» le dieron contenido ideológico al modelo de país agroexportador, estrechamente vinculado con el mercado inglés que acompañó el advenimiento del joven general Julio Argentino Roca, quien llegó a la presidencia rodeado del halo de gloria que le otorgaba su campaña conquistadora de los territorios de la pampa y Patagonia.

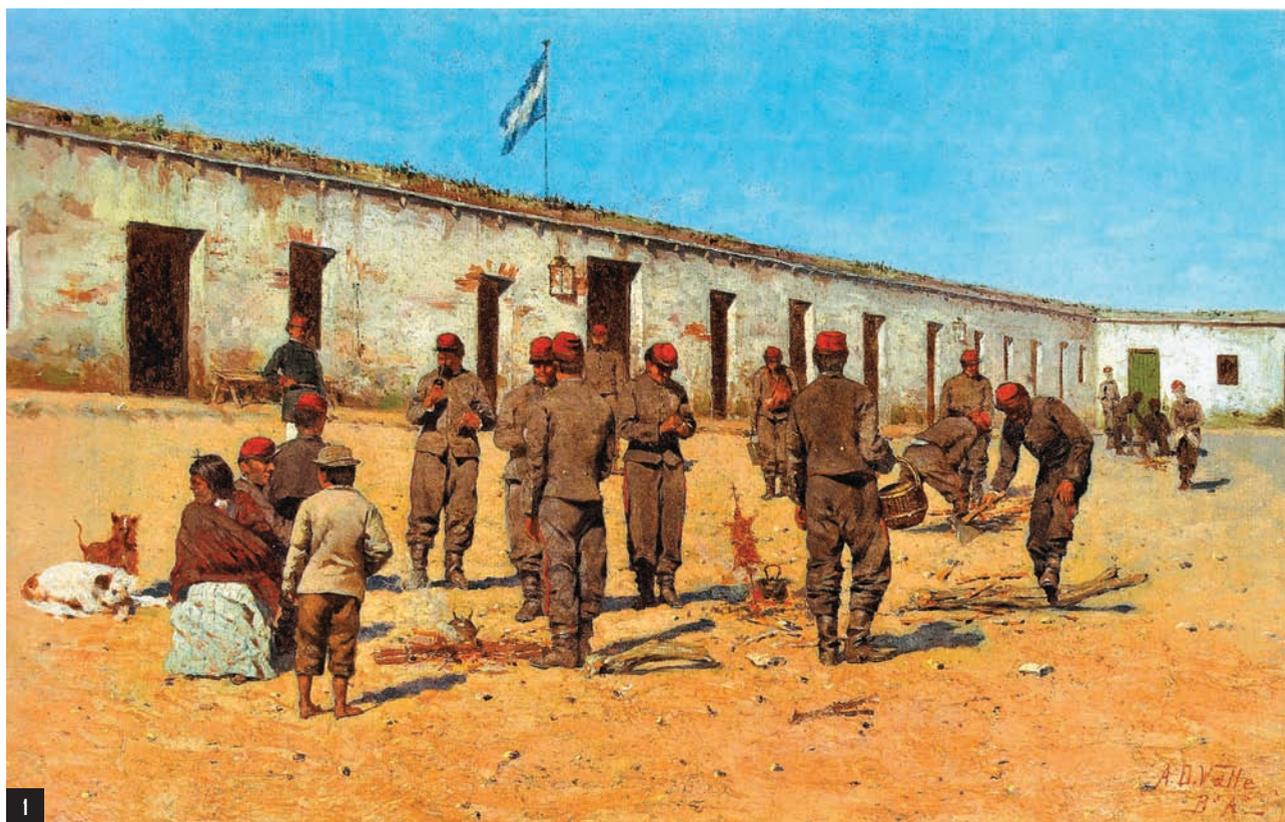
La denominada «Conquista del Desierto» consistió en la invasión militar con carácter genocida (y posterior ocupación) de los territorios pertenecientes a las naciones ranquel, tehuelche, pehuenche y mapuche, bajo el supuesto de pacificarlas para ser incorporadas al territorio del Estado nacional. Se argumentaba que la presencia indígena (y sus incursiones sobre las estancias criollas) constituían un obstáculo para el progreso y la civilización y, al mismo tiempo, una avanzada chilena sobre territorios de cuya soberanía argentina no se dudaba, pero que era preciso asegurar con una ocupación efectiva. Estas campañas militares eran alentadas y sostenidas económicamente por los terratenientes ganaderos de la pampa húmeda, deseosos de ampliar la superficie de sus estancias para aumentar la producción ganadera exportadora con la cual incorporarse al mercado internacional. Este proceso de ocupación y avanzada sobre los territorios indígenas (Puelmapu) iniciado en 1820, fue desarrollándose lenta pero progresivamente durante los distintos gobiernos con idéntica metodología. En 1872, la Confederación de Salinas Grandes conducida por Calfucurá (Piedra Azul) fue derrotada en la batalla de San Carlos de Bolívar. Desde ese momento, la acción militar del Estado argentino se desarrolló vertiginosamente y, para 1879 —cuando Roca inició su incursión militar—, los principales jefes indígenas y sus poblaciones habían sido asesinados o apresados.

Poco tiempo después de la violenta conquista de estas tierras en beneficio de la oligarquía, en Buenos Aires se desarrolló el último capítulo de la guerra civil. En 1880, casi finalizando su mandato, el presidente Nicolás Avellaneda dictaminó la federalización de la ciudad de Buenos Aires. La oligarquía porteña respondió al anuncio con un levantamiento militar liderado por Tejedor (candidato a presidente por el mitrismo) que fue aplastado por el Ejército Nacional comandado por Roca. En junio de ese año los enfrentamientos dejaron un saldo de tres mil muertos. Los diarios porteños fustigaban a Roca, bautizándolo como «el nuevo Rosas», «el



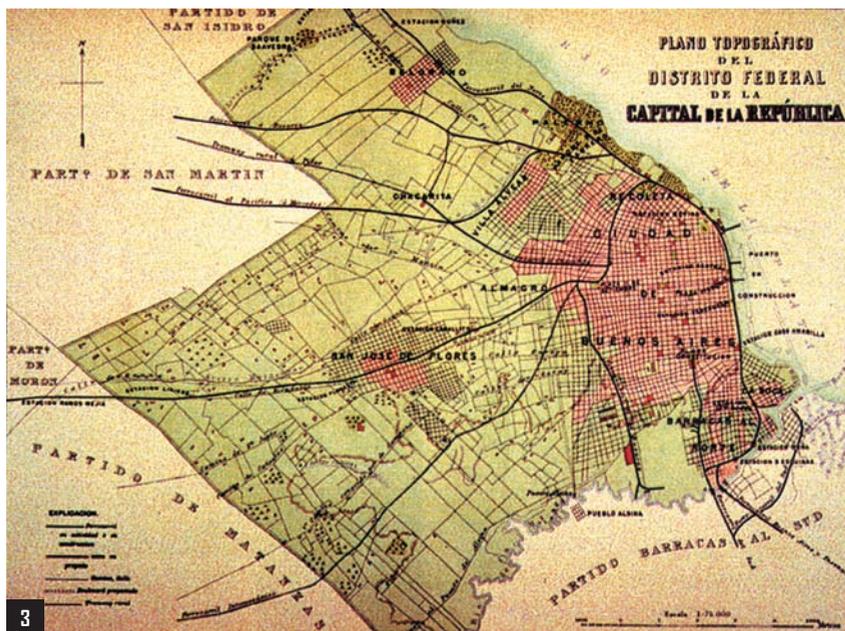


1. Dibujo de Mayol que muestra dos representantes de la oligarquía paseando por la calle Florida [s.f.].
2. Estanciero de la familia Anchorena [s.f.].
3. Anónimo, *Mar del Plata vista de la playa*, provincia de Buenos Aires, ca. 1885.



nuevo Urquiza», «mazorquero», «mulatito de provincia». Pese a esto, en 1880 se impuso sobre la fórmula porteñista Tejedor-Laspiur, asegurando la federalización y la distribución de las rentas de la aduana. Sin embargo, la confrontación del roquismo con la oligarquía fue efímera ya que, una vez en el poder, se produjo la claudicación de este movimiento en pos de la defensa de los intereses de la oligarquía y se inauguró así el régimen vigente hasta 1916.

Julio Argentino Roca, presidente en dos oportunidades (de 1880 a 1886 y de 1898 a 1904), impulsó un proceso de modernización liberal del Estado bajo el lema «Paz y Administración», basado en el modelo agroexportador que incorporó a la Argentina a la división internacional del trabajo —bajo la égida de Inglaterra— como exportadora de materias primas (carnes, cereales, lana), consumidora de manufacturas europeas y receptora de capitales británicos que invirtieron en transportes, obras públicas, bancos y servicios. Si bien se desarrolló una incipiente producción de textiles, bebidas y alimentos para el mercado rural y urbano, la preeminencia de productos importados de manufactura inglesa fue sobresaliente y condenó al estancamiento a las economías regionales del interior del país.

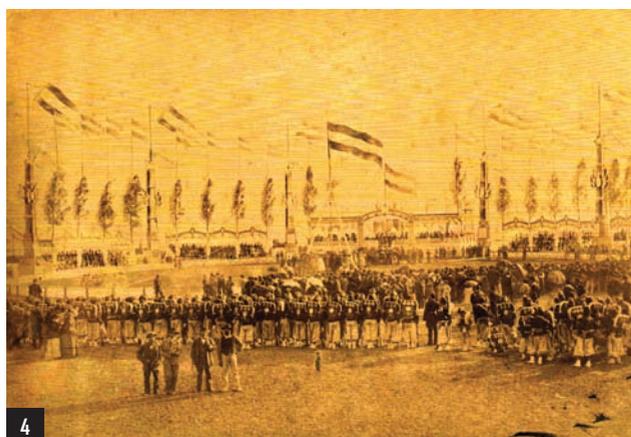


Pág. izquierda:

1. Ángel Della Valle, Sin título, 1890.
2. Ángel Della Valle, *Soldados de caballería*, 1892.

Pág. derecha:

3. La federalización de Buenos Aires el mapa de la Capital Federal publicado por Ángel Estrada y Compañía.
4. Estudio Bradley, *Vistas de la plaza y palcos al tiempo de colocar la piedra fundamental de La Plata*, 19 de noviembre de 1882.
5. Sociedad de Fotógrafos Aficionados de Argentina, calle Florida entre Corrientes y Sarmiento, ciudad de Buenos Aires, 1889.





Julio A. Roca en la tapa de *Caras y Caretas*, 1898.

La modernización del Estado consistió en la sanción una serie de leyes que tornaron laica la vida social que, hasta entonces, estaba en manos de la Iglesia: se creó el Registro Civil que llevó el control estatal de los nacimientos, casamientos y defunciones; los hospitales y los cementerios pasaron a ser estatales y, por la Ley 1420, la educación primaria comenzó a ser común para todos los niños entre seis y doce años, laica, gratuita y obligatoria.

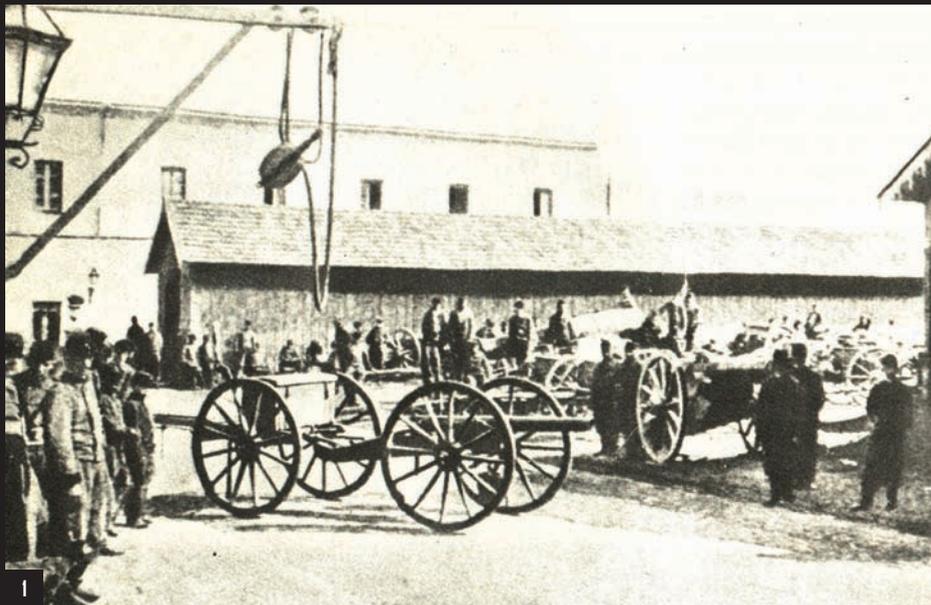
En otro sentido, la modernización del Estado se tradujo en el fortalecimiento de su organización: se unificó la moneda, fueron prohibidas las milicias provinciales y afirmado el poder político del Partido Autonomista Nacional (PAN) en torno a una liga de gobernadores que garantizó hasta 1916 la vigencia del pacto intraoligárquico, denominado «Régimen Conservador». Esta denominación obedecía a que, si bien sus líderes adhirieron al liberalismo económico, fueron muy conservadores en lo político, imponiendo un régimen de exclusión de las mayorías populares, reservándose para sí el control del poder. La inexistencia de padrones oficiales y la práctica de mecanismos electorales clientelares con voto cantado, complementado por la intimidación y la violencia física, garantizaron que el fraude electoral fuese reiteradamente habitual.

En 1886, sucedió al general Roca en la presidencia el Dr. Juárez Celman, con un proyecto personalista de ser el «Jefe Único» del partido (Unicato) cuestión que lo enfrentó a su antecesor y generó una crisis hacia adentro del régimen Conservador, si bien el PAN no tuvo competencia partidaria en esta etapa. Durante el Unicato, la implementación de políticas aduaneras y monetarias corruptas condujo al país a una vorágine de especulación con cédulas hipotecarias del Estado que estalló en junio de 1890, cuando el Gobierno cayó en cesación de pagos de la deuda externa, lo que generó una crisis interna que afectó incluso a los acreedores, ya que casi provocó la quiebra de la banca Baring Brothers. En julio de ese mismo año y como correlato de esta crisis económica, estalló la llamada Revolución del Parque, una insurrección cívico militar organizada por la Unión Cívica, una flamante fuerza política opositora a Celman encabezada por la Unión Cívica de la Juventud, el mitrismo y algunos sectores del Ejército y la Marina. La Revolución no fue espontánea, puesto que estaba presidida por varios mítines políticos opositores a Celman celebrados desde septiembre del año anterior, clamaban contra la ilegalidad del gobierno conservador por la falta de libertades públicas, el fraude electoral y la corrupción administrativa.

Si bien la Revolución fue derrotada, el presidente Celman renunció, y asumió el cargo su vicepresidente Carlos Pellegrini con el general Roca como ministro del Interior, quien actuó intensamente durante la crisis para frustrar la Revolución y derribar al Gobierno lo que, en los hechos, significó la consolidación del régimen. En 1892, asumió Luis Sáenz Peña como producto de un acuerdo entre Julio A. Roca y Bartolomé Mitre que fracturó a la Unión Cívica en dos: la efímera Unión Cívica Nacional conciliadora —y conservadora— con el régimen oligárquico, liderada por Mitre, y la Unión Cívica Radical combativa y opositora al régimen, que lideraba Leandro N. Alem, quien asumió una estrategia insurreccional desplegada a lo largo de dos alzamientos armados posteriores (1893 y 1905). Si bien fracasaron, erosionaron el régimen —oligárquico— conservador. El abandono de la vía insurreccional, la renuncia de Sáenz Peña y el suicidio de Leandro N. Alem acompañaron el retorno de Roca a la presidencia (1898-1904), lo que consolidó el régimen oligárquico hasta 1912.



EL ORIGEN DE LA UNIÓN CÍVICA



1



2



3

1. Fotografía del cuartel del parque durante la Revolución de 1890.
2. Revolucionario de 1890.
3. Tropas revolucionarias en Santa Fe durante la insurrección de 1893.

Dibujo de Giménez, *Encuentro popular en las afueras de Buenos Aires en el 1900* [s.f.].



Caricatura de Stein publicada en la revista *El Mosquito* sobre las negociaciones de Bartolomé Mitre luego de la Revolución de 1890 [s.f.].

La inmigración impulsada por el régimen conservador atrajo importantes flujos de población que impactaron fuertemente no solo en el crecimiento demográfico, sino también en la transformación cultural y social del país. Por esos años, ingresaban entre 150 000 y 200 000 inmigrantes por año con quienes llegaron, además, las concepciones ideológicas y políticas contrarias al capitalismo burgués y defensoras de los derechos de los trabajadores asalariados, el anarquismo y el socialismo. Desde 1885, con la llegada de Errico Malatesta, se acentuó la influencia del anarquismo (hasta fines de la década de 1920) en las primeras organizaciones sindicales surgidas en la década de 1880 (tipógrafos, dependientes de comercio, maquinistas y fogoneros ferroviarios, panaderos, portuarios) y en 1895 se fundó el Partido Socialista. En los años subsiguientes, socialistas y anarquistas fundaron la Federación Obrera Argentina (FOA) en 1901, cuya unidad no perduró, por lo que los socialistas crearon la Unión General de Trabajadores (UGT) en 1903; en tanto que los anarquistas fundaron la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) en 1904, año en que se elige el primer diputado socialista del continente: Alfredo Palacios.

A partir de 1906, empezó un proceso huelguístico que abarcó especialmente a Córdoba, Santa Fe y Tucumán, hecho significativo para la acción obrera, por cuanto la Capital Federal dejaba de ser el único foco de agitación sindical. Los anarquistas dirigieron las más de setecientas setenta y cinco huelgas generales de 1907 a 1910; al mismo tiempo, estalló en 1907 un poderoso movimiento de inquilinos de conventillos contra los aumentos de los alquileres. El Gobierno como única respuesta a los conflictos sociales utilizó la represión armada, tanto para las huelgas de los conventillos cuanto de los sindicatos. En 1909, fue reprimido a balazos por el coronel Ramón Falcón un acto de la FORA en el que murieron doce obreros; la FORA y la UGT llamaron a la huelga general y durante una semana se paralizó Buenos Aires. Ese mismo año, la UGT socialista se disolvió y se formó la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA), cuyos sindicatos se fusionaron con la FORA en 1914.

Para la élite, la cuestión social y la emergencia del movimiento huelguístico organizado ponían a la nación en riesgo; de hecho, el presidente Roca consideraba a los huelguistas como extranjeros, cuyos valores atentaban contra la argentinidad. A partir de esta evaluación, se promulgó la Ley de Residencia o Ley Cané (1902), que establecía que cualquier inmigrante involucrado en alguna acción que perturbara el orden público sería inmediatamente deportado. Los obreros del puerto realizaron una huelga con el objetivo de que se derogara la Ley de Residencia, pero el oligárquico respondió dictando estado de sitio y la represión policial.

No obstante, la realidad argentina no era lineal y el partido gobernante tenía en sus filas funcionarios de diversas trayectorias cuyas respuestas a la resolución del conflicto no eran solamente de carácter represivo, por ejemplo: Juan Bialet Massé, quien elaboró un informe —a pedido del presidente Roca— sobre las condiciones de vida de la clase trabajadora en todo el país, denunciando el hacinamiento de la vida en el conventillo y la extrema pobreza en la que se encontraba el trabajador del campo en el interior; recomendaba al Estado generar condiciones de cambio que mejorasen la situación de estos sectores, muy necesarios para la vida del país.

De esta manera, la Argentina ingresó en el siglo XX como un país de fuertes contrastes: extraordinariamente rico en alimentos y generador de una enorme concentración de divisas, pero seriamente desigual donde la miseria golpeaba a



Hipólito Yrigoyen, 1912.



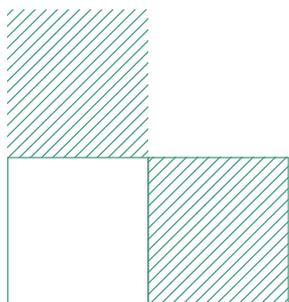
los sectores populares, tanto urbanos cuanto rurales. Hacia 1910, el presidente Roque Sáenz Peña (1910-1914 preocupado por la situación, la acción revolucionaria de la Unión Cívica Radical (UCR) y la presencia del anarquismo o el socialismo entre los obreros, trabajó en la ampliación de las bases de inclusión política y social de las clases subalternas mediante una reforma electoral. La llamada Ley Sáenz Peña (1912) consagró un sistema electoral basado en el sufragio universal, secreto y obligatorio, con el enrolamiento militar como padrón electoral; permitió que las elecciones tuvieran la transparencia que hasta entonces no tenían; al mismo tiempo, produjo el fin del régimen oligárquico con la victoria de Hipólito Yrigoyen (UCR) en las elecciones de 1916.

URUGUAY

El escenario político uruguayo se vio atravesado desde mediados del siglo XIX por las disputas entre el Partido Blanco y el Partido Colorado. A principios del siglo XX, José Batlle y Ordoñez, miembro del Partido Colorado, fue electo Presidente (1903-1907) y debió enfrentar el levantamiento armado del caudillo del Partido Blanco Aparicio Saravia, dando así inicio a la Revolución de 1904, la última gran guerra civil que vivió el Uruguay. Con la victoria militar de Batlle y Ordoñez, finalizó el ciclo de enfrentamientos civiles que caracterizaron el Uruguay del siglo XIX y determinaron el surgimiento de un nuevo orden que rompió con el caudillismo rural imperante desde la independencia.

Con la paz, comenzó la unificación del poder y la modernización del Estado que se profundizó sensiblemente durante el segundo mandato de José Batlle y Ordoñez (1911-1915). La base teórica del batllismo revelaba su fundamento filosófico en el pensamiento krausiano y cimentaba su autoridad en la conciliación de las aspiraciones burguesas modernizadoras con los reclamos de los sectores populares. De esta forma, se conformó una alianza entre grupos e intereses urbanos, donde convivía una incipiente burguesía industrial junto con sectores medios y extractos populares, muchos de ellos de origen inmigratorio. Los extranjeros constituyeron para 1908 aproximadamente el 17 % de la población total y la mitad de ellos se ubicó en la capital. La desocupación en el interior y la ausencia de legislación que protegiera el trabajo rural, propiciaron el proceso de concentración urbana. Montevideo creció considerablemente y la demanda de mano de obra se nucleó más que nada en la industria frigorífica, las fábricas textiles y de muebles, los talleres mecánicos y las faenas de distribución. El impacto de la inmigración y la expansión del empleo industrial se asociaron con el surgimiento de una clase media y de un dinamismo ideológico que se impregnó en el proletariado urbano.

En esta época, se llevaron a cabo un conjunto de reformas políticas, económicas y sociales. El Estado aumentó su intervención en el sistema financiero y también en el ferroviario; se buscaba que la ganancia extraída por las empresas extranjeras quedara en el país. En este sentido, entre 1911 y 1913, se estatizó el Banco de la República Oriental del Uruguay, el Banco Hipotecario y el Banco de Seguros, y se creó en 1915 la Administración de Ferrocarriles del Estado. El Estado estuvo determinado por la modernización y la dependencia, se consolidó como un agente propulsor del desarrollo económico, pero la economía siguió dependiendo de las exportaciones de



los sectores productivos básicos, principalmente de la ganadería. Uno de los cambios económicos más importantes fue la irrupción de la industria frigorífica, la cual estableció el desplazamiento del tasajo por la carne vacuna congelada como principal producto de exportación. Durante la primera posguerra, la industria frigorífica estuvo dominada por el capital extranjero, mayormente el norteamericano, y se desarrollaron compañías monopólicas en detrimento de pequeños y medianos productores, situación que incentivó la participación estatal en el sector con la creación del Frigorífico Nacional.

El Gobierno de Batlle y Ordoñez se caracterizó, además, por la extensión de derechos políticos con la implementación del sufragio universal y de derechos sociales y laborales. En este último plano, reconoció el derecho a huelga y a la organización sindical (1905); protegió los derechos del niño mediante la prohibición del trabajo de menores de trece años y la restricción de la jornada a los menores de diecinueve; en defensa de los derechos de la mujer, dispuso de cuarenta días de descanso en el período de embarazo. Además, la tan solicitada jornada de ocho horas de trabajo se aprobó y se estableció un descanso obligatorio cada siete días. Se instituyó además, una ley de pago de indemnizaciones por accidentes de trabajo e indemnización por despido, una pensión a las personas mayores de sesenta y cinco años y de cualquier edad en caso de invalidez.

Como reacción a estas modificaciones, especialmente a las de carácter social y laboral, comenzó a consolidarse un frente opositor que unía al Partido Blanco con el riverismo, (una facción conservadora que se había escindido de los colorados en 1913). En ambos grupos, confluían los intereses de los grandes terratenientes, comerciantes, inversionistas extranjeros y banqueros.

En 1916 triunfó electoralmente otro miembro del Partido Colorado, Feliciano Viera, y se produjo un giro conservador que evidenció las diferentes posturas al interior del partido. Si bien en este período se extendieron derechos políticos como la universalización del voto, se puso un decisivo freno al reformismo social y económico que había encabezado Batlle.



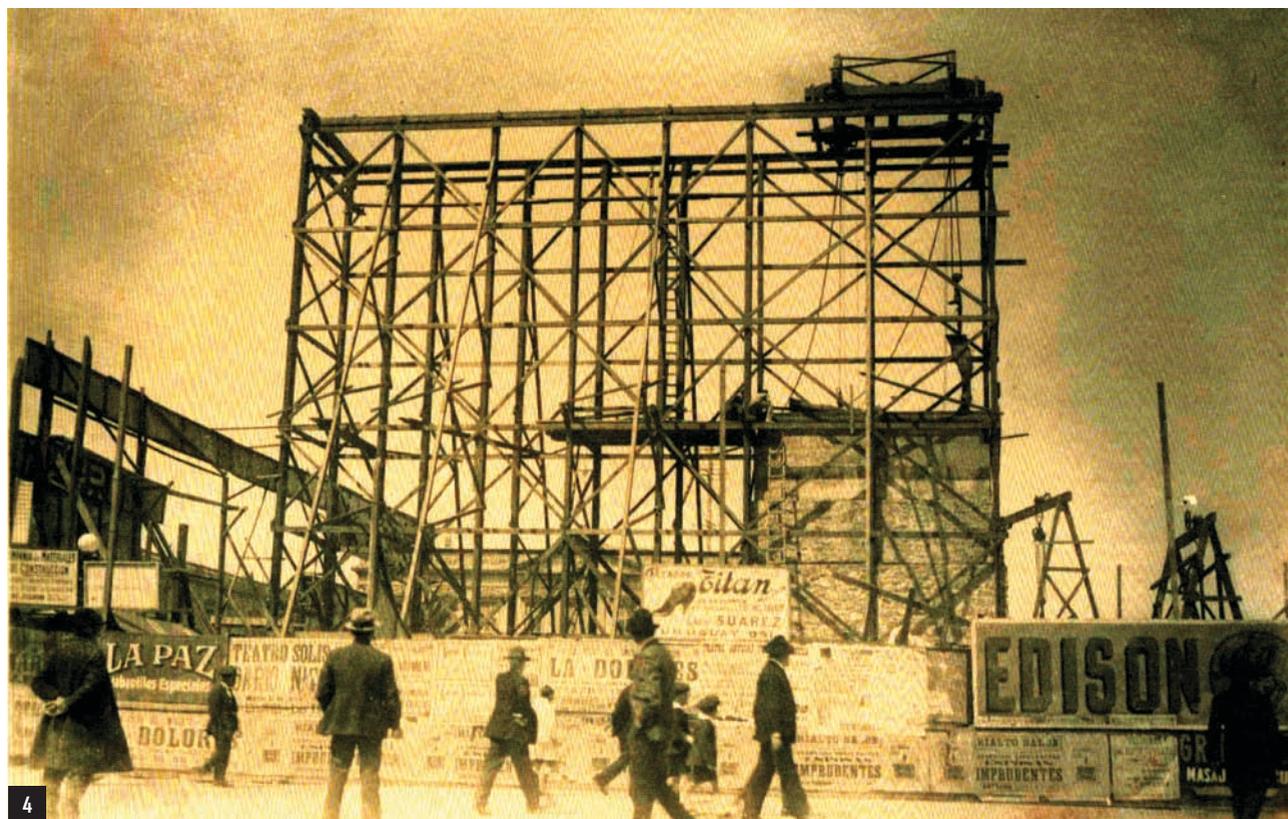
1. Desfile militar de Aparicio Saravia, 30 de marzo de 1903.

2. Aparicio Saravia.





1. Milo Berretta, *Muelle viejo*, 1906.
2. Diógenes Hequet, *Mar y rocas*, 1897.
3. Montevideo en 1914.

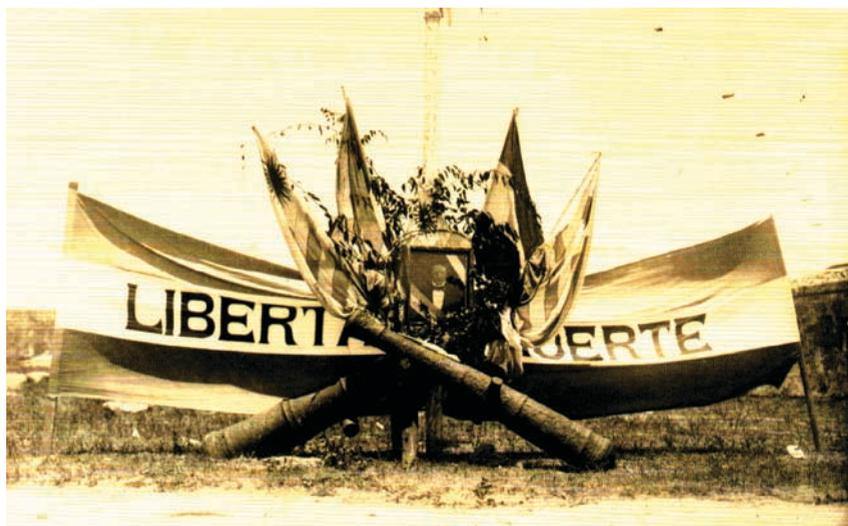


4. Anónimo, Alegoría en la plaza de armas de la fortaleza de Santa Teresa recordando el centenario de la toma por el coronel Leonardo Olivera, 31 de diciembre de 1925.

BRASIL

En 1889, cayó en Brasil el Gobierno imperial de Dom Pedro II y se instauró el sistema republicano de gobierno. Se eligió una Asamblea Constituyente que elaboró el marco legal de la República. Hasta 1930, Brasil estuvo dominado por sectores oligárquicos ligados a las exportaciones de materias primas.

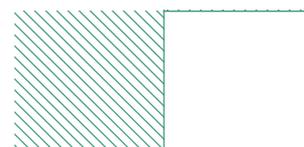
La nueva Constitución sancionada en 1891, estableció algunas medidas liberales como la separación de la Iglesia del Estado pero, desde el punto de vista político, «La República Vieja», como se llamó al régimen político que se extendió hasta 1930, mantuvo el clientelismo y el fraude electoral. Se mantuvo el poder del sector oligárquico, en tanto que las masas populares se mantuvieron alejadas de la toma de decisiones.



Angelo Zanelli, *Monumento a Artigas* en plena construcción, Montevideo, 1918.

Dos años después de derribar al poder imperial en 1891, Deodoro Da Fonseca renunció a la presidencia que había asumido provisionalmente y el cargo fue asumido por el vicepresidente Floriano Peixoto, quien continuó hasta 1894 y fue conocido como «Mariscal de Hierro» o «Esfinge». Peixoto buscó el desarrollo nacional a través de una industrialización incipiente, constituyendo de esta manera una excepción en la dominación oligárquica que existía en Brasil desde la época colonial y que se extendió hasta 1930.

El pacto implícito del *Café com leite*, entre las clases dirigentes de los estados de São Paulo y Minas Gerais significó la aplicación constante de la práctica electoral fraudulenta en un sistema en el que el voto no era secreto. Así, el estado de São Paulo y el estado de Minas Gerais contaron con pequeños ejércitos que respondían directamente a las órdenes del gobernador antes que al presidente de la república. A partir del gobierno de Peixoto, y con la nueva Constitución, el poder en Brasil se sostuvo en tres ejes: el poder federal, los gobernadores en el ámbito nacional y un coronelismo en el ámbito local. Los coroneles eran militares provenientes de la Guardia Nacional, que actuaban en los municipios, la unidad administrativa y política más pequeña, conseguían votos para las elecciones y controlaban a la población rural. Ante la descentralización que había pautado





la Constitución de 1891, el poder de los coroneles fue importante, y entre 1889 y 1930 no existió en Brasil un partido político propiamente nacional. Si bien en diferentes estados existía el Partido Republicano, actuaban como diferentes pequeños partidos, sin articulación.

En las elecciones presidenciales de 1910, se produjo la primera crisis política de importancia. En 1908, repentinamente, murió el candidato al que le correspondía la presidencia en virtud del pacto: Joao Pinheiro, de Minas Gerais. Al año siguiente, murió el entonces presidente, Alfonso Pena. El candidato «oficial» fue entonces el hijo del primer presidente de la república, Hermes da Fonseca, quien se impuso en la elección; no obstante, comenzó a surgir un movimiento opositor liderado por el constitucionalista del estado de Bahía, Rui Barbosa, que inició el desgaste de la estructura institucional de la «Vieja República».

Durante este período, Brasil profundizó su inserción en el mercado mundial en condiciones de dependencia, de la mano del cultivo del café. Las exportaciones de este producto crecieron exponencialmente desde la retracción del azúcar y llegaron a constituir el 71 % del total de las exportaciones del país hacia 1930. Para trabajar en las plantaciones cafetaleras, principalmente en São Paulo luego del fin de la esclavitud, el gobierno de ese estado promovió la inmigración europea mediante la financiación del viaje de quienes quisieran ir a trabajar en las plantaciones, principalmente italianos. Fue así como

Christiano Junior, *Cartes de visite*, ca. 1860.





entre 1890 y 1920 el estado de São Paulo más que triplicó su población. Sin embargo, el café tenía el problema de la inestabilidad del precio internacional. La burguesía paulista presionó para que el Estado federal interviniera en el sistema económico, pero no con el objetivo de modificar el perfil productivo, sino para mantener los privilegios de la clase gobernante por medio de una estrategia de control de *stock*. El Estado brasileño comenzó a comprar los excedentes producidos, recurriendo a préstamos externos. Así, cuando la oferta disminuía, el Estado vendía el *stock* almacenado y con los ingresos cancelaba los empréstitos. Esta medida que se llamó valorización del café, era vista con recelo por parte de los otros estados, quienes rechazaban la carga fiscal que implicaba.

Anónimo, *Alegoria à proclamação da República e à partida da família imperial*, fines del siglo XIX.



Gustavo Dall'Ara, *Rua 1.º de Março*, ca. 1900.



1. Carlos Chambelland, *Fim del Jogo*, 1907.
2. Rodolpho Chembelland, *Baile à fantasia*, 1913.

GUERRA DEL ACRE: EL ENFRENTAMIENTO ENTRE BRASIL Y BOLIVIA



UBICACIÓN TEMPORAL

1899 -1903

CAUSA

Disputa por la región del actual Estado brasileño de Acre, rico en caucho y yacimientos de oro.

DESARROLLO DEL CONFLICTO

En 1899, se fundó Puerto Alonso en la región de Acre y se instaló un puesto aduanero boliviano con el fin de recaudar impuestos a las exportaciones de goma. El gobernador del estado del Amazonas consideró esta situación como una ocupación ilegal. Se inicia un primer enfrentamiento destituyendo violentamente a las autoridades bolivianas. Luego

de varios combates, los revolucionarios acreanos probrasileños se retiran de la contienda y reconocen la autoridad boliviana.

Para asegurar la soberanía en la región del Acre, en 1901 el gobierno boliviano concedió los derechos de administración del caucho a la Corporación Boliviana de Nueva York, una empresa anglo-americana. Esta situación derivó en 1902, en una segunda revolución al mando de brasileños. Se declaró a la región como el estado independiente del Acre, instando su anexión a Brasil. Bolivia no contó con las fuerzas militares necesarias para hacer frente a este conflicto.

RESOLUCIÓN

El conflicto culminó en 1903 a partir de la firma del Tratado de Petrópolis, en el cual Bolivia cedía gran parte de la superficie del actual estado brasileño de Acre, mientras que Brasil se comprometía a ceder a Bolivia parte de unos pequeños territorios cercanos a Acre y a la cuenca del Río Paraguay, permitirla la navegación de los ríos con salida al Atlántico y la construcción de aduanas en zonas fronterizas. Además, Brasil debería otorgar una compensación pecuniaria al Gobierno peruano involucrado tangencialmente en el conflicto.

EL ESTADO OLIGÁRQUICO EN MÉXICO

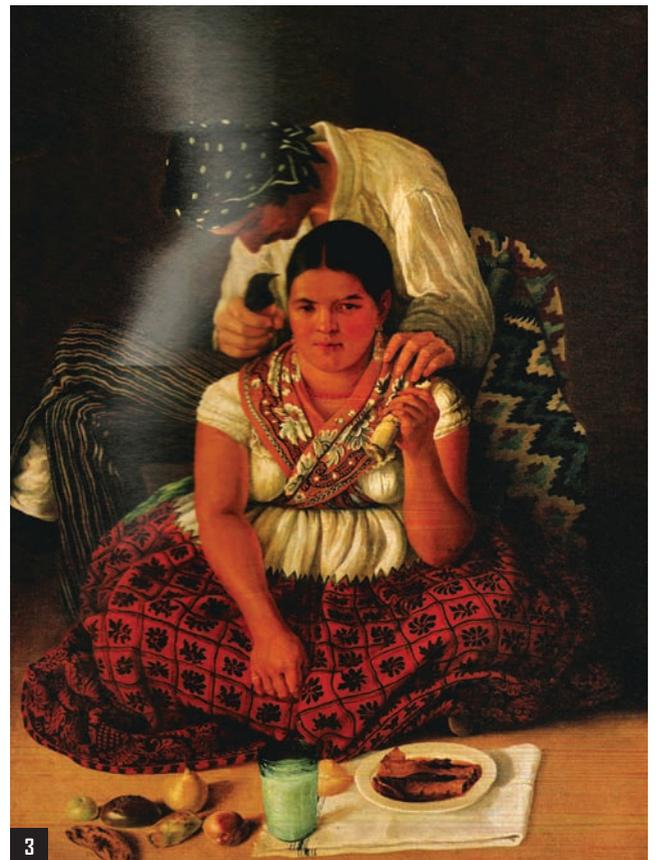
Con el derrocamiento del general Santa Anna en 1855, se inició el período de gobierno liberal encabezado por Benito Juárez, quien llevó adelante las llamadas «Reformas Liberales», con el objeto de modernizar a México. El gobierno de Juárez debió hacer frente, entonces, a la reacción de los conservadores que iniciaron una guerra civil que culminó con la instalación del Imperio de Maximiliano de Austria (1863-1867). El sentimiento nacionalista generó un movimiento de oposición —capitalizado por los liberales— que culminó con el derrocamiento de emperador en 1867, abriéndose así un nuevo período presidencial de Benito Juárez, en el cual los liberales se consolidaron en el poder. Con la muerte del Presidente en 1872, se abrió un espacio de disputa interna que se resolvió en 1876, con la victoria electoral de Porfirio Díaz, un caudillo liberal de Oaxaca antiguo; se caracterizó por una estrategia que combinó las concesiones económicas y políticas, con la represión feroz a opositores y campesinos, siempre bajo su

G. Rodríguez, Casa del emperador Iturbide, hoy hotel de las Diligencias Nacionales, fotografía tomada entre 1851 y 1875.

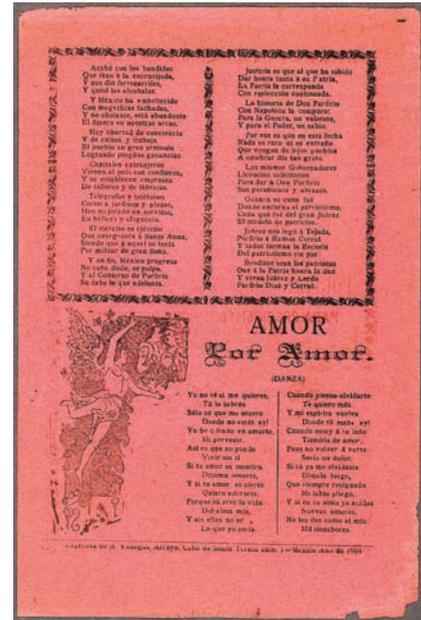
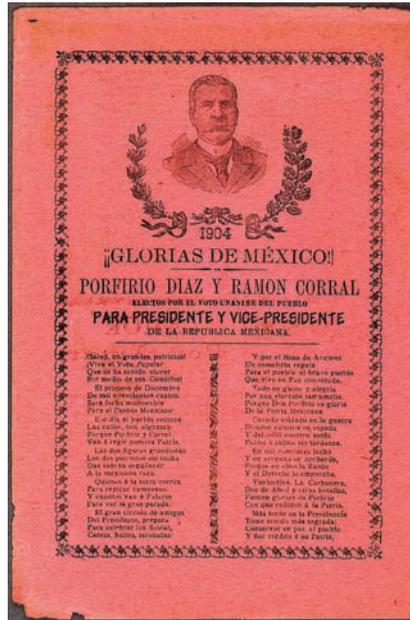


Pág. derecha:

1. Manuel Serrano, *Indios de la sierra de Oaxaca*, siglo XIX.
2. Edouar Pingret, *India frutera*, ca. 1856.
3. José Agustín Arrieta, *El chinaco y la china*, siglo XIX.



Afiche de 1904, *Glorias de México a Porfirio Díaz y Ramón Corral electos, por el voto unánime del pueblo para presidente y vicepresidente de la República Mexicana.*



José María Velasco, *El Citlaltépetl*, 1879.

control personal y directo, arbitrario y personalista. Por ello, el larguísimo período en que condujo los destinos de los mexicanos se denominó «Porfiriato» (1876-1910).

Desde el poder, implementó una política de negociación y cooptación de rivales; recompuso las relaciones con la Iglesia, restituyendo las tierras que las «Reformas Liberales» (y en especial, la Ley Lerdo de 1856) —emanadas del gobierno de Benito Juárez— les había quitado; consiguió el apoyo de hacendados y terratenientes con beneficios económicos y concesiones de tierras; otorgó condiciones muy ventajosas a los inversores europeos sin dejar de beneficiar a los norteamericanos. En cambio, con los campesinos llevó adelante una política de despojo violento y represivo, facilitó la apropiación de las tierras comunales por parte de los hacendados y respondió con las armas cualquier intento campesino o indígena de resistencia, como el caso de los indígenas yaquis que fueron víctimas del exterminio con la intervención del ejército en Sonora, en 1900.

Los principales objetivos del «Porfiriato» fueron atraer la inversión extranjera, extender la red ferroviaria y mantener buenas relaciones con los grandes hacendados. A los inversionistas estadounidenses, británicos y franceses les otorgaron ventajosas concesiones en el trazado de las líneas ferroviarias, lo que respondía al esquema exportador que requería conectar las principales ciudades con el puerto y con la frontera con los Estados Unidos. Fue tal el interés político por favorecer la llegada de capitales extranjeros que hacia 1884 el gobierno mexicano reconoció la deuda externa heredada de gobiernos conservadores anteriores y contraída, principalmente, con Gran Bretaña. Restableció las relaciones diplomáticas con Francia, país que se convirtió en la principal fuente de préstamos y cuyos banqueros cumplieron un rol fundamental en la creación del Banco Nacional de México. Estimuló el interés extranjero en la actividad minera, al sancionar la ley de minería de 1884, por la cual se abolían los derechos del Estado sobre los minerales, convirtiendo a los propietarios de los terrenos en dueños de los recursos que allí hubiera. Esta legislación contribuyó al rápido crecimiento de las exportaciones de cobre, zinc y plomo, además del oro y la plata, complementada por la inversión extranjera en la extensión de la red ferroviaria que llegó a 14 000 km.

Las inversiones europeas se concentraron en la parte central y sur del país, mientras que los capitales norteamericanos dominaron en el norte. Aproximadamente, el 80 % de las inversiones (británicas y norteamericanas) se concentraron en la minería, que representaban un 63 % de las exportaciones, y en los ferrocarriles, en tanto que solo un 2,5 % se concentraban en la producción de petróleo.

La industria textil, tabacalera y de bebidas (destinada al consumo de los sectores asalariados) se desarrolló debido al encarecimiento de las importaciones; sin embargo, no fue interés de este Gobierno apoyar y proteger el desarrollo de la industria nacional mexicana. Si bien la excepción fue la Ley de Nuevas Industrias de 1881, que otorgó exenciones fiscales y tarifas de protección, las industrias locales no gozaron de las mismas concesiones de crédito ni de protección que sí tenían las empresas extranjeras.

Cierta historiografía sostiene que el «Porfiriato» introdujo un modelo económico que encauzó el desarrollo capitalista en México. Sin embargo, el progreso





Porfirio Díaz.

económico —que se aduce como mérito— del prolongado gobierno de Porfirio Díaz tuvo un alto costo social para los peones rurales y los pueblos indígenas. Al finalizar el «Porfiriato», México era todavía un país rural con una sociedad eminentemente agraria, ya que la población urbana no excedía del 20 %. La alta concentración de la propiedad dejaba sin tierras al 95 % de la población campesina: mientras unas 78 000 00 de hectáreas pertenecían a un 4 % de propietarios y solo el 1 % de los hacendados concentraba el 97 % de la tierra cultivable (quince haciendas reunían aproximadamente 1 500 000 hectáreas), la pequeña propiedad alcanzaba tan solo el 2 % y las tierras comunales apenas el 1 % de la tierra cultivable. Porfirio Díaz ignoró las características de su país con una demografía mayoritariamente agraria y no estimuló la modernización capitalista ni la tecnificación de las zonas rurales, dejándola en manos de la inversión extranjera y de la voracidad latifundista. Esta carencia de una política agraria acentuó las disparidades regionales y profundizó el drama social.

En el norte, se desarrolló una incipiente industria ligera (hierro, acero) y textil con mano de obra asalariada libre, que generó un crecimiento demográfico producto de la radicación de quince mil norteamericanos y de la migración de campesinos desplazados y artesanos arruinados, etc., pero que, además, afianzó una nueva élite de propietarios (Terrazas, Madero, entre otros) que dinamizaron la economía de la región, aunque, en el marco de una alta conflictividad social; los hacendados implementaron —para disponer de mano de obra barata— el sistema de «peonaje por deudas» para que la actividad agrícola fuera aún más rentable.

En el centro del país, la industria dinamizó la economía de los estados de Veracruz, Puebla, Guanajuato, lo que dio impulso a la formación del proletariado en tanto que, en Morelos, la dinámica productiva estuvo ligada a las plantaciones de azúcar y algodón, en torno a la gran hacienda tradicional, donde la expropiación de tierras generó una mayor población de campesinos desocupados que fueron empleados como peones.

En el sureste (costa del Golfo y Yucatán), predominaron las plantaciones de henequén, tabaco y café, en las que las condiciones de contratación de mano de obra alternaron el empleo asalariado con formas semiesclavas y de fuerte represión. En las diferentes zonas en que se desarrolló la actividad minera y petrolera también se requirió mano de obra asalariada libre que, al igual que la industria, formó un numeroso proletariado que tuvo luego una importante actuación sindical.

En definitiva, no se configuró un mercado homogéneo de mano de obra, sino que coexistieron formas de trabajo bajo coacción en paupérrimas condiciones de vida, con trabajadores libres, aparceros y obreros industriales. Estos últimos experimentaron un aumento del nivel de vida, y aun cuando fuesen duras las condiciones laborales, eran mejores que en las haciendas de las que provenían muchos de ellos y mejores que en los pueblos en los que un gran número de campesinos habían perdido sus tierras. México se modernizó velozmente, a expensas de las concesiones hechas al capital extranjero y del arrebato de tierras y al desmantelamiento de la economía campesina.

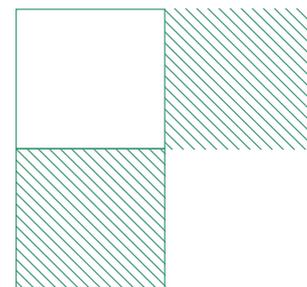
Hacia 1907, se produjo una grave crisis de carácter cíclico en los Estados Unidos que generó una fuerte recesión que afectó la producción primaria exportadora; el valor de la moneda (al cambiar el patrón plata por el patrón oro),

dejó como consecuencia una brusca inflación, la caída de los salarios y nivel de empleo. Al mismo tiempo, el retorno de numerosos trabajadores mexicanos a su país comprimió más aún la situación. Creció la oposición obrera vinculada con el anarcosindicalismo, con la consiguiente represión gubernamental, y la sociedad mexicana comenzó a generar alternativas políticas frente a un sistema que se consideraba agotado. Se fundó el Partido Liberal Mexicano, el periódico *Regeneración* y luego el Partido Antirreeleccionista, y se profundizó la crisis de la dominación oligárquica con los conflictos entre los grupos de la élite que confrontaban por la sucesión de Porfirio Díaz.

Frente a los privilegios que recibía el inversor extranjero, los hacendados dispuestos a participar en la modernización capitalista poco podían esperar del Gobierno y esto se convirtió en un factor que enajenó a Porfirio Díaz muchas voluntades; justamente en los estados del norte, donde se materializó en una ofensiva intelectual y periodística contra el régimen durante la década de 1900 a 1910. Una de las regiones más descontentas fue San Luis de Potosí y entre las familias de hacendados opositores, la de Francisco Madero, antiguo partidario del «Porfiriato», pero que por su concepción de libre empresa, modernización agrícola y exigencia de elecciones libres sin fraude y sin reeleccionismo indefinido se enfrentó con el régimen a través del Partido Antirreeleccionista con el cual disputaría las elecciones de 1910. Madero recibió el apoyo de los sectores medios urbanos, los profesionales liberales y hacendados progresistas de la pequeña burguesía mexicana.

El proletariado fue forjando una posición adversa al régimen, producto de las injustas prerrogativas de los trabajadores extranjeros, frente a los trabajadores nativos, con conciencia de clase debido a la influencia del sindicalismo norteamericano. Tampoco los sectores medios (artesanos, maestros, transportistas y comerciantes) se vieron beneficiados económica ni políticamente, lo que motivó el aumento del descontento. Y finalmente, el campesinado (criollo e indígena) con sus postergadas demandas de justicia social y restitución de tierras comenzaron a adquirir conciencia de la necesidad de organizarse y participar en la generación de un cambio.

Antes de las elecciones, Porfirio Díaz encarceló a Madero y fraude mediante —una vez más— salió victorioso en las elecciones. Liberado bajo fianza, Madero huyó a San Antonio Texas, dio a conocer su programa político revolucionario mediante el llamado Plan de San Luis de Potosí y convocó a los mexicanos a levantarse en armas contra el régimen porfirista.



DISCURSO PRONUNCIADO POR PORFIRIO DÍAZ, CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SESIONES DEL CONGRESO 1.º DE ABRIL DE 1877

(SELECCIÓN DE FRAGMENTOS)

Ciudadanos diputados:

La revolución que felizmente acaba de consumir el pueblo mexicano, habría sido una irreparable desgracia para la república, si limitándose a destruir la administración existente entonces, hubiese descuidado los medios de reconstruir el edificio constitucional. Pero, muy al contrario, el plan político que fue la expresión de sus principios y tendencias, impuso al encargado del Poder Ejecutivo el deber de convocar al pueblo, al mes de ocupada la capital, para que eligiese las personas en quienes debe depositarse el poder federal en sus distintos ramos; y a aquel precepto, a su fiel y estricta observancia, y a la solicitud del pueblo se debe hoy vuestra presencia en este lugar.

Vuestra reunión, ciudadanos Diputados, es un hecho fausto: ella pone el cimiento de la obra nueva que la revolución quiso levantar; cimiento sin el cual nada sólido y duradero puede hacerse; ella aligera la carga de múltiples deberes que pesan sobre el Ejecutivo; ella acalla los rumores maliciosos que, escuchados por nuestra liberales leyes se propalan por la prensa, queriendo infundir al país los temores de una dictadura; y ella, en fin, fortifica la confianza en los ánimos, demostrando con el incontestable argumento

de los hechos, que comienza ya el imperio de la Constitución y de las leyes. Os felicito, ciudadanos diputados, y felicito a la nación por vuestro conducto.

El primer acto que el deber me impone, después de vuestra instalación, es daros cuenta del estado que guardan los diversos ramos de la administración pública.

Nuestras relaciones con las potencias amigas se hallan transitoriamente en el estado anormal propio de las circunstancias y natural, tratándose de un país que, como el nuestro, acaba de experimentar, aunque sin alterar su forma de gobierno, un sacudimiento político. Lejos, sin embargo, de que ningún suceso haya venido a perturbar la buena armonía que reina entre el Gobierno y los ministros y agentes diplomáticos extranjeros, me complazco en manifestar que ellos no han cesado de dar testimonio de amistad al Gobierno, manteniendo con él las relaciones que los negocios han hecho necesarias; y aunque ellas han tenido hasta hoy un carácter extraoficial, esto no ha impedido que en esa forma se traten aun asuntos por su naturaleza oficiales.

Por lo demás, se ha tenido cuidado de comunicar a los representantes de las potencias extranjeras los principales actos de la administración,

para el debido conocimiento de sus Gobiernos; sus nacionales han recibido la sincera y eficaz protección de las autoridades, a la justificada indicación que han hecho de necesitarla, y todo hace esperar, que tributando homenaje a los buenos principios del derecho internacional, las naciones amigas reconocerán, dentro de breve plazo, al Gobierno que se ha dado el pueblo mexicano en ejercicio de su independencia y soberanía.

(...)

La cuestión de ferrocarriles que tanto preocupa, y con razón, a todos los que se interesan por la prosperidad de México, ha llamado como es debido la atención del Ejecutivo; y si bien ha tenido que declarar por motivos legales, la caducidad de la concesión del Ferrocarril Central, en ella no se ha apartado de su propósito de favorecer dentro de la órbita de sus facultades, a las empresas que llenan sus compromisos y contribuyen de esta manera al logro de los vehementes deseos que el país siente de poseer, en el más corto tiempo posible, vías férreas que permitan la explotación de sus inagotables fuentes de riqueza. Con este fin se ocupa de celebrar un nuevo contrato con la compañía del ferrocarril de Toluca, contrato que, si bien causará mayor sacrificio al



Gobierno, le garantizará la conclusión de la obra para dentro de un año; finalmente, se ha entregado ya la cantidad necesaria para la reposición de la vía férrea de Jalapa a Veracruz, la cual deberá ponerse en explotación antes de quince días.

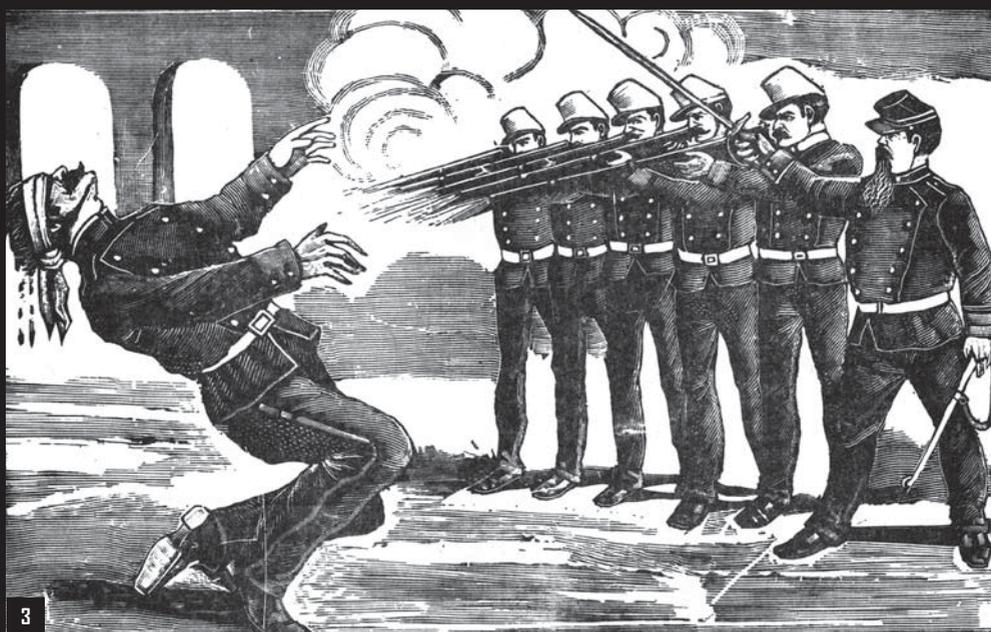
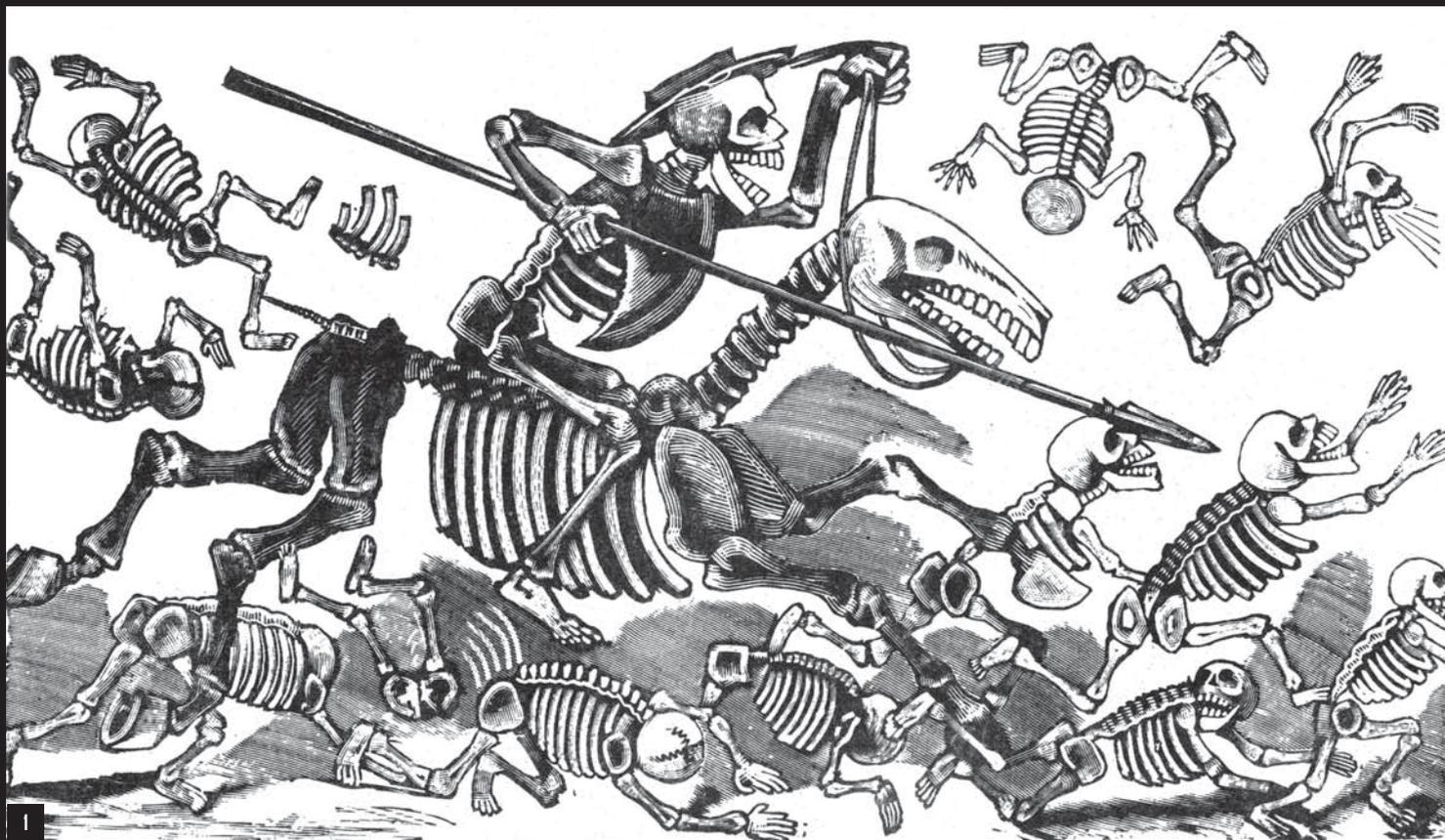
Es un hecho de pública notoriedad que la administración anterior arrendó varias casas de moneda en términos fuertemente censurados por la opinión general. El Gobierno ha consagrado su atención a estos importantes negocios, en los que se interesan a la vez la moralidad y las rentas nacionales, y ha resuelto que algunos de esos contratos, en los que ha encontrado vicios que los invalidan, se sometan al conocimiento de los tribunales competentes, como lo mandan nuestras leyes, para que sean juzgados con toda imparcialidad y justificación.

En cuanto a los otros arrendamientos que en ese caso no se encuentran, el Gobierno dispondrá lo conveniente, después del estudio que está haciendo de ellos. Lugar oportuno es este de indicar que la Casa de Moneda de Oaxaca, que ha vuelto a poder de la Federación, por haber expirado el término de su arrendamiento, ha sido dotada con una maquinaria moderna en substitución de la antigua, facilitando así sus labores.

(...).

Restablecer por completo el imperio de la Constitución, afirmar la paz, proteger bajo su benéfico influjo todos los intereses legítimos, para desarrollar los grandes elementos de riqueza del país: he aquí la grandiosa y noble tarea que vuestra misión os impone, tarea cuya ejecución dejará satisfechas las aspiraciones de la revolución y llevará a México a la prosperidad a que sus destinos lo llaman. La república toda está pendiente de vuestros primeros actos; ella espera de vosotros que, inspirados íntimamente del sentimiento del bien público, abordaréis con fe y valor las difíciles cuestiones sometidas a vuestra resolución, y volváis al país a su quicio natural, del que lo sacó temporalmente una revolución reclamada por la moral y la justicia. Todas vuestras determinaciones, todos los esfuerzos que hicieris para restablecer sólidamente el imperio de la Constitución, tranquilizar los ánimos e impulsar a la nación en el camino de su progreso y engrandecimiento, encontrarán en el Ejecutivo la cooperación más eficaz y el aplauso más sincero.

LOS GRABADOS DE JOSÉ GUADALUPE POSADAS



1. José Guadalupe Posadas, *La calavera del Quijote y Sancho Panza*, 1905.

2. José Guadalupe Posadas, *Calavera oaxaqueña* [s.f.].

3. José Guadalupe Posadas, *Fusilamiento del capitán Clodomiro Cota* [s.f.].

4. José Guadalupe Posadas, *Gran espanto. Aparición de Pachita la Alfajorera*, 1893.

5. José Guadalupe Posadas, *Los Lamentos de Bruno Martínez*, ca. 1895.



EL EXPANSIONISMO NORTEAMERICANO SOBRE CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE: DE LA DOCTRINA MONROE AL COROLARIO ROOSEVELT Y LA DIPLOMACIA DEL DÓLAR

Desde principios del siglo XIX, existieron voces en los Estados Unidos partidarias de convertir a Centroamérica y al Caribe en un área de dominación norteamericana. En 1823, el presidente James Monroe expuso una declaración —conocida como doctrina Monroe— que prevenía a las potencias europeas de la restauración absolutista —por entonces nucleadas en la Santa Alianza— contra posibles intervenciones en América, expresando que los Estados Unidos considerarían un peligro a su paz y seguridad a todo intento armado por restaurar el dominio colonial o extender el sistema monárquico a cualquier región del hemisferio occidental. Esta declaración, de aparente solidaridad con los nacientes países latinoamericanos, germinaba en sí misma la vinculación del sistema político republicano que Estados Unidos lideraba en ese momento con su determinismo geopolítico como protector de Occidente. Por tal motivo, a lo largo del siglo XIX, Estados Unidos no solo no reaccionó conforme a su «doctrina», cuando las potencias europeas efectivamente intervinieron en diversas oportunidades en Latinoamérica (en defensa de la expansión del mercado capitalista industrial), sino que llevó a cabo una serie de intervenciones en los asuntos internos de algunos de los nuevos Estados latinoamericanos, inspirados en una formulación geopolítica fundada en una suerte de conciencia sobre su misión histórica. Esta se inspiraba en la consideración de que su nación era la expresión material de una «Nueva Israel» americana (supuesto sustentado por los primeros colonos puritanos y cuáqueros británicos) predestinada por Dios para expandir la civilización. Esta autopercepción de redención expansionista, que fijó su primer objetivo en alcanzar la costa del Pacífico por la llamada «Conquista del Lejano Oeste», fue bautizada en 1845 por el periodista John O'Sullivan, *manifest destiny* (destino manifiesto): «El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno».

Alcanzado el objetivo territorial nacional hacia 1890, el objetivo se ampliaba hacia el resto del continente. Por ello, en 1893 los norteamericanos se reformularon el concepto de «frontera», a partir del debate interno sobre la necesidad de un mercado exterior, que les resolviera y financiara las crisis cíclicas de su propio mercado. El progreso material de Estados Unidos sería ilimitado y duradero, siempre y cuando consiguiese abrir mercados dependientes en el exterior protegidos con métodos imperialistas, pero de un imperialismo informal, es decir, a través de acuerdos, cónsules, barcos o cañones. De esta manera, le otorgaron un carácter universalista al «Destino Manifiesto», extendiendo su potencialidad económica a todo el continente americano.

La política expansionista sobre el Caribe obedeció a la necesidad de dar salida a los productos de su industria y agricultura. Con este objetivo se llevó a cabo en Washington en 1889 la Primera Conferencia Panamericana, con la idea de constituir una unión comercial panamericana, argumentando el provecho mutuo que tendría para todos los países, e instituir una unión aduanera con un banco interamericano y tribunales de arbitraje comercial. Pero los delegados latinoamericanos no se dejaron seducir por los intereses británicos.

En ese contexto, en 1898 Cuba comenzó la segunda guerra de la Independencia, última colonia de España en Latinoamérica. Estados Unidos era lo suficientemente poderoso como para expulsar a España de Cuba y establecer en ella un área de influencia con proyección a todo el Caribe, impidiendo el surgimiento de una República independiente, auténticamente revolucionaria en la región. El Presidente McKinley



resolvió intervenir en la guerra bajo pretexto de preservar la paz y garantizar la salvaguardia de los intereses de los ciudadanos norteamericanos en la isla, después de enviar al acorazado *Maine* a detenerse en La Habana. Misteriosamente, el *Maine* explotó en el puerto de La Habana —en lo que se presume fue un autoatentado, ya que la causa de la explosión nunca se esclareció— y por este suceso Estados Unidos declaró la guerra a España. Al finalizar, trece meses después, Estados Unidos negoció el tratado de paz con España por el cual, Cuba, (a quien no se le permitió intervenir en él) obtenía la independencia; por su parte, a los Estados Unidos se le otorgaba el derecho de garantizar el orden y la defensa de la isla, además de la posesión de las islas Filipinas, Guam y el control político sobre Puerto Rico. La nueva situación internacional ampliaba la injerencia norteamericana al océano Pacífico y Asia, por ello, ese mismo año, el Congreso aprobó la anexión de las islas Hawai y Wake (para garantizar su presencia en el Pacífico) y sostener la declaración de una política comercial de «puertas abiertas» con China. Esta política requería contar con un canal interoceánico que conectase el océano Pacífico con el Atlántico, proyecto que se concretaría luego de la declaración de la independencia de Panamá el 3 de noviembre de 1903, creando un Gobierno que firmara un tratado sobre el usufructo del canal y del territorio adyacente, al cual controlaría militar, social y políticamente. En Panamá, Estados Unidos sentó una de las bases para el intervencionismo armado en Latinoamérica.

En América del Sur, en 1902, se produjo un suceso que los estadounidenses supieron aprovechar para reforzar los argumentos sobre seguridad hemisférica. La situación se presentó cuando Venezuela no pudo hacer frente a las obligaciones de su deuda con los países europeos, por lo que británicos, franceses y alemanes resolvieron enviar buques de guerra para bloquear sus puertos para que pagase su deuda. Esto ponía de relieve las argumentaciones sobre la amenaza que significaba para los intereses norteamericanos que buques de guerra europeos interviniesen en Latinoamérica. El presidente Theodore Roosevelt, en su discurso presidencial del 6 de diciembre de 1904, afirmaba que: «Mientras aquellos —los vecinos del sur— obedezcan las leyes primarias de la sociedad civilizada pueden estar seguros que serán tratados por nosotros con espíritu de cordialidad y simpatía. Nosotros interferiríamos solo en último recurso». Este tipo de declaraciones, que hacía más explícita la política intervencionista y expansiva norteamericana, formaría parte de un nuevo instrumento de justificación teórica denominado «corolario Roosevelt» (1904) que actualizaba la doctrina Monroe, adaptándola a este momento histórico y a la necesidad de los Estados Unidos, de ejercer el papel de «gendarme» del continente.

1. Louis Dalrymple, *Who will haul it down?*, 1899, Ilustración en la revista norteamericana *Puck* que muestra al presidente William McKinley frente a periodistas y congresales.
2. Samuel Ehrhart, *Pan-American*, ilustración publicada en la revista norteamericana *Puck*, 1901.



MENSAJE ANUAL AL CONGRESO DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS, JAMES MONROE SOBRE EL ESTADO DE LA UNIÓN 2 DE DICIEMBRE DE 1823

(SELECCIÓN DE FRAGMENTOS)

Conciudadanos del Senado y la Cámara de Representantes:

Muchos temas importantes reclamarán su atención durante el período actual de sesiones, de los cuales procuraré dar, en auxilio de sus deliberaciones, una justa idea en este mensaje. Asumo esta tarea con recelo, por la vasta extensión de los intereses sobre los que he de tratar y de su gran importancia para cada parte de nuestra Unión. Entro en ello con el celo de una convicción cuidadosa, que nunca hubo un período desde el establecimiento de nuestra revolución, cuando hubiera mayor necesidad de devoción en los servidores públicos a sus funciones respectivas, o para la virtud, el patriotismo, y la unión en nuestros componentes, respecto a la condición del mundo civilizado y su influencia sobre nosotros.

(...)

A propuesta del Gobierno imperial ruso, hecha a través del ministro del emperador residente aquí, se han transmitido plenos poderes e instrucciones al ministro de los Estados Unidos en San Petersburgo para negociar amistosamente los derechos e intereses respectivos de las dos naciones en la costa noroeste de este continente. Una propuesta similar se ha hecho por su majestad imperial al Gobierno de

la Gran Bretaña, a la cual se ha accedido de manera similar. El Gobierno de los Estados Unidos ha estado deseoso por medio de este amistoso procedimiento de manifestar el gran valor que invariablemente otorga a la amistad del emperador y la solicitud en cultivar el mejor entendimiento con su Gobierno. En las discusiones a que ha dado lugar este interés y en los acuerdos con que pueden terminar, se ha juzgado la ocasión propicia para afirmar, como un principio que afecta a los derechos e intereses de los Estados Unidos, que los continentes americanos, por la condición de libres e independientes que han adquirido y mantienen, no deben en adelante ser considerados como objetos de una colonización futura por ninguna potencia europea.

(...)

Se afirmó al comienzo de la última sesión que se hacía entonces un gran esfuerzo en España y Portugal para mejorar la condición de los pueblos de esos países y que parecía que este se conducía con extraordinaria moderación. Apenas necesita mencionarse que los resultados han sido muy diferentes de lo que se había anticipado entonces. De lo sucedido en esa parte del mundo, con la cual tenemos tanto intercambio y de la cual

deriva nuestro origen, hemos sido siempre ansiosos e interesados observadores. Los ciudadanos de los Estados Unidos abrigamos los más amistosos sentimientos en favor de la libertad y felicidad de los pueblos en ese lado del Atlántico. En las guerras de las potencias europeas por asuntos de su incumbencia nunca hemos tomado parte, ni comporta a nuestra política el hacerlo. Solo cuando se invaden nuestros derechos o sean amenazados seriamente responderemos a las injurias o prepararemos nuestra defensa. Con las cuestiones en este hemisferio estamos necesariamente más inmediatamente conectados, y por causas que deben ser obvias para todo observador informado e imparcial. El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente diferente en este respecto al de América. Esta diferencia procede de la que existe entre sus respectivos Gobiernos; y en la defensa del nuestro, al que se ha llegado con la pérdida de tanta sangre y riqueza, que ha madurado por la sabiduría de sus más ilustrados ciudadanos, y bajo el cual hemos disfrutado de una felicidad sin igual, a lo que está consagrada la nación entera. Debemos por consiguiente al candor y a las amistosas relaciones existentes entre los Estados Unidos y esas potencias declarar que consideraremos cualquier intento



por su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad. Con las colonias o dependencias existentes de potencias europeas no hemos interferido y no interferiremos. Pero con los Gobiernos que han declarado su independencia y la mantienen, y cuya independencia hemos reconocido, con gran consideración y sobre justos principios, no podríamos ver cualquier interposición para el propósito de oprimirlos o de controlar en cualquier otra manera sus destinos, por cualquier potencia europea, en ninguna otra luz, que como una manifestación de una disposición no amistosa hacia los Estados Unidos. En la guerra entre esos nuevos Gobiernos y España declaramos nuestra neutralidad en el momento de reconocerlos, y a esto nos hemos adherido y continuaremos adhiriéndonos, siempre que no ocurra un cambio que, en el juicio de las autoridades competentes de este Gobierno, haga indispensable a su seguridad un cambio correspondiente por parte de los Estados Unidos. Si comparamos la situación actual de nuestra Unión con su situación real al final de nuestra revolución, la historia del mundo no proporciona ningún ejemplo con el que tengamos alguna semejanza, de un progreso en la mejora en todas las circunstancias importantes,

que constituyen la felicidad de una nación. En la primera época nuestra población no excedía de 3 000 000 y por el último censo ascendía a cerca de 10 millones y, lo que es más extraordinario, casi totalmente nativa, para la inmigración de otros países que ha sido insignificante. En la primera época, la mitad del territorio dentro de nuestros límites reconocidos estaba deshabitado y desierto. Desde entonces, un nuevo territorio de gran extensión ha sido adquirido, abarcando dentro de él a muchos ríos, especialmente el Mississippi, y la navegación hacia el océano que era de la mayor importancia para los estados originales. Sobre este territorio la población se ha expandido en todas direcciones, y nuevos estados han sido establecidos, casi iguales en número a los que formaron el primer compromiso de nuestra Unión. Esta expansión de nuestra población y el acceso de nuevos estados de nuestra Unión han tenido el efecto más feliz en todos nuestros más altos intereses. Que esto haya aumentado sumamente nuestros recursos y agregado a nuestra fortaleza, respetabilidad como potencia, es admitido por todos, pero no está en estas circunstancias importantes solo que este efecto positivo sea sentido. Es evidente que, por la ampliación de la base de nuestro sistema y el aumento del número

de estados, el propio sistema se ha visto muy reforzado en estos dos aspectos. La desunión y su consolidación así han quedado igualmente impracticables. Cada Gobierno, confiando en su propia fuerza, tiene menos que temer de los otros y, en consecuencia, cada uno, disfrutando de una mayor libertad de acción, se hace más eficiente para todos los propósitos para los cuales fue creado.

No es necesario tratar aquí de la gran mejora realizada en el propio sistema mediante la adopción de esta Constitución y de su efecto positivo en la elevación del carácter y en la protección de los derechos de la nación y como individuos. ¿A qué, entonces, debemos estas bendiciones? Se sabe que todas ellas derivan de la excelencia de nuestras instituciones. ¿No deberíamos, entonces, adoptar todas las medidas que sean necesarias para perpetuarlas?

dólares a cambio del derecho de controlar las aduanas, participar de las inversiones de infraestructura de los ferrocarriles e intervenir en los bancos nacionales. En 1912, los demócratas recuperaron el poder en Estados Unidos con la llegada de Woodrow Wilson a la Casa Blanca. Sin embargo, la política intervencionista no varió, puesto que Wilson tenía la firme convicción de que los Estados Unidos debían asegurar que las democracias constitucionales se establecieran fuertemente en Latinoamérica, para «... enseñarles a los suramericanos a elegir hombres buenos... ningún Gobierno latinoamericano debería ser reconocido [por Estados Unidos] si no se ha formado según las líneas constitucionales» (Wilson, 1931).

Pese a su creencia en la civilización y la democracia, Wilson decepcionó a quienes, impresionados con su discurso público a favor del republicanismo, no advirtieron sus objetivos de expandir los mercados y ampliar su hegemonía. En nombre de la democracia y la civilización, intervino financiera y militarmente en asuntos internos de países latinoamericanos como en Haití, República Dominicana, Nicaragua, Cuba y trató de influir en el curso de la Revolución mexicana; en muchos casos, lo hizo para consolidar los regímenes dictatoriales más que para alentar la práctica de la democracia. La retórica de enseñar a las repúblicas latinoamericanas a elegir hombres buenos no fue puesta en práctica, ya que siguieron apoyando a los líderes sobre la base de la conveniencia de sus intereses y no de los principios democráticos. Pero las intervenciones financieras norteamericanas no aseguraron la estabilidad económica ni política que pregonaban y aun cuando emprendieron obras en mejoras de infraestructura en las áreas de salud, comunicaciones y obras públicas, no fueron aceptadas por los haitianos, nicaragüenses y dominicanos, quienes se tornaron crecientemente rebeldes y desdeñosos frente a la presencia norteamericana en sus países con la condescendencia de sus gobernantes. Así se sucedieron distintas reacciones y levantamientos que fueron abortados con la intervención militar que actuó como complemento de la «diplomacia del dólar», una variable más del dispositivo de dominación para consolidar los objetivos de penetración económica y hegemonía en el hemisferio.

CUBA, LA INDEPENDENCIA FRUSTRADA

Más allá de los movimientos revolucionarios en Latinoamérica, iniciados con la revolución en 1804, y la revolución y la guerra de la Independencia hispanoamericana concluida en 1824, Cuba y Puerto Rico continuaron siendo colonias españolas durante todo el siglo XIX, etapa en la que se debatieron distintas posiciones respecto de su relación con la metrópoli. A principios de siglo, la clase dominante local temió que se generara una rebelión de esclavos como en Haití, por lo que prefirió mantener el vínculo colonial. Aun así, surgieron grupos independentistas dentro de la pequeña burguesía liberal que produjeron diferentes conspiraciones en aras de conquistar la independencia. El propio Bolívar intentó, a partir del Congreso de Panamá, jugar un rol decisivo en ese sentido y propuso organizar una invasión para acudir al rescate de esos territorios hermanos. Sin embargo, las presiones de Estados Unidos y Gran Bretaña continuaron y evitaron que esa aspiración se concretara. La lucha por la independencia cubana tuvo su expresión más firme durante la segunda mitad del siglo XIX. El «Grito de Yara» en 1868, dio inicio a la guerra de los Diez años encabezada por los plantadores de Camagüey y Las Villas en el este de la isla, donde la dependencia de la metrópoli



Luis Desangles, *Juramentación del Presidente Woos y Gil, Dominicana, 1903.*

Armando Menocal, *La muerte de Antonio Maceo*, héroe cubano de la lucha por la independencia muerto en combate en 1896.



no era tan acentuada. Los revolucionarios no pudieron unificar la lucha con el occidente cubano, donde predominaban plantadores esclavistas ligados al poder metropolitano y, en consecuencia, la guerra fue ganada por España, si bien debió ceder en algunos puntos relacionados con la abolición de la esclavitud que se llevó adelante gradualmente y que se terminó de concretar recién en 1886. Los años posteriores a la tregua entre el Gobierno español y los revolucionarios estuvieron plagados de pequeñas insurrecciones, todas desactivadas rápidamente.

Finalizada la guerra, un puñado de nacionalistas cubanos huyeron al exilio en los Estados Unidos y prepararon una nueva rebelión. El nuevo movimiento independentista ya no solo tuvo entre sus cuadros dirigentes a negros, mulatos y personas de extracción media y popular, sino que además contó —entre el núcleo de los emigrados— con el liderazgo de José Martí, que abogó por la causa independentista desde el periodismo ejercido en Nueva York y como corresponsal de diarios de Buenos Aires.

Martí intentó conformar un frente anticolonialista encabezado por el Partido Revolucionario Cubano (fundado en 1892), fuerza que no se limitaba a la lucha por la libertad cubana, sino que también buscaba propulsar la liberación de Puerto Rico y otras colonias antillanas. Martí sostenía que, además de tener que romper los lazos con la metrópolis española, era necesario deshacerse de la dependencia económica con los Estados Unidos. De esta forma, su lucha no fue solo anticolonialista, sino también fue antiimperialista. Al hacer referencia a la Primera Conferencia Panamericana realizada en Washington en 1889, escribió un mensaje en su libro *Versos sencillos* (1889) para dar a conocer a las intenciones de dominación norteamericana, sacando a la luz las diferencias entre la América anglosajona y Latinoamérica:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos (...). Y la agonía

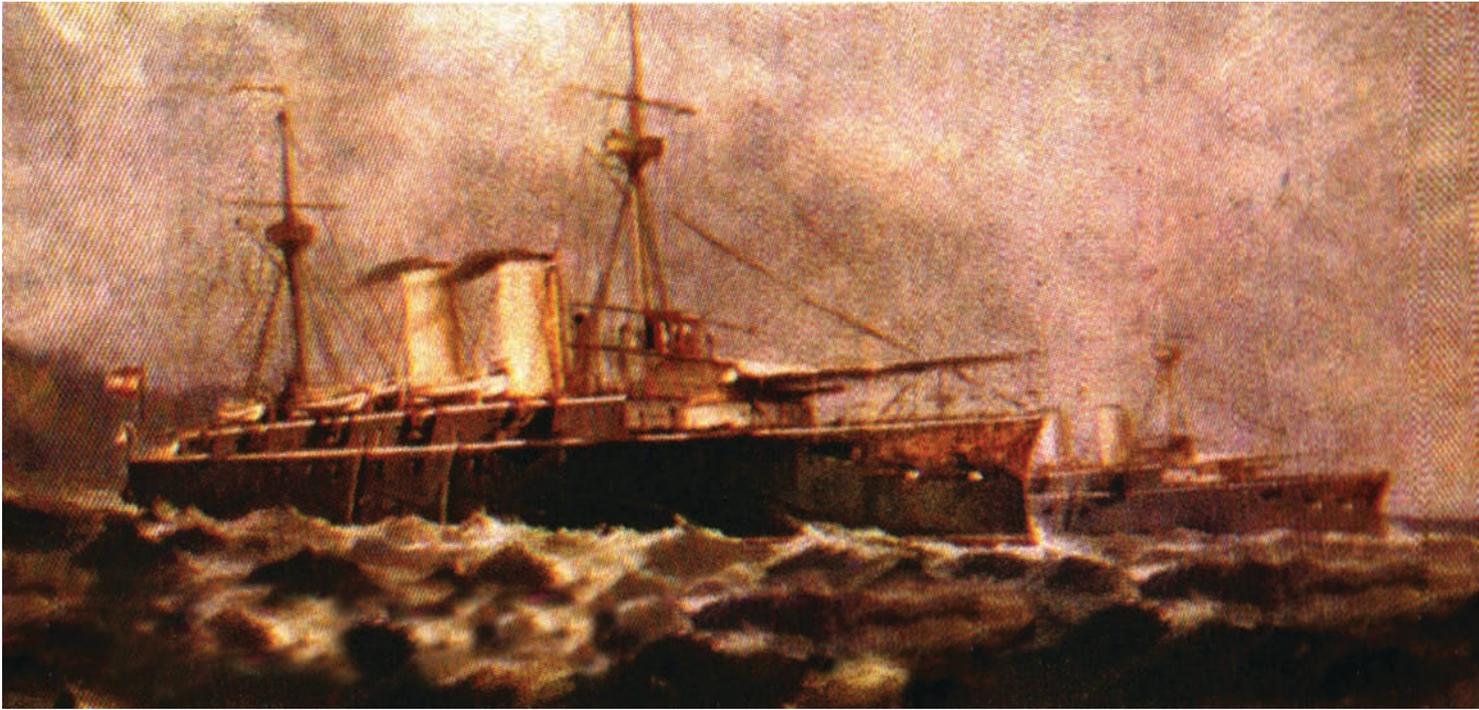
en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos (Martí, 1889).

Bajo el lema «con todos y para el bien de todos», el programa revolucionario tuvo dos banderas: la independencia y la democratización de Cuba. Militantes de numerosos países participaron de la organización de la que Martí llamó la «Guerra Necesaria». Los insurgentes cubanos iniciaron la segunda guerra de la Independencia con una expedición que zarpó desde República Dominicana el 25 de diciembre de 1894 para desembarcar en la costa sur de Cuba. Desde allí, movilizaron a pequeños productores, esclavos libertos y sectores urbanos. El Gobierno español, ante la avanzada imparable de los revolucionarios que dominaban buena parte de la isla y la amenaza norteamericana de invadir, buscó negociar y constituyó un gobierno autónomo en la isla, pero los revolucionarios no cedieron. Su líder revolucionario, el principal orientador de esa guerra, José Martí, tenía la claridad de que la guerra contra España era un mero capítulo; lo fundamental era oponerse al naciente imperialismo estadounidense. Lo dijo con suma claridad en su carta testamentaria al mexicano Manuel Mercado, escrita el 18 de mayo de 1895, horas antes de morir peleando:

... estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso impedir (...) que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al norte revuelto y brutal que los desprecia (Martí, Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895).



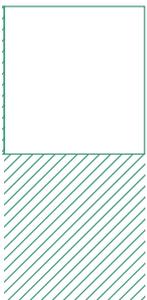
Guerrilleros mambises en acciones de sabotaje, Cuba, fines del siglo XIX.



Acorazados españoles en la batalla naval de Santiago de Cuba.

Finalmente, los temores de Martí se hicieron realidad y en 1898, tres años después de su muerte en el campo de batalla, Estados Unidos intervino en la guerra que los cubanos tenían ganada a España, derrotó a esta y le arrebató la independencia a Cuba. En 1895, Theodore Roosevelt, entonces secretario adjunto de la Armada, dijo: «El país necesita una guerra», y el capitán naval Alfred T. Mahan insistió en la necesidad de expandir el poderío naval en el Caribe y el Pacífico y tomar la avanzada en la apertura del canal interoceánico. Con una presencia naval fuerte, Estados Unidos lograría expandir sus mercados y colocarse a la altura de potencia mundial. Dado el gran interés económico que los Estados Unidos tenían en el Caribe (y particularmente en Cuba) no podían permanecer al margen del conflicto. Los dirigentes empresariales y religiosos demandaron el reconocimiento de los rebeldes, influenciados por la prensa sensacionalista acerca de la brutalidad española. Luego de la explosión del *Maine*, en abril de 1898, el presidente McKinley envió al Congreso una resolución para que se discutiese la intervención en la guerra de Cuba para obligar a España a otorgar la Independencia a la isla. El Congreso que tenía una predisposición bélica, declaró de inmediato la guerra a España, no sin antes votar la llamada «Enmienda Teller», por la cual expresaban que no tenían intenciones de anexionar Cuba, sino que solo permanecerían en la isla el tiempo que les demandara a los cubanos obtener su independencia. La intervención de Estados Unidos en la guerra de la Independencia resultó decisiva, primero como aliado del bando revolucionario, para luego demostrar que lo que verdaderamente le interesaba era apoderarse de Cuba.

Pero el Caribe no fue el único escenario de la guerra contra España. Mientras la atención se concentraba en los sucesos de Cuba, en el Pacífico se libraban otros combates. Una semana después de la declaración de guerra, el comodoro George Dewey capturó la flota española anclada en el puerto de Manila, Filipinas. Una vez conquistada la capital, los norteamericanos controlaron las instituciones, negándoles cualquier tipo de participación a los rebeldes filipinos. Así, pusieron de manifiesto su intención de ocupar el archipiélago y desarticular la empresa independentista



por la que los filipinos llevaban a cabo desde 1896: la «espléndida guerrita», como la denominó Roosevelt duró siete meses. Los españoles fueron arrasados con una derrota humillante por los Estados Unidos que logró (a partir de una negociación con España, en la que no se permitió la intervención de los cubanos) que se firmara el 10 de diciembre de 1898 el Tratado de París, por el cual obligó a España a otorgar la independencia a Cuba, cederle Puerto Rico en el Caribe y venderle las Islas Filipinas y Guam en el océano Pacífico por veinte millones de dólares.

El 1.º de enero de 1899, Cuba pasó a estar bajo el control estadounidense. Hasta 1902, rigió en la isla una administración militar norteamericana, que monitoreó la organización política e institucional del nuevo Estado, obligándolo —bajo amenaza de ocupación permanente— a incluir como apéndice de su Constitución una ley del Congreso estadounidense denominada Enmienda Platt. Esta contenía ocho puntos entre los cuales Cuba se comprometía a no celebrar tratados, acuerdos o convenios con ningún otro país; aceptaba que los Estados Unidos podrían ejercer el derecho de intervenir militarmente la isla; convenía que todos los actos realizados por los Estados Unidos en Cuba durante su ocupación militar fuesen tenidos por válidos y que todos los derechos legalmente adquiridos fueran mantenidos y protegidos; que la Isla de Pinos sería omitida de los límites de Cuba y que vendería o arrendaría a los Estados Unidos las tierras necesarias para carboneras o estaciones navales, entre otras imposiciones. Producto de la Enmienda Platt y en un tratado inmediato posterior, Cuba cedió la bahía de Guantánamo, donde los Estados Unidos establecieron su actual base naval. El pueblo cubano reaccionó en forma airada ante la imposición norteamericana que malograba la independencia conquistada. Masivas manifestaciones de oposición se sucedieron una tras otra; sin embargo, la Enmienda Platt fue aprobada, aunque con una votación muy ajustada, por la Asamblea Constituyente e incorporada en la Constitución nacional. El argumento utilizado fue evitar que la ocupación militar de Estados Unidos se perpetuara en el tiempo.

El más certero juicio sobre este proceso fue realizado por el general Leonard Wood, gobernador militar de la isla durante la ocupación norteamericana:

Por supuesto, que a Cuba se le ha dejado poca o ninguna independencia con la Enmienda Platt y lo único indicado ahora es buscar la anexión. Esto, sin embargo, requerirá algún tiempo y durante el período en que Cuba mantenga su propio gobierno, es muy de desear que tenga uno que conduzca a su progreso y a su mejoramiento. No puede hacer ciertos tratados sin nuestro consentimiento, ni pedir prestado más allá de ciertos límites y debe mantener las condiciones sanitarias que se le han preceptuado, por todo lo cual es bien evidente que está en lo absoluto en nuestras manos y creo que no hay un gobierno europeo que la considere por un momento otra cosa, sino lo que es, una verdadera dependencia de los Estados Unidos, y como tal es acreedora de nuestra consideración. Con el control que sin duda pronto se convertirá en posesión, en breve prácticamente controlaremos el comercio de azúcar en el mundo. La isla se norteamericanizará gradualmente y, a su debido tiempo, contaremos con una de las más ricas y deseables posesiones que haya en el mundo (Leonard Wood, Carta a Theodore Roosevelt, 28 de octubre de 1901).

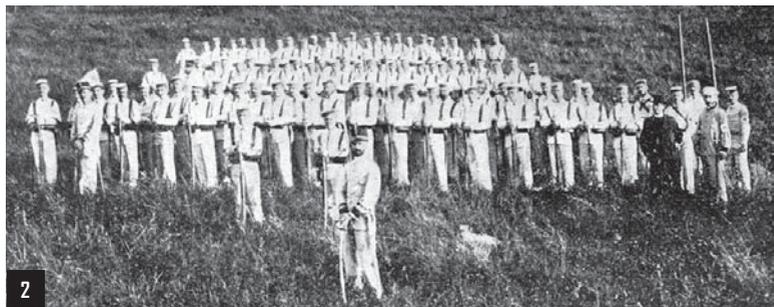
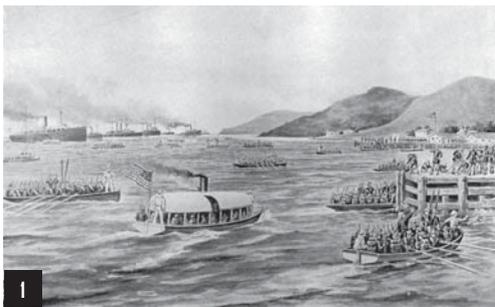


Louis Dalrymple, *Save me from my friends!*, ilustración publicada en la revista norteamericana *Puck*, 1898.





El primer presidente de Cuba fue Tomás Estrada Palma (1902-1906), partidario —como toda la élite cubana— de la anexión a Estados Unidos, porque no veía ventajas en una Cuba independiente. En su segundo mandato, fue reelecto con fraude y la reacción de los liberales fue respondida con la segunda ocupación norteamericana a la isla (1906-1909). Sin embargo, volvería a realizarse un fraude y se repetiría la intervención norteamericana en 1917. El gobierno de la isla se ganó la reputación de venal y corrupto, ya que cada intervención armada era ocasión para que los intereses norteamericanos afianzasen su dominación.



1. Invasión de Puerto Rico, 25 de julio de 1898.
2. Tropas españolas en 1898.

PUERTO RICO Y LA PÉRDIDA DE LA SOBERANÍA

Puerto Rico, al igual que Cuba, fue ocupado militarmente tras la guerra con el objeto de controlar la organización política de la isla. En 1900, el Congreso norteamericano dictó la Ley Foraker, por la cual el gobierno civil de la isla debía ser ejercido por un gobernador elegido por el presidente de los Estados Unidos al igual que los jueces de la Corte Suprema, en tanto que una elección local designaría los integrantes de las cámaras y los municipios.

Puerto Rico no podía firmar tratados comerciales con otros países ni determinar sus aranceles aduaneros; debía transportar sus exportaciones solo en buques norteamericanos e integrar el dólar a su sistema monetario, constituyendo de hecho un protectorado económico financiero norteamericano. Como tal no tuvo —ni podía tener— ejército propio; en su lugar, los oficiales norteamericanos organizaron una Guardia Nacional, pero el servicio militar debía hacerse en el ejército estadounidense, con el idioma inglés como el oficial de enseñanza. Como en Cuba, Estados Unidos cooptaron a la burguesía comercial y a los sectores de las capas medias de la sociedad, nucleados en el anexionista Partido Republicano. Como contrapartida, los hacendados nacionalistas, quienes constituían la clase antagónica al interés imperialista, organizada en torno al Partido Unión de Puerto Rico. También se formaron otros sectores burgueses «pitiyanquis» (modismo portorriqueño para nombrar a quienes sin ser estadounidenses admiraban y adoraban todo lo norteamericano y renegaban de sus orígenes), colaboracionistas de los estadounidenses militares, gobernantes de facto.

Respecto de la anexión, se perfilaron tres posturas. El Partido Republicano (o Unionista) quería que, junto con la ciudadanía norteamericana, se hiciese de



Puerto Rico un Estado más de la Unión, por eso protestaron cuando Taft resolvió otorgarles la ciudadanía, pero no reconocerlo; otra tendencia planteaba que Puerto Rico fuera un territorio autónomo bajo bandera norteamericana con el derecho de escoger con el tiempo entre independencia o incorporarse como otro estado de los Estados Unidos, posición sostenida por algunos líderes del Partido Unión de Puerto Rico; finalmente, el tercer grupo político era la corriente independentista contraria a la intervención norteamericana, encabezada inicialmente por el escritor Eugenio María de Hostos, un viejo luchador por la libertad de Cuba y Antillas y fervoroso abolicionista de la esclavitud, postura poco común entre los independentistas. Junto con Martí, estaba convencido de que los destinos de Cuba y Puerto Rico estaban indisolublemente unidos a Latinoamérica: «No quiero la colonia ni con España ni con los Estados Unidos». Para ello fundó la Liga de los Patriotas Puertorriqueños, cuyo propósito no era la toma del poder revolucionario, sino la toma de conciencia con propósitos más bien didácticos y esclarecedores.

Mapa de Puerto Rico, (*Collier's New Encyclopedia*, v. 7, 1921).

En la lucha por la independencia, lo secundaron Ramón Betances, Lola Rodríguez de Tío y Rosendo Cintrón, quien trató de formar una liga agraria para defender a los cultivadores saboteados por los hacendados unionistas. En 1915, se creó el Partido Socialista organizado por la Federación Libre de Trabajadores, el cual, lejos de vincular la lucha probrera a la independencia, viró hacia un entendimiento con los anexionistas del Partido Republicano.



PANAMÁ Y LA LUCHA POR EL CANAL INTEROCÉANICO

La comandancia general del Istmo de Panamá subordinada al virreinato de Nueva Granada logró la emancipación respecto de España el 28 de noviembre de 1821 y, casi al mismo tiempo, proclamó su anexión a la Gran Colombia que lideraba el libertador Simón Bolívar. Sin embargo, con el declive del proyecto bolivariano de constituir un Estado que tendiera a dar unidad a la Patria Grande, el distanciamiento político con Santa Fe de Bogotá fue cada vez mayor. Más allá de las dificultades geográficas para comunicarse, las diferencias de intereses fomentaron un fuerte localismo que se tradujo luego en sentimientos de pertenencia y nacionalismo a la región del Istmo de Panamá.

A mediados del siglo XIX, las aspiraciones de separatismo cobraron mayor fuerza. Frente al proyecto inicial del trazado por Nicaragua, prevaleció la posición estratégica de Panamá, cuando la decisión de construir un canal —que uniera el mar Caribe con el océano Pacífico— comenzó a tomar forma. Colombia no tenía forma de financiar la obra, por lo tanto, fueron capitales franceses los precursores en semejante emprendimiento, que terminó beneficiando más al comercio internacional de las potencias que a la región misma.

El desenlace de la guerra de la Independencia de Cuba había dejado a Estados Unidos en una posición dominante respecto de la región del Caribe: España había reconocido su rol de garante —con ocupación militar— de la organización



Datos tomados del portal educativo del Ministerio de Educación de la Nación Argentina, 2015.

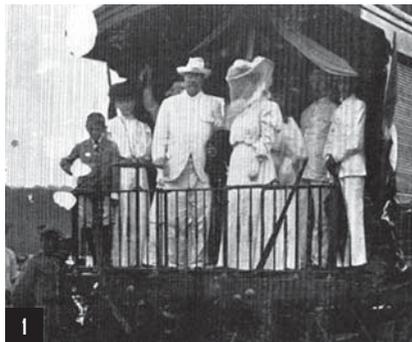


política del nuevo Estado cubano, condicionada por la Enmienda Platt (1901) que garantizaba a Estados Unidos el derecho a intervenir militarmente para preservar la independencia y el sostenimiento del gobierno. Además, España le cedió el control político de Puerto Rico para su organización, lo que amplió su proyección geopolítica hacia el océano Pacífico. Pero esta proyección requería del control de un canal interoceánico, por lo tanto, retomó la consideración de construir un canal que garantizase su rol estratégico en el istmo. Pero ello debía negociarlo con Inglaterra, ya que el Tratado Clayton-Bulwer de 1850 neutralizaba mutuamente cualquier intento de trazado de un canal. Finalmente, por los Tratados Hay-Pauncefote de 1900 y 1901, acordaron anular el Tratado Clayton-Bulwer, en tanto Inglaterra le reconociera a Estados Unidos el derecho de construir un canal a lo largo de América Central que vinculase el océano Pacífico con el océano Atlántico.

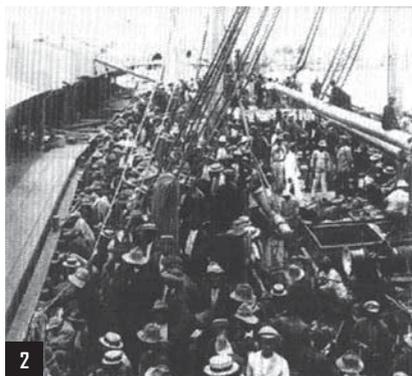
Si bien se había pensado construir el canal en Nicaragua, en Panamá existía un proyecto en marcha, realizado por una empresa francesa que se había declarado en quiebra, lo que facilitó su compra por los Estados Unidos en cuarenta millones de dólares. Una vez concretada la compra, era necesario renegociar

Frank G. Carpenter, *Three men in a boat transporting bananas to the city markets in Panama*, entre 1890 y 1923.





1. Roosevelt y su esposa Edith Carow visitan las obras del Canal.



2. Trabajadores contratados para la construcción del Canal de Panamá.

con Colombia las condiciones de la obra y usufructo, ya que Panamá era una provincia colombiana. Las negociaciones con Colombia no condujeron a ningún acuerdo, porque los colombianos consideraron que las cláusulas de la propuesta norteamericana —noventa y nueve años de usufructo, un pago de diez millones de dólares en efectivo, un arriendo mensual de 250 000 dólares y derecho a la intervención en suelo colombiano— constituían una entrega lisa y llana del territorio nacional. Esta respuesta del Congreso y la Cancillería colombiana perjudicaba tanto a los intereses norteamericanos cuanto a las aspiraciones de los terratenientes panameños que confiaban que la nueva situación los favorecería económicamente. En consecuencia, la clase política panameña optó por sublevarse con el apoyo estadounidense. El 3 de noviembre de 1898, se produjo un movimiento separatista panameño que condujo a la ruptura con Colombia. El presidente Theodore Roosevelt dispuso divisiones de la marina norteamericana para que impidiesen a las tropas colombianas ingresar en el territorio panameño, con lo cual se consumó esta nueva independencia. Pocos días después, Roosevelt reconoció al nuevo gobierno de Panamá, en calidad de «representante plenipotenciario de la civilización», sobre la base del «destino manifiesto» y la doctrina Monroe, justificando esta decisión por ser útil al mundo y garantizar la paz y el orden, con el fin de proteger la vida y la propiedad de los ciudadanos e inversores norteamericanos.

La independencia formal de Panamá se declaró el 3 de noviembre de 1903, y de inmediato se firmó el tratado Hay-Bunau Varilla, por el cual Estados Unidos reconocía al nuevo Estado de Panamá. Panamá otorgó, entonces, a perpetuidad una franja de diez millas de ancho a ambos lados del Canal, junto con las aguas y las tierras necesarias para su construcción, a cambio de diez millones de dólares. La «zonal del canal», como fue llamada, incluía las islas Perico, Culebra, Naos y Flamenco y su soberanía fue cedida a Estados Unidos, quien controlaría militarmente y estructuraría un sistema social, político y cultural absolutamente ajeno a la nación panameña. De esta manera, se constituyó en un verdadero enclave colonial, hecho que determinaba además el carácter semicolonial del resto del territorio nacional. Los capitales provenientes de Estados Unidos obtuvieron el monopolio de los ferrocarriles y la UFCO, el de las plantaciones. En la zona del canal, comenzó a flamear la bandera norteamericana, se impuso el idioma inglés y las leyes norteamericanas y a través del Congreso norteamericano ejercieron el cargo de gobernador, crearon un Poder Legislativo y un Poder Judicial, llegando incluso a exigir a los cónsules extranjeros ante Panamá que presentaran también ante los representantes estadounidenses sus acreditaciones para ejercer sus funciones.

Este Estado, dentro de otro Estado, condujo a que las tropas norteamericanas intervinieran sistemáticamente en los problemas sociales y políticos en Panamá, a veces por solicitud de la propia élite panameña, como por ejemplo a través de la supervisión de las elecciones de 1906, 1916, 1918 y 1921, o en la represión a la huelga general de inquilinos en 1925.



1. F. Blanc, Panamá, 14 de julio de 1889.
2. F. Blanc, Centenario de la Revolución Francesa, Panamá, 14 de julio de 1889.

3. Melton Prior, *Across two oceans: the Panama ships Canal. Cutting through the Culebra Mountain: general view, looking west, Toward Panama* [s.f.].

LOS ESTADOS OLIGÁRQUICOS EN CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

El modelo de dominación oligárquico se consolidó en los países centroamericanos con posterioridad al proceso de fragmentación territorial iniciado en la primera mitad del siglo XIX y profundizado con la desarticulación de la República Federal de Centroamérica iniciada en 1824, cuya disolución definitiva se produjo tras la derrota de Francisco Morazán en 1838. Si bien hubo tres intentos posteriores (1842, 1849 a 1852 y 1885) de reunir a las naciones centroamericanas, no pudieron superar las rivalidades que causaron su separación.

Con matices más o menos coincidentes, las pequeñas repúblicas oligárquicas fueron organizándose desde mediados del siglo, dentro de un marco político claramente bipartidista que expresaba diferencias regionales y los intereses económicos contrapuestos de una élite conformada por grandes terratenientes (conservadores ultracatólicos) y por una incipiente burguesía comercial de origen urbano (liberales laicistas) que, más allá de sus diferencias, concibieron una misma manera de ejercer el poder: el ejercicio de dominación oligárquico.

Más allá de las reformas introducidas por los partidos liberales, o las formas tradicionales de gobernar que tuvieron los conservadores, ambas fuerzas centralizaron la autoridad de los Estados oligárquicos en sí mismos, ejerciendo una violenta dominación sobre las mayorías populares (indígenas y mestizas) excluidas de los proyectos políticos, que se materializaron indistintamente en regímenes civiles o en dictaduras republicanas surgidos de levantamientos armados, revoluciones, golpes de estado e intrigas de palacio recurrentemente frecuentes. Así caracterizó al proceso político una inestabilidad endémica, a veces controlado y otras veces digitado por el imperialismo extranjero beneficiario de importantes concesiones económicas. Un actor preponderante en la región que profundizó la fragmentación —tanto territorial como política— centroamericana fue Estados Unidos, que por medio del intervencionismo militar —sobre todo, a partir de la creación de la República de Panamá— agudizó la dependencia política y económica de la región con la instalación de enclaves económicos —como la UFCO— o el intervencionismo financiero mediante la llamada «diplomacia del dólar».

1. La Ciénega, Guatemala, luego del terremoto de 1902.

2. Ruinas de la Empresa Electrica de Quetzaltenango tras el terremoto de San Perfecto en 1902.



GUATEMALA

Guatemala inició su proceso de modernización del Estado a partir de la década de 1870, con el acceso de los liberales al gobierno luego de una larga hegemonía conservadora entre 1839 y 1871. Las reformas introducidas desde entonces —como en otros países latinoamericanos— consistieron en confiscar las propiedades de la Iglesia, expropiar las tierras de las comunidades indígenas, laicizar la educación, abolir la esclavitud e introducir reformas en la Constitución que legitimaran estos cambios. Sin embargo, mantuvieron el voto calificado y el trabajo servil de las comunidades indígenas en las haciendas bajo el régimen de colonato.

Los presidentes de la Revolución Liberal fueron Miguel García Granados (1871-1873) y sobre todo, Justo Rufino Barrios (1873-1885), conocido como «el reformador», quien impuso un régimen autoritario —pese a la Constitución de 1879— que incluyó la censura a la prensa y el fortalecimiento de las fuerzas



1. General José María Orellana, sentado al centro y su plana mayor, en el interior de la Escuela Politécnica tras derrocar al presidente Carlos Herrera, luego del golpe de Estado de 1921.
2. *United Fruit Company banana conveyors*, New Orleans, ca. 1910.

armadas con las que llevó adelante una política represiva y persecutoria con sus opositores. Tuvo el apoyo de la burguesía comercial y de la aristocracia terrateniente, ya que impulsó el desarrollo del mercado exterior basado en la exportación del café, para lo cual fomentó las obras de infraestructura y transporte ferroviario, mediante contratos con empresas norteamericanas que recibieron —entre otros beneficios adicionales— subsidios del Estado, exenciones fiscales y otorgamiento de tierras.

Más allá de Rufino Barrios, el auge de la dominación oligárquica transcurrió durante la dictadura de Manuel Estrada Cabrera (1890-1920), quien si bien no



Presidente José María Orellana y su primer designado a la presidencia, Jorge Ubico Castañeda, 1922.

renegó —en teoría— de los principios democráticos, los violó permanentemente al manipular la Constitución a su arbitrio, tras abusar del fraude electoral y al excluir a las comunidades indígenas que constituían la mayoría de la población con un discurso racial de corte positivista, con el cual articuló las relaciones sociales en Guatemala.

Durante la década de 1920 —como en toda América—, las tensiones sociales se multiplicaron y devolvieron a los liberales al poder, aunque solo fuese por un breve tiempo, ya que en 1926, un nuevo golpe de Estado conservador generó las condiciones para que Guatemala quedara en manos de la férrea dictadura de Jorge Ubico Castañeda, iniciada en 1931. Sus años de «mano firme» se caracterizaron por la feroz represión a los opositores, la inmunidad jurídica a los terratenientes (responsables de crímenes al campesinado durante las apropiaciones de tierras), el amordazamiento a la prensa, la prohibición de palabras «obrero» o «sindicato», la drástica reducción salarial, el trabajo no remunerado en la construcción de carreteras y un desembozado entreguismo a los intereses extranjeros en la extensión de los contratos a la UFCO. La larga dictadura del general Jorge Ubico terminó en otro golpe de Estado, organizado por un grupo de militares y civiles profesores de la Escuela Politécnica, que iniciaron la llamada Revolución guatemalteca, en octubre de 1944.

NICARAGUA

Luego de la derrota definitiva de Francisco Morazán (1839), Nicaragua pasó por un período de rivalidades internas entre conservadores y liberales, que derivaron en una breve etapa de dominio conservador entre 1853 y 1855. En su lucha contra los conservadores, el Partido Liberal recurrió a los Estados Unidos en busca de colaboración, lo que les valió la intervención del filibustero William Walker, un abogado fundamentalista oriundo de Tennessee, que representaba a influyentes sectores sureños norteamericanos (esclavistas y anexionistas) interesados en el proyecto de un futuro canal interoceánico en el emplazamiento nicaragüense del Río San Juan y el Gran Lago de Nicaragua.

William Walker, quien ya había participado de fracasadas aventuras imperialistas en el territorio mexicano (independencia de Sonora y baja California), desembarcó en Nicaragua en 1855, con un grupo de mercenarios para colaborar con los liberales en su lucha contra los conservadores. Pero Walker emprendió una acción propiamente de conquista, puesto que suponía que en Nicaragua podría construir un imperio tropical esclavista del que llegó a autoproclamarse presidente. Conscientes de su error, los liberales nicaragüenses se sumaron luego a la llamada «Guerra Nacional» y a la alianza de países y partidos centroamericanos que enfrentó y derrotó a Walker en 1857. Más allá de la victoria, el desprestigio del Partido Liberal a causa de su imprudencia política explica la larga permanencia en el poder de los conservadores y las razones por las cuales los liberales no pudieron llegar al gobierno hasta 1893.

Derrotado Walker, comenzó entonces el llamado «Régimen de los Treinta Años» (1857-1893), en el cual el ejercicio de poder del pacto oligárquico se organizó conforme al estilo «paternalista-autoritario» de las élites conservadoras, cuyos representantes fueron Tomás Martínez, Pedro Joaquín Chamorro, Joaquín Zabala y Roberto Sacasa, miembros de oligarquía de Granada. Los objetivos políticos de esta etapa fueron fortalecer al Estado, poner fin a las políticas liberales e impulsar

al agro para desarrollar el mercado exportador. Para ello, establecieron una rígida estratificación de la sociedad sobre la base de una desigual distribución de derechos y obligaciones, tipificados en la Constitución de 1858, la cual establecía requisitos de riqueza y propiedad tanto para ser ciudadano cuanto para ocupar cargos administrativos. Bajo la aparente tranquilidad del período, hubo conflictos que resquebrajaron el consenso entre la élite. Por un lado, el descontento de los cafetaleros, que exigían al Estado un rol activo en las políticas de financiamiento y comercialización del café; y por otro, la presión que significaba para los conservadores que ya para 1870 todos los países centroamericanos tuvieran gobiernos liberales, lo cual fortalecía al liberalismo nicaragüense que proclamaba la necesidad de implementar un programa de reformas que modernizase a Nicaragua.



1. Aguatero, Managua, ca. 1906.
2. Recolección del cacao, Nicaragua, ca. 1902.
3. Una pelea de gallos, el deporte domingo por la tarde de los nicaragüenses, Nicaragua, ca. 1902.
4. Lago de Nicaragua, Granada, ca. 1902.

Con la llegada al poder de Joaquín Zavala, en 1879, surgió en el conservadurismo un sector «progresista» que introdujo algunas modificaciones en la orientación del Estado como la posición anticlerical y la educación pública gratuita laica, que continuó luego su sucesor Roberto Sacasa. No obstante, ello no alcanzó para evitar que en 1893, un levantamiento militar liberal pusiera fin al «Régimen de los Treinta Años». Una Junta de gobierno convocó a una Asamblea Constituyente que dictó una nueva Constitución, introdujo el voto universal y secreto para los varones y nombró presidente a José Santos Zelaya.

Por su parte, el proyecto del canal interoceánico en Nicaragua atrajo el interés de numerosas empresas norteamericanas que adquirieron una posición dominante en las inversiones, tal fue el caso de las compañías fruteras que





acumularon cerca de 200 000 hectáreas de tierra dedicada al cultivo de plátanos y otras frutas, además de las inversiones en el sector minero, maderero y de servicios. El presidente José Santos Zelaya no se mostró dispuesto a que siguiera aumentando el poder económico norteamericano en su país y se negó a negociar la posible vía interoceánica en las condiciones que los Estados Unidos quisieron imponerle. Buscó el apoyo de otras potencias competidoras de los Estados Unidos, pero la negociación de estos con Inglaterra desarmó su intencionalidad. El presidente norteamericano William H. Taft dispuso entonces la intervención militar a Nicaragua para colaborar con el levantamiento conservador de 1909 liderado por el conservador Juan J. Estrada, quien terminaría por asumir el gobierno —no en el poder— en 1910, con el apoyo norteamericano. Cuando en 1911 se conocieron los términos en que Estrada había aceptado los condicionamientos estadounidenses para el saneamiento económico del país, debió presentar la renuncia. Asumió en su lugar el vicepresidente Adolfo Díaz, el cual no solo aceptó el endeudamiento impuesto por los Estados Unidos, sino que dejó en sus manos el control de la aduana y del 51 % de las acciones del Banco del Estado y de los ferrocarriles, lo que implicaba darle a Nicaragua estatus de protectorado financiero.

Durante 1912, los enfrentamientos entre liberales y conservadores continuaron, entonces Estados Unidos produjo una segunda intervención armada en la que Managua fue bombardeada para reprimir a las fuerzas liberales. Desde entonces las tropas estadounidenses permanecieron en el país hasta 1925, sosteniendo a los gobiernos conservadores y velando por el orden impuesto en beneficio de las empresas y las entidades bancarias norteamericanas.

Para las elecciones de 1924, se llegó al acuerdo de presentar una única fórmula presidencial integrada por Carlos Solórzano (conservador) para presidente y Juan Bautista Sacasa (liberal) para vicepresidente. En agosto de 1925, las tropas norteamericanas se retiraron del territorio nicaragüense, pero el conservador Emiliano Chamorro encabezó un nuevo levantamiento armado contra el Gobierno que culminó con el desplazamiento de la fórmula acuerdista (Solórzano-Sacasa) y su reemplazo por un conservador tradicional —Adolfo Díaz— con apoyo norteamericano y complicidad del Senado. Al año siguiente, el general José M. Moncada se alzó en armas con la exigencia de que se respetase el derecho del vicepresidente Sacasa a suceder a Solórzano, ante lo cual Díaz solicitó nuevamente la intervención armada norteamericana, llegando entonces a Nicaragua un número de efectivos y de buques nunca antes visto.

El levantamiento armado de los liberales persiguió un doble objetivo: por un lado, buscaba poner fin al conservadurismo que había colocado a Nicaragua en condición neocolonial; y por otro lado, quería terminar con las intervenciones militares estadounidenses. Entre los jefes liberales surgió Augusto César Sandino, hijo natural de un hacendado cafetalero, que había regresado a su patria después de pasar cinco años trabajando en México, Honduras y Guatemala. Producida la insurrección liberal de Sacasa, formó una pequeña fuerza armada que se sumó a las fuerzas liberales y tras las primeras acciones, por indicación de Moncada, se internó en las montañas del norte en Nueva Segovia, en donde sus fuerzas crecieron durante la primera mitad de 1927.

Por el Pacto del Espino Negro, los oficiales norteamericanos, los delegados del presidente, los representantes de Sacasa y Moncada, acordaron que Díaz seguiría



como presidente hasta las elecciones de 1928 y que Estados Unidos supervisaría el proceso electoral, a través de la requisa de las armas pertenecientes a ambos bandos. Augusto Sandino se negó a aceptar ese acuerdo y, en contra de las indicaciones de Moncada, difundió un comunicado llamando al pueblo de Nicaragua a sublevarse contra los extranjeros. Comenzó entonces la guerra de Liberación Nacional Sandinista (que duraría seis años) en los cuales Sandino se transformó en el más importante líder de la resistencia popular nicaragüense contra el ejército de ocupación, que finalizó con la derrota de las fuerzas norteamericanas que debieron retirarse del territorio nicaragüense.

EL SALVADOR

También se construyó un Estado oligárquico controlado por un puñado de familias terratenientes dueñas de plantaciones de café, que estructuraron la vida política, económica y social a partir de este monocultivo. Si Guatemala inspiró sus reformas en el México de Porfirio Díaz, El Salvador tuvo la misma influencia por parte de la Revolución Liberal producida en Guatemala, solo que aquí las reformas tuvieron un alcance más radical.

A partir de mediados de la década de 1870, el gobierno de Rafael Zaldívar (1876-1885) irrumpió sobre las tierras de las comunidades indígenas, aboliendo este sistema de tenencia colectiva al igual que los ejidos comunales, con lo que la mayoría de estos territorios pasaron impunemente a manos de los hacendados

San Salvador, Plaza Santa Tecla 1909 y 1932.



El Salvador, fotografía tomada entre 1890 y 1923.





cafetaleros. Para que estos dispusieran de mano de obra semiesclava, el Gobierno instauró el sistema de colonato como régimen de trabajo estacional, por el cual los indígenas de las aldeas de las tierras altas del centro y norte del país eran contratados como colonos por la hacienda, a cambio de un salario miserable y de una pequeña parcela de tierra para el cultivo de sus alimentos. La desarticulación social que provocaron estas reformas se inspiró en un discurso racial que concebía al indio como la causa de todos los males, lo cual explica que las movilizaciones y levantamientos campesino-indígenas constituyesen un sujeto histórico permanente en la historia de El Salvador.

En términos económicos, los defensores del reformismo liberal justifican esta etapa por la espectacular expansión del café que produjo la modernización del país, la urbanización de los pueblos, el surgimiento de los sectores medios de la sociedad, el inicio de cierta industrialización (ligada a la producción primaria) y un incipiente proletariado urbano.

Este reformismo salvadoreño se legitimó con la Constitución de 1886 bajo el gobierno del general Francisco Menéndez, sin que por ello el país alcanzara estabilidad institucional, ya que ni los golpes de Estado ni las «dictaduras republicanas» dejaron de surgir.

Entre 1898 y 1931, los Gobiernos se sucedieron sin golpes de Estado, pero sí lo hicieron dentro de un autoritarismo impuesto por los hacendados en ejercicio de dominación oligárquica en el pequeño «Estado cafetalero». La violencia fue el rasgo preponderante de las relaciones sociales, condicionadas por la amplia desigualdad entre los terratenientes y el campesinado indígena que no aceptó pasivo la pérdida de la tierra ni el sistema de trabajo impuesto, y que, entre 1870 y 1900, organizó cuatro levantamientos armados diferentes que fueron violentamente reprimidos, pero que no impidieron que se repitiesen, como lo evidencia el asesinato en 1913 del presidente Manuel Enrique Araujo a manos de tres campesinos durante un acto público. Desde entonces y hasta la imposición de la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez, entre 1931 y 1944, El Salvador fue gobernado por miembros de las familias oligárquicas Meléndez y Quiñones (Carlos y Jorge Meléndez y Alfonso Quiñones Molina), pertenecientes todos al Partido Demócrata, más parecido a un club de notables que a un partido político. La resistencia y los levantamientos campesinos volvieron a resurgir en la década de 1920, debido a la legislación que permitía a los hacendados obligar a los campesinos al trabajo forzado con la ayuda del ejército, pero también debido a la influencia de la Revolución mexicana y la lucha de Augusto César Sandino en Nicaragua, donde combatieron numerosos salvadoreños como, por ejemplo, Augusto Farabundo Martí, fundador del Partido Comunista de El Salvador en 1930. Durante la presidencia de Pío Romero Bosque (1927-1931), se consolidaron las organizaciones de trabajadores como la Sección Salvadoreña de la Confederación Obrera Centroamericana (COCA) y los sindicatos de los trabajadores del transporte, cuero y calzado creados entre 1923 y 1924. Asimismo, se crearon ligas campesinas y cooperativas con el fin de luchar por el reparto de tierras, el crédito agrícola, semillas y herramientas de trabajo. De este modo, el movimiento campesino pasó a constituirse en uno de los principales sectores de la vanguardia social.

La crisis mundial de 1929 provocó una brusca disminución de la exportación del café y una aguda cesantía. En esta coyuntura, comenzó la campaña presidencial y el ingeniero Arturo Araujo, fundador del Partido Laborista, planteó la



expropiación y repartición de los latifundios, la distribución de tierras del Estado y la limitación de la jornada de trabajo. Ganó las elecciones y asumió el gobierno en marzo de 1931; presionado para cumplir con el programa prometido, inició un tibio proceso de reforma agraria en cuatro departamentos que no satisfizo a los campesinos, por lo que entre abril y mayo comenzaron una serie de huelgas en distintas haciendas. El odio de los hacendados cafetaleros y los grupos de poder económico en general no se hizo esperar y en diciembre de 1931, con el apoyo de los Estados Unidos, el general Maximiliano Hernández Martínez produjo un golpe militar. Convocó a elecciones de diputados y alcaldes para el mes de enero de 1932, pero en virtud del triunfo que tuvo el PC en varias ciudades de la zona central y occidental del país, el gobierno invalidó las elecciones.

Entonces, el Partido Comunista acordó iniciar los preparativos de la insurrección popular. Su secretario general, Farabundo Martí, prestigiado por su labor internacionalista revolucionaria junto a Sandino, comenzó una gran agitación entre las masas trabajadoras, además de buscar contactos con jóvenes oficiales y soldados. El PC cometió el error de confiar demasiado en el pronunciamiento de los jóvenes militares a la espera de su definición, hecho que obligó a postergar en dos ocasiones el inicio de la insurrección. Tanta dilatación permitió al Gobierno adelantarse a los planes revolucionarios, detener y fusilar a los dirigentes Farabundo Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata. De todos modos, la insurrección campesina se inició, principalmente, en el occidente, y el dictador Hernández Martínez lanzó a el ejército y a las guardias cívicas con una ferocidad tan brutal que provocó la muerte de aproximadamente treinta mil personas, mientras que otras miles tuvieron que emigrar a Honduras, Guatemala y Nicaragua. Hernández Martínez, simpatizante del fascismo y uno de los primeros en reconocer el régimen de Francisco Franco, permaneció en el poder hasta 1944.

HONDURAS

Para Honduras, el período de la República Federal Centroamericana y la presidencia de Francisco Morazán (hondureño de origen) impactaron fuertemente en su estructura social conservadora, debido al programa liberal reformista que limitó el poder de la Iglesia y los privilegios de los hacendados. La intervención del guatemalteco Carrera determinó la caída de Morazán y el acceso a la presidencia de Honduras para el general Francisco Ferrera, hecho que posibilitó el retorno de los conservadores al predominio político de 1841 hasta 1870. Desde entonces, la influencia de los países vecinos en la política interna de la república hondureña sería permanente.

United Fruit Co., ca. 1910.



OH LIGARQUÍA

DE ROQUE DALTON

Oh
Oligarquía
madrasta
con marido asesino
vestida de piqué
como una buitra
acechaste en las ramas
del enredo de la Historia
ridícula como todo lo malo
hay que acabar contigo gorda
asna con garras
tigra de palo
cruel y más cruel y todavía odiando
te hacés cargo de la delicia del pollo
no de la horrible
retorcida de buche del traspatio
cenás con el abogado
pero solo dormís tranquila por el pobre cuilio majee
chucha inseputa y emperifollada
Gran Arquitecta de las cárceles
y de la mayoría de enfermos que se quedan afuera
del Hospital
vieja matona de alma intestinal
una tacita de oro y de café y una pistola
un crucifijo de conchanácar y un garrote
oligarquía
bacinilla de plata del obispo y jefa del obispo
puñal de oro y veneno del presidente
y mantenedora del presidente
caja de gastos chicos de Mister Rockefeller
coyota del señor embajador
rufiana de la patria
oligarquía hoy más que todo
náufraga que quiere hundir al barco
depósito recargado de mierda del avión
imperial
y amenaza tormenta.



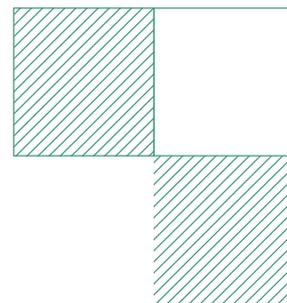
La ascensión al poder de Justo Rufino Barrios en Guatemala (1873-1885) significó el regreso del liberalismo a Honduras y el intento —con una reforma de la Constitución en 1880 mediante— de deshacer la obra de los conservadores. Cinco años más tarde, Rufino Barrios intentó revivir la antigua unión centroamericana, pero los liberales tanto en Honduras como en los otros Estados, bloquearon este intento de dominación por parte de Guatemala; no obstante, la intervención guatemalteca en la política de Honduras se extendió hasta 1896, al igual que la influencia del presidente nicaragüense José Santos Zelaya, por quien distintos líderes liberales llegaron a la presidencia entre 1894 y 1911.

El malestar de los grupos políticos conservadores posibilitó la intervención militar de los Estados Unidos entre 1911 y 1912 con el objeto de proteger sus inversiones (la compañía Cuyamel se unió con Standard Fruit Company y luego con la UFCO en la explotación del banano en las tierras bajas de la costa caribeña), y al mismo tiempo, facilitó el inicio de un nuevo proceso políticamente inestable, donde las sublevaciones militares destituyeron a tres presidentes entre 1900 y 1929. Honduras fue sin dudas una «república bananera», ya que la UFCO fue quien dirigió realmente los destinos de su política económica y, con ellos, los vaivenes de su política interior.

COSTA RICA

En Costa Rica, la economía de exportación también estuvo ligada a la prosperidad del café y del banano, lo que generó una clase de pequeños propietarios y desarrolló cierto grado de crecimiento económico. A partir de la década de 1880, Costa Rica fue uno de los pocos países que logró avances en la ampliación de la participación electoral y de las libertades públicas, sin necesidad de caer en frecuentes regímenes de fuerza. Ya durante la dictadura de Tomás Guardia (1870-1882) se había avanzado hacia la liberalización de la vida política y social, a partir de abolir la pena de muerte, dar impulso a la educación pública, trazar un ambicioso plan ferroviario y decretar la libertad de imprenta. Pero cuando en 1889 se puso término a la hegemonía liberal, bajo la conducción de la llamada «Generación del Olimpo», Costa Rica adoptó en 1913 el voto directo (aunque no universal) y en 1925 el sufragio secreto, con lo que se ampliaron los niveles de participación política ciudadana; a su vez, emergieron organizaciones sindicales que condujeron a fundar la Confederación General de Trabajadores (CGT) en 1913.

Estas reformas fueron apoyadas por la oligarquía cafetalera, y aunque este sector distaba de ser un bloque homogéneo, hubo escasa renovación de dirigentes, ya que tres presidentes (Rafael Iglesias, Cleto González Víquez y Ricardo Jiménez) acapararon más de veinte años de vida política costarricense. Los partidos políticos Unión Nacional y el Partido Republicano tuvieron escasa dinámica organizacional y se articularon detrás del personalismo de sus líderes, monopolizaron la vida política nacional en esta etapa. Luego de años de estabilidad, en 1917 Federico Tinoco y sus hermanos tomaron el poder mediante un golpe de Estado, para llevar adelante un gobierno con altos niveles de represión. En mayo de 1919, un movimiento revolucionario, que contó entre sus líderes con Julio Acosta García, hizo público el «Manifiesto del Sapo» por el que convocó al pueblo al levantamiento armado contra Tinoco en defensa del sistema democrático.





Al grito de «Viva Acosta», el pueblo se sublevó en todo el país contra los hermanos Tinoco en una lucha que duró más de tres meses y que culminó con el triunfo del movimiento revolucionario. Acosta García entró victorioso en San José el 13 de setiembre de 1919, y, debido a la popularidad de sus acciones en la revolución, fue electo presidente en el mes octubre de ese mismo año. Abocado a la pacificación interna, buscó solucionar la grave crisis económica y social que atravesaba el país, pero tuvo que hacer frente en 1921, a un conflicto bélico por cuestiones limítrofes con Panamá —la guerra de Coto— que encendió el nacionalismo en ambas naciones; si bien Panamá triunfó en la contienda, tuvo que ceder el territorio a Costa Rica por presión de Estados Unidos bajo el fallo White.

Finalizada la guerra, Acosta García inició una importante reforma de las Fuerzas Armadas (única en Latinoamérica), consistente en reducir el número de efectivos, que pasó de los 5000 que había en 1918, a 500 en 1921 (situación que persistió en los años subsiguientes), eliminando así uno de los principales factores de inestabilidad política.

HAITÍ Y REPÚBLICA DOMINICANA

Haití y República Dominicana vivieron esta etapa de su historia condicionados por características idénticas, la pobreza extrema, la inestabilidad de sus gobiernos por las luchas e intrigas internas y el intervencionismo militar norteamericano (en Haití de 1915 a 1934, y en República Dominicana entre 1916 y 1924). A fines del siglo XIX, la república oligárquica haitiana, consolidada durante dicho siglo, empezó a dar signos de agotamiento, tenía la tasa más alta de mortalidad de América Latina, más de la mitad de su población infantil padecía anemia y los salarios en las plantaciones de café oscilaban entre siete y quince centavos de dólar por día. Estas limitaciones estructurales y sistémicas constituían factores de freno al desarrollo de la sociedad. En medio de estas contradicciones, su élite buscó consolidar un Estado que asegurara la modernidad exigida por la Segunda Revolución Industrial en el campo internacional, pero la inestabilidad política derivada de los conflictos internos y las intervenciones extranjeras fue una constante imposible de erradicar.

Las luchas por el poder y las revoluciones de palacio atravesaron los primeros años del siglo XX, lo que constituyó un problema endémico para su inestabilidad política. Entre 1911 y 1915, se produjeron seis sucesiones presidenciales, con el tremendo récord de que cuatro de esos presidentes fueran asesinados durante el ejercicio de su mandato. La muerte del último de estos, Vibraum Guillaume Sam, que fue linchado en las calles en 1915, dio pretexto a Estados Unidos para llevar a cabo la ocupación militar de Haití con la excusa de preservar el orden y la seguridad de los residentes extranjeros.

A partir de 1915 y hasta 1934, los interventores funcionaron como un cogobierno en Haití. Los presidentes (Dartiguenave, Borno, Roy, Vincent) realizaron profundas concesiones económicas a los administradores americanos, como la entrega del control aduanero para el pago de la deuda externa y el control del Ejército. A su vez, restablecieron el sistema laboral denominado *corvéé*, por el cual la población campesina estaba obligada a trabajar en la construcción de obra pública. La presencia norteamericana generó el surgimiento de movimientos



nacionales de resistencia al invasor. Entre los sectores populares liderados por Charlemagne Peralte y Benoît Batrville, surgió un movimiento armado que se levantó contra la presencia norteamericana; sin embargo, luego de tres años de lucha guerrillera, fueron derrotados por la infantería de marina estadounidense, lo que dejó como saldo a más de tres mil campesinos muertos. En las capas medias negras nació un movimiento cultural antiimperialista y de afirmación negra, liderado por Jean Price Mars, que resistió a la ocupación y que consolidó la consciencia nacional. El presidente Franklin Roosevelt, en el marco de la «diplomacia de buena vecindad», decidió el retiro de los infantes de marina en 1934, pero esto no significó un retiro real para Haití, que recuperaba la soberanía formal, aunque sus Gobiernos continuaran dependiendo de Estado Unidos.

Luego de los dos movimientos independentistas dominicanos (el liderado por Pablo Duarte y Pedro Santana, que alcanzó la primera independencia en 1844 respecto de Haití, y el segundo movimiento independentista en 1865, luego del breve dominio de España) el sistema típico de dominación oligárquica en

Santo Domingo. *Preparación y enseñanza de los gallos de pelea*. Xilografía en papel, ca. 1872.





República Dominicana estuvo bajo el gobierno dictatorial de Ulises Heureaux (Lilís) entre 1887 y 1899, año en que fuera asesinado.

Las luchas por la dirección del Estado durante los primeros quince años del siglo XX fueron producto de una economía cada vez más controlada por inversionistas norteamericanos y condicionada por las derivaciones de la deuda externa y los mecanismos establecidos para el pago. La inexistencia de partidos políticos modernos llevaron a los dominicanos a una dependencia política de caudillismos sin principios, programas ni estructuras, identificados con la imagen y fortaleza personal del caudillo.

La crisis económica y el resurgimiento del caudillismo fueron expresión de la debilidad estructural de un Estado cada vez menos independiente y controlado por diversos mecanismos extranacionales del capital foráneo. Recién con el presidente Ramón Cáceres la situación interna comenzó a estabilizarse, pero el presidente fue asesinado en 1911, lo que condujo a un nuevo período de inestabilidad política y dio la excusa a Estados Unidos para decidir la intervención y ocupación militar del país en 1916.

El presidente Francisco Henríquez y Carvajal se negó a ratificar un tratado que ponía en manos norteamericanas las finanzas y las rentas aduaneras, y, bajo su asesoramiento, la defensa nacional dominicana. Las represalias no tardaron en llegar y el presidente fue nuevamente reemplazado, pero esta vez por una administración militar directa que, si bien fue concluida en 1922, reencauzaría su dominio con el régimen del general Rafael Leónidas Trujillo a partir de 1930.



Anónimo, *Representación de América libre*.
Litografía del siglo XIX.

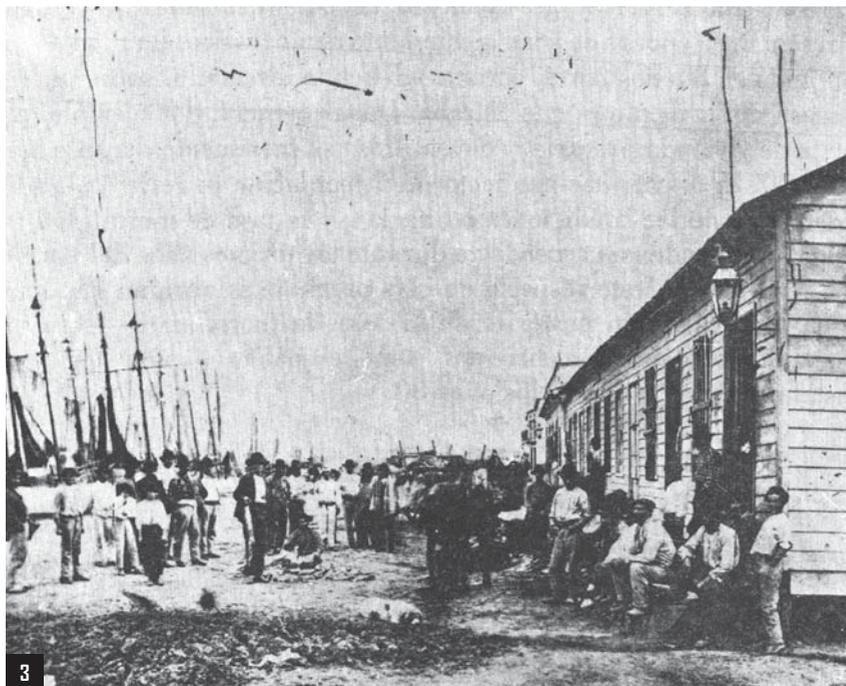
Entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, comenzó a aparecer a la par del desarrollo capitalista un nuevo sujeto social que pondría en entredicho la hegemonía de los sectores dominantes. El movimiento obrero en ciernes se sumaría, entonces, a los sectores populares latinoamericanos con una lógica de lucha propia de sus condiciones concretas de surgimiento y desarrollo, pero aportando también a la resistencia y propuesta de alternativas de los demás marginados de los esquemas oligárquicos de gobierno.

La forma en la que se planteó la cuestión social a partir de la emergencia de este nuevo actor tomó un cariz novedoso, dado que el relieve que adquirió la problemática de clase asumió aspectos preponderantes. Sin dejar de entroncar igualmente con las tradiciones de lucha y las inquietudes propias de los pueblos latinoamericanos, se hicieron visibles ya desde fines del siglo XIX, pero, especialmente, a partir de la primera década del XX nuevas estrategias y demandas

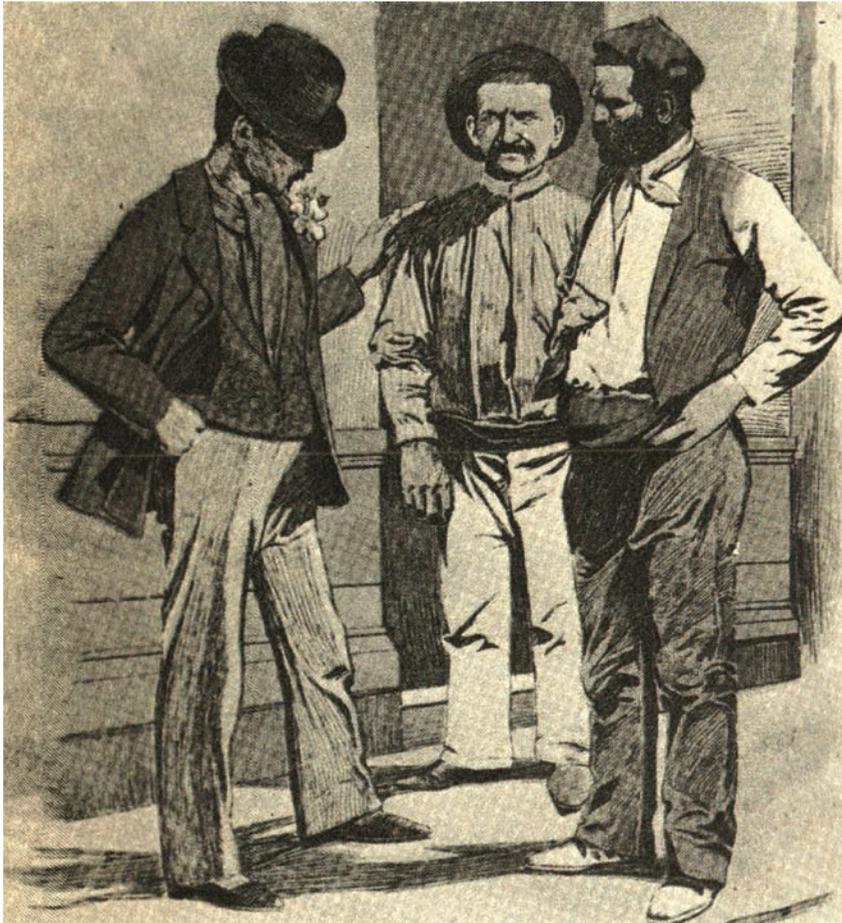
LA CONTRACARA DEL CENTENARIO: LA CUESTIÓN SOCIAL Y EL ORIGEN DEL MOVIMIENTO OBRERO

Eugène-Henri Vautier, Fábrica Nacional de Paños de Adrián Prat, ciudad de Buenos Aires, ca. 1895.





1. Obreros de la Compañía Refinadora de Azúcar de Viña del Mar, Chile, ca. 1887.
2. Carlos Grethe, *Contra la corriente*, Uruguay [s.f.].
3. Pescadores de la Boca en la calle Pedro de Mendoza.
4. Pio Collivadino, *La hora del almuerzo*, 1903.



Dibujo de Cao en *Caras y Caretas*, Compadrito junto a trabajadores en el puerto de Buenos Aires.

propias de lo que propuso el movimiento obrero como nuevo actor en el escenario. El desenvolvimiento de la clase obrera latinoamericana tuvo aspectos disímiles a lo largo y ancho del continente. Los diferentes factores que incidieron en su conformación tuvieron que ver con las formaciones económico-sociales prevalecientes en cada uno de los países y de su relación diversa con el mercado externo. Los aspectos comunes de la inserción dependiente de América Latina en el mercado mundial no impidieron que se desarrollaran procesos específicos, tanto desde el punto de vista de la incidencia de los capitales extranjeros en la creación de nuevas industrias o en los procesos de proletarianización de trabajadores agrícolas, cuanto desde el desarrollo de la estructura productiva y su capacidad de diversificación en función de los recursos propios. A su vez, el impulso inmigratorio tuvo efectos distintivos en algunos países que recibieron mano de obra, fundamentalmente europea, en cantidades desconocidas hasta el momento. Dos líneas generales de desarrollo se plantearon entonces en este período, que implicaron la consolidación de grandes entramados productivos y su contrapartida en el crecimiento de una mano de obra proletarianizada.

Por un lado, la que se dio en países en que el surgimiento de la clase obrera estuvo vinculado con una estructura productiva que se desplegó a partir de las inversiones de capital extranjero, especialmente a partir de la economía extractiva o monoprodutora. Por otro lado, la que se dio en países en los que hubo procesos de industrialización incipiente, enfocada hacia un mercado interno en

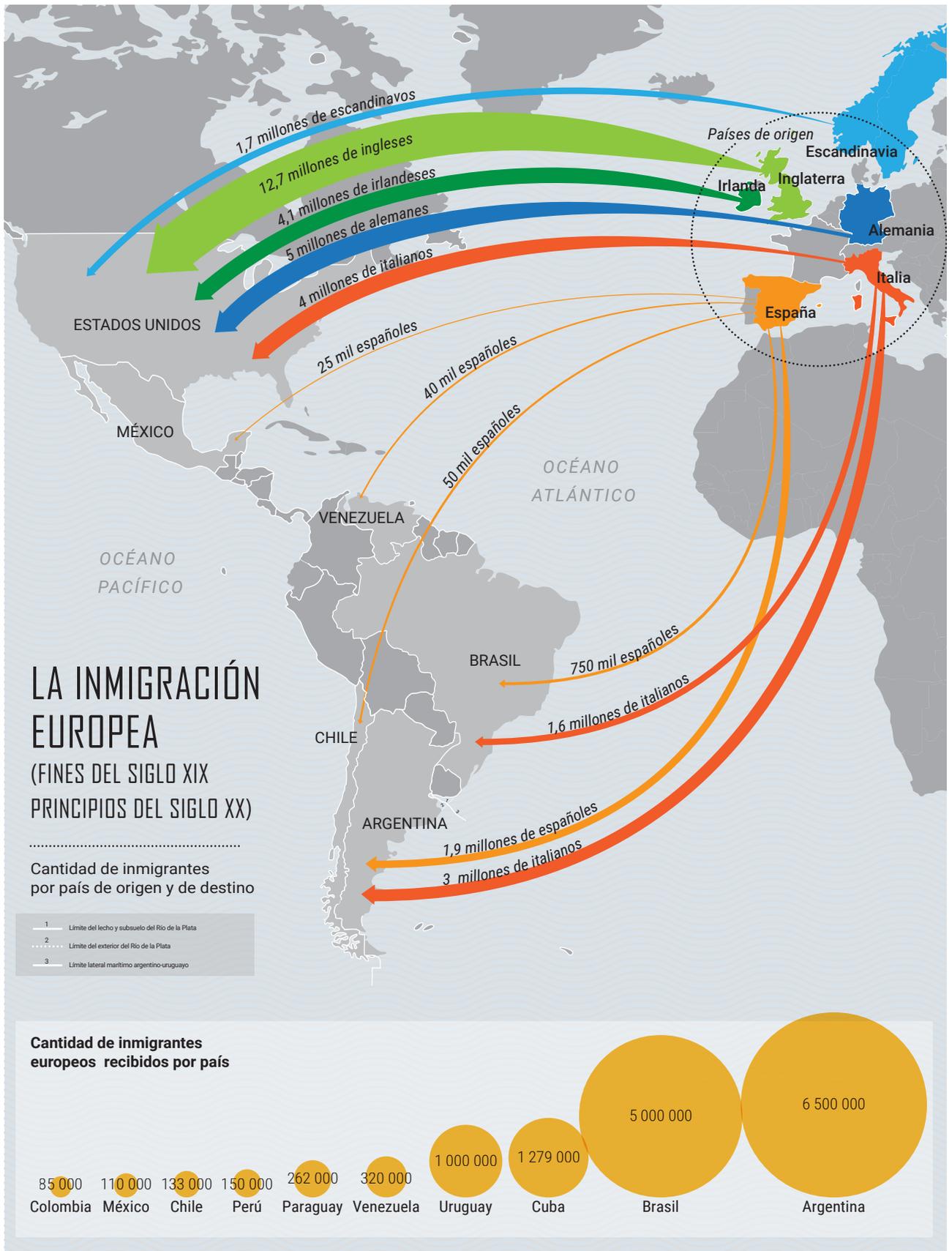


formación. En todos los casos, sin embargo, se trataba de economías subordinadas al mercado externo en función de un modelo capitalista, que se instalaba en el marco del período imperialista y que, por lo tanto, tenía características dependientes. Por esta razón, también fue muy importante el crecimiento del sector de servicios vinculado con esta estructura productiva, con una preponderancia del rubro de transporte. Los trabajadores de estos sectores fueron también una parte fundamental del surgimiento y desarrollo del movimiento obrero latinoamericano. Estas características influyeron fuertemente sobre la manera en que se dio la imbricación de este nuevo sujeto social en el esquema productivo y en particular en su relación con el Estado. La capacidad de demanda y expresión de intereses propios de la clase que generó rápidamente el movimiento obrero, en particular a partir de una pronta organización en espacios de lucha específicos, planteó una relación sumamente conflictiva con el poder estatal y los sectores dominantes. La respuesta represiva fue común en todos los países, y se vivieron en muchos de ellos situaciones de extrema violencia hacia los trabajadores, incluyendo masacres indiscriminadas.

Las organizaciones que el movimiento obrero desplegó, como continuidad y superación de las preexistentes (mutuales, sociedades de cooperación, etc.), se plasmaron en los primeros sindicatos. La clase obrera encontró en estas organizaciones incipientes un espacio de canalización de sus necesidades y demandas y, a su vez, constituyeron un eje fundamental para estructurar su herramienta de lucha más destacada por esos años: la huelga. Su orientación ideológica estuvo marcada por la inmigración europea, por lo que, en un comienzo, las principales vertientes en las que se dividían los sindicatos eran socialistas y anarquistas. Los primeros, influenciados tempranamente por las tesis de la II Internacional y el revisionismo bersteniano, se enfocaron en la obtención de conquistas concretas y, eventualmente, al apoyo de su referencia partidaria en el plano electoral (entendiéndolo como una vía más de acceso a esas conquistas). Los anarquistas, en cambio, fueron los principales impulsores de la prescindencia

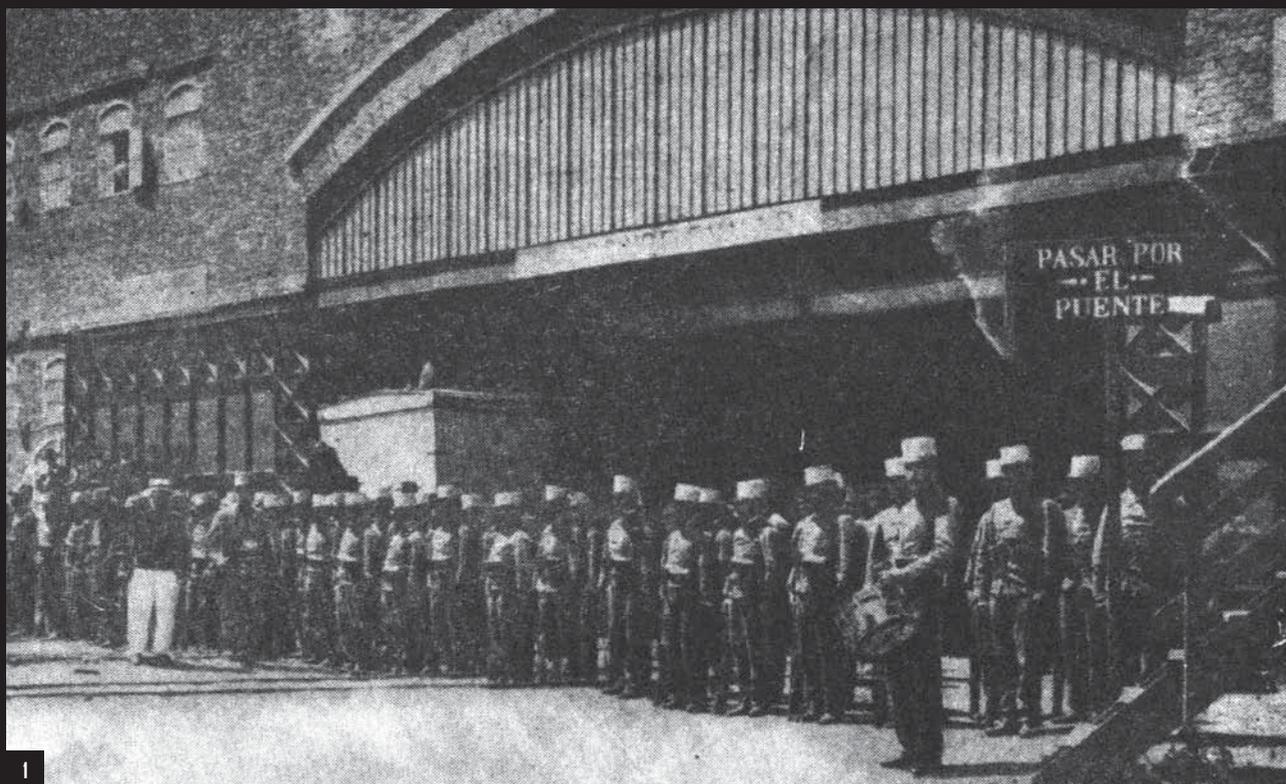
Ernesto Schilie, *Molino Angelita*, Esperanza, Santa Fe, 1890. Primera ciudad fundada y poblada en el marco del plan orgánico de colonización concretado en 1856. El Molino «Angelita» era propiedad de Bonnet & Cia., y se dedicaba a la molienda de harina y a la fabricación de hielo, manteca, queso, leche en polvo, caseína láctica y caseína al cuajo.



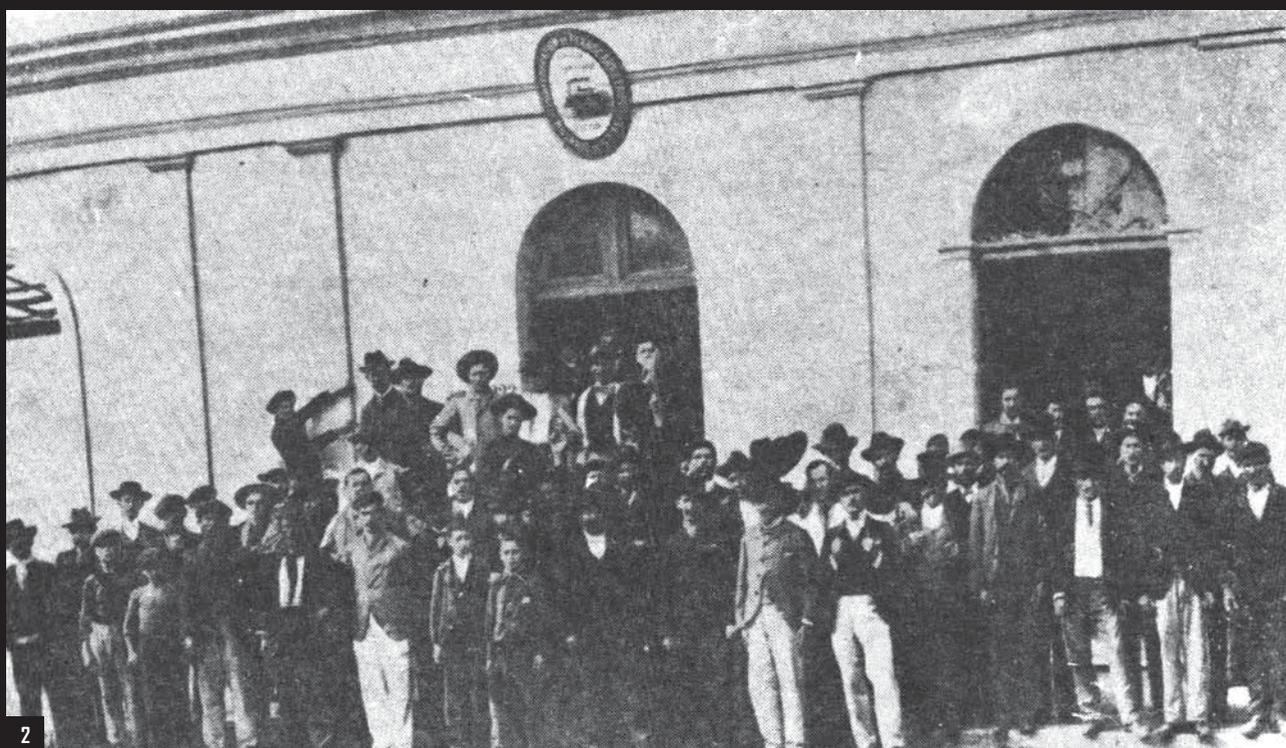


Datos tomados de Overy, 2009.

LA LUCHA GREMIAL



1



2



3

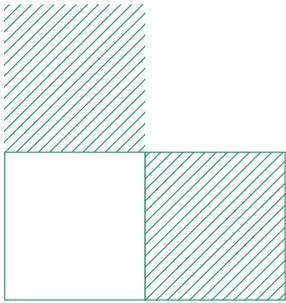


4



5

1. Huelga general de 1902 en Buenos Aires: las fuerzas militares de guardia en un mercado.
2. Huelga de ferroviarios de 1902, Buenos Aires.
3. Asamblea de cigarreros huelguistas, 1904, Buenos Aires.
4. Reunión durante la huelga de conductores de carros en 1911, Buenos Aires.
5. Rafael Barrett, anarquista español expulsado por el gobierno paraguayo en 1908.



del Estado. Algunas de sus vertientes concebían al sindicato como el germen de una nueva sociedad desde el que podía surgir un mundo igualitario. Sin embargo, también existían corrientes en el interior del anarquismo que rechazaban todo tipo de organización por considerarlas vehículos de la opresión desde su propia esencia. Los anarquistas fueron, además, los mayores promotores de las huelgas generales, herramienta fundamental en el accionar de los primeros años de lucha del movimiento obrero.

Estas tendencias ideológicas y políticas se hicieron, especialmente, presentes en los países en los que existió mayor afluencia de inmigrantes provenientes de Europa; muchos de ellos eran expulsados por las condiciones de vida de sus respectivos países, mientras que otros huían de la persecución política a la que eran sometidos. Su experiencia y tradiciones de lucha aportaron en buena medida al desarrollo de las organizaciones y expresiones clasistas que se generaron en los países que los recibían. Sin embargo, se dio también una tendencia hacia el vanguardismo, expresado, especialmente, en el desconocimiento de las condiciones y tradiciones de lucha preexistentes y que entroncaban con las realidades de los pueblos latinoamericanos. Esto generó que, en muchas ocasiones, se diera una desconexión entre núcleos aislados y cosmopolitas de trabajadores, que veían en las estrategias del anarquismo o del socialismo modelos irrefutables de la lucha revolucionaria, y las grandes masas de trabajadores que nutrieron las filas del movimiento obrero, proviniendo de experiencias muy distintas. Las migraciones campo-ciudad o desde las provincias a las ciudades-puerto fueron fundamentales también para entender el crecimiento del proletariado urbano y sus aportes distintivos a las experiencias de lucha de la clase obrera latinoamericana. Estas se hicieron más presentes con la profundización de los procesos de industrialización sustitutiva (en particular después de la Primera Guerra Mundial), la generalización de las migraciones internas, la integración de las oleadas de inmigrantes a las sociedades respectivas (más que nada en sus segundas generaciones) y el desarrollo de movimientos nacionales que tendían a encontrar en esa base social más heterogénea ideológicamente, pero, al mismo tiempo, más arraigada a la tierra en la que vivían y a su historia, el núcleo de sustentación y el destinatario de sus medidas de gobierno.



EL ARTE EN AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XIX

POR FERNANDO BUEN ABAD

Llegó el XIX como un siglo de revoluciones en todos los campos de la actividad humana. Economía, filosofía, ciencia y arte quedaron transformadas para siempre por influjo, directo o indirecto, de la Revolución Industrial, especialmente en su etapa comprendida entre 1840 y 1870. En la filosofía surgió la mayor parte de las líneas de pensamiento contemporáneo como el idealismo absoluto, el materialismo dialéctico, el nihilismo y el nacionalismo, y, en el arte, el Romanticismo (que se desarrolló durante la primera mitad del siglo XIX), el nacimiento del realismo (1850); el simbolismo (1886); el impresionismo (1874); el naturalismo (1880); el modernismo (1888), en paralelo a las artes decorativas y el diseño gráfico. Las producciones artísticas convertidas cada vez más en mercancía y el arte sometido al mercado como cualquier otra rama de la actividad comercial.

Hegel por su parte, en el siglo XIX, consideraba que el arte ya no respondía a los altos intereses del espíritu; a su modo de ver, había perdido todo lo que en él había de verdad, de realidad y necesidad; era, por ello, cosa del pasado. Hegel entendía que el arte se alejaba de los viejos intereses y perdía lo que tenía de sustancia mientras, por su parte, el realismo, a su modo sintetiza la

idea de producir una experiencia artística propia bajo el imperativo de conocer en profundidad al pueblo de cada país y desarrollar una obra humanista basada en el análisis de las condiciones propias. Nacen los grandes debates. La independencia en el campo de las ideas conduce a un arte representativo de este momento histórico, porque ahonda en el drama, individual y colectivo, de constituirse como ser libre, como nación libre y como inteligencias libres. El arte del siglo XIX en Latinoamérica expresa los cambios producidos por la independencia de los nuevos Estados ocurrida hacia 1810-1830. Era lógico que, en su desarrollo lento en tierras americanas, no existiera un único estilo y que lo propio de la época fuese la búsqueda y el debate de la identidad, la realidad, lo subjetivo, lo nacional... que de suyo comporta una crítica a toda estética anterior. No por eso Latinoamérica se liberó de la influencia europea en el campo del arte. Una parte de los proyectos educativos y culturales, en ese momento con fuerte carácter emancipatorio, se basó en asimilar y adaptar los principios estéticos de Europa (Francia e Inglaterra principalmente) como, además del realismo (1850-1920), la arquitectura neoclásica (1780-1830); la pintura romántica (1820-1880).

Un movimiento revolucionario

del siglo XIX fue el Romanticismo. Abrió compuertas a las pasiones y los sentimientos en los más diversos estados de ánimo. Enalteció el amor y la tristeza... la libertad de las personas y de los pueblos. Todo recluso hasta ese entonces al ámbito eclesial. Influyó a movimientos políticos independentistas y a los sentimientos nacionales. Hacia 1850 el Romanticismo fue desplazado, por un movimiento nuevo: el realismo. Eso dio lugar a un debate que se extendió largamente y en el que, mientras los realistas sostenían que su trabajo era observar la sociedad y describirla, los románticos sostenían que su tarea era cambiar el mundo. Hubo que superar siglos de historia colonial, construir el Estado independiente, superar al esclavismo y al feudalismo. Acceder a la modernidad, estimular el valor de lo nacional en sociedades herederas de castas, diversidad étnica y multiculturalidad. Las naciones nuevas enfrentaron el trabajo de inventarse, de crear un imaginario de lo propio. Por eso la literatura nacida con la independencia, por ejemplo, en su ruta hacia el modernismo conforma un manifiesto estético y cultural y por eso Neoclasicismo y Romanticismo favorecen una experiencia artística de exploración hacia lo universal



que asienta lo particular, lo propio. Contraste duro contra el despojo. El esplendor del realismo oscila entre 1840 y 1880 aunque permaneció en algunos países y artistas hasta el primer cuarto del siglo XX. El realismo nació en el epicentro de la convulsión política de Francia por el derrocamiento de la monarquía burguesa de Luis Felipe y la proclamación de la II República en 1848. Es a lo largo de esos años cuando surgen los movimientos obreros y proletarios que, avalados por las teorías de Marx y Engels, se inspiran en nuevos sentimientos sociales y en nuevas ideas políticas, cuya influencia también se dejará sentir en el mundo artístico.

El realismo nació como un movimiento que buscaba la representación del pueblo al margen de los aditamentos estéticos propios del idealismo. No obstante su intención, el realismo perdió paso y en no pocos momentos incurrió, como dicen sus críticos, en un amor por «lo sucio», «lo feo» y «lo vulgar», «lo morboso» y «lo obsceno». El realismo hizo visibles a personajes literalmente borrados de las artes. En particular el arte realista dio una imagen dignificante a la vida rural no sin algún sentimentalismo, incluso en la realidad más «objetiva». El gusto por lo ornamental tuvo una expresión especial en el modernismo (1880) nada contento con la estandarización de la vida

impactada por la invención de las máquinas y no obstante movimiento interesado por los avances de la Revolución Industrial. Hacia el final del siglo XIX (1890) en Latinoamérica, un espíritu de modernidad comenzó a hablar de «lo nuevo»: «época nueva», «neorrealismo», «estilos nuevos», «*Art Nouveau*»... en general obra accesible solo para ricos, por los costos de producción, con una estética decorativa dentro del funcionalismo racionalista nacida de la producción industrial y urbana que inevitablemente dejaría marca en la arquitectura, el diseño y las artes en general.

El modernismo hispanoamericano tiene su cabeza más visible en Rubén Darío (1867-1916) que respira la influencia de la Francia revolucionaria, de la Inglaterra industrializada y de la Alemania revolucionaria del pensamiento. El modernismo busca temas y sintaxis nuevos como lucha contra lo prosaico o como del cultivo del arte por el arte o de la creación estética que da la espalda a la realidad política, económica y social. Constituye el primer movimiento artístico con un carácter de independencia en la búsqueda de una estética propia. Está presente su influencia en las escuelas latinoamericanas que exaltan la conciencia nacional ligada a la naturaleza propia. En medio de esa búsqueda, con el desarrollo de la tecnología, el siglo XIX trajo

el surgimiento de la fotografía y el cine, inventos que influyeron decisivamente en América y que rápidamente adquirieron estilos y rasgos locales. Cuando Daguerre y los Lumière patentaron sus inventos, no imaginaron las repercusiones que tendrían para el arte. Cambió el sentido de la reproducción y la relación con la realidad. Revolucionó los paradigmas de la representación. Fue una celebración para el realismo como movimiento artístico y literario empeñado en representación «objetiva» de la realidad que tenía por tarea la observación de lo cotidiano que imponía la historia en ese momento.



1. Arturo Michelena, Venezuela (1863-1898).
2. Anónimo, Club de extranjeros residentes en Buenos Aires, Daguerreotipo, Argentina, 1854.
3. Auguste Marie Louis Nicolas Lumière (Besançon, 19 de octubre de 1862-Lyon, 10 de abril de 1954) y Louis Jean Lumière (Besançon, 5 de octubre de 1864-Bandol, 6 de junio de 1948) inventores del cinematógrafo.
4. José Ferraz de Almeida Júnior São Paulo (1850 -1899).

